

- De la autora superventas con la Serie *Tótem* -

R.CHERRY

Siete crushes para Liah



SERIE SIETE
CRUSHES
VOL.1

*Podrás elegir
solo a uno?*

Siete crushes para Liah

R.Cherry

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 9798858823742

Número de registro SafeCreative: 170501240301

Copyright© R.Cherry 2023

Diseño de portada: Rachel's Design

Maquetación: Rachel's Design

Corrección: Anna Bissette

Impreso en la UE – Printed in the UE

Nota de la protagonista

Antes de que empieces a leer mi maldita y caótica vida, creo que debería presentarme, no me gustaría que te llevases una idea equivocada de mí. Mi nombre es Liah Rodríguez, tengo veintiocho años, soy piscis y, por decirlo de alguna manera, acabo de independizarme.

Mi vida era de lo más normal: vivía en el lugar de mis sueños, con el que creía que era el amor de mi vida, pero ahí estaba el error... Creía. Tras la sucesión de varios desencuentros, mi relación terminó. Acabé en la calle y sin oficio ni beneficio, por lo que tuve que volver a casa de mis padres. Pero la historia no acaba ahí, ¿piscis y soltera? Estoy segura de que la fama nos precede, así que coge unas palomitas y lee. Descubre cómo mi vida, que tenía un equilibrio perfecto, pasó a convertirse en un absoluto caos donde el amor no tenía cabida. ¿O tal vez sí?

Capítulo 1

¡No es justo!

Estiré el vestido que se había quedado arrugado tras haber estado sentada frente al tocador. Ahuequé mi pelo, despejando mi rostro, ya que algunos mechones empezaban a taparlo. Todo eso, sin apartar la mirada del espejo. Me había colocado un hermoso vestido rojo brillante, a conjunto con mi labial favorito, y unos altos tacones negros de infarto. Llevaba rato dándole vueltas a una idea, hasta que, sin pensarlo ni un segundo más, lo hice: abrí el primer cajón de la mesita de noche y saqué un paquete de preservativos.

—No seas tonta, ¿para qué vas a llevártelos? —me pregunté en voz alta.

Hice una mueca ante el espejo, últimamente no paraba de autosabotearme. Desde que había llegado a casa de papá y mamá, mis ganas de pasarlo bien se habían reducido, incluso la confianza en mí misma. Bajé la mirada hacia mis manos al mismo tiempo que negaba una y otra vez, no podía ser.

De un salto, me puse en pie, me observé desde la distancia, viéndome de cuerpo entero. No estaba nada mal, era atractiva y siempre lo había sido, pero mi sequía amorosa se estaba haciendo demasiado persistente como para no empezar a dudar. Alguien tocó la puerta, haciendo que me diese la vuelta al instante, escondiendo los preservativos a mi espalda.

—Adelante.

Alexia abrió la puerta y, sin decir nada, asomó la cabeza. Sus ojos se abrieron como platos, se había quedado pasmada, por lo que pensé que a lo mejor me había manchado de maquillaje el vestido y no me había percatado. Entonces, me giré asustada para mirarme en el espejo de nuevo.

—Si esta noche no te comes una buena porra, será porque no quieres, hermana —espetó sin más.

—¿Desde cuándo hablas así? —pregunté confusa.

Alex, o mejor dicho Alexia Rodríguez, mi hermana mayor, jamás se había expresado de aquella manera, y mucho menos usando esas expresiones, por lo que mi asombro era mayúsculo. Era como si su cuerpo hubiera sido poseído por el espíritu de Eli, nuestra hermana pequeña. Alex estaba radiante, iba a ser una noche superespecial para ella, y por eso se había vestido con sus mejores galas, parecía una maldita diosa griega.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté.

Asintió varias veces. Recordaría aquella velada durante toda su vida. Entonces, y por un momento, lo que me había dicho resonó de nuevo en mi mente, recordándomelo.

—No me seas... —murmuré.

—A ver, *pioja* —dijo con ternura, sentándose en mi cama—. Estás preciosa, así que déjate de tonterías y asúmelo.

—Alex...

—Ni Alex ni *Olex* —respondió.

Volví a mirarme en el espejo, intentando creermelo lo que me acababa de decir, y es que después de lo que había ocurrido con Coen, había perdido toda autoestima, pero no podía permitir que eso siguiera así.

—Joder, ¡sí! —exclamé—. Esta noche me doy un banquete y no me iré a dormir sin darme una alegría.

—Esa es mi chica. —Se acercó a mí, dándome un manotazo en el culo y un beso en la mejilla.

Una hora antes.

Arrugué las mangas del jersey sin apartar la mirada de la suya. Estaba más cabreada de lo que jamás había estado, y ni siquiera era capaz de creer lo que me estaban diciendo. Cogí aire. Después de todo lo que había hecho por ellos, ¡y me lo iban a pagar así!

—Amalia, hija —volvió a hablar papá—, tienes que entenderlo.

—Papá —dije entre dientes—, ¿cuántas veces te he dicho que no me llames así?

—Pues es tu nombre —añadió mi madre, metiéndose en la conversación.

Me pasé la mano por la cara, resoplando. No me lo podía creer. Cada segundo que pasaba allí, todo se volvía más surrealista que al principio.

—A ver... Repetídmelo —les pedí—, porque ahora mismo estoy flipando.

—No hables así.

Puse los ojos en blanco, lo que estaba escuchando me estaba pareciendo surrealista a más no poder.

—Hablaré como quiera, que para eso ya tengo una edad, no soy una adolescente como para que tengáis que venir a decirme lo que debo o no hacer —espeté de mala manera.

—Ya te hemos explicado lo que pasa, Liah —respondió papá—. Solo tienes que aceptarlo.

—¿Aceptarlo? —inquirí, molesta—. ¿Que me echáis de mi propia casa? ¿Que preferís tener una habitación para vosotros en vez de acoger a vuestra hija? Porque os recuerdo que si no fuera por la menda —Me señalé—, no tendríais donde caer os muertos, ¿o es que ya no recordáis el dinero que os enviaba cada mes? Ese con el que pensaba que subsanabais los gastos, y lo único que hacíais era pagar el puto club de golf.

—Si hubiéramos dejado el club, nos habrían repudiado, Liah —aseguró mi madre—. Sabrían que nos estábamos quedando sin dinero.

—¿Y qué más da lo que piensen los demás? —pregunté cabreada—. También podrías haber buscado trabajo, en vez de quedarte en casa sin hacer nada.

—Así lo ha querido tu padre.

Fruncí el ceño. Cada vez me cabreaba más, no había trabajado en ningún momento de su vida, y prefirió pedirme el dinero a mí, con tal de no tener que meter las manos en el barro.

—¿Mi padre? ¿O tú? —Fijé la mirada en la suya.

—¡Fuera de mi casa! —Alzó la voz—. Tienes que irte, es lo mejor para todos, tú podrás tener tu propio piso y nosotros un poco de tranquilidad.

—¿Perdona? ¿Y quién va a pagar ese piso? Porque ahora mismo estoy en el paro y no encuentro nada de trabajo.

—Pues busca mejor —contestó.

Resoplé enfadada. Mi madre no tenía remedio, y nadie más en la casa era capaz de sentir una mínima empatía por mí. Salí de la cocina, sintiendo como la decepción crecía a cada paso que daba, alejándome de allí.

—No te agobies, *pioji* —me decía Alex.

Tenía un enfado encima que no podía ni conmigo misma. Después de todo lo que había hecho por la familia, el dinero que les había dejado sin esperar que me lo devolvieran, y así me lo agradecían... Echándome de mi propia casa.

—¡No hay derecho! —bramé.

Cerré las manos formando puños, y fijé la mirada al final del pasillo. No me podía creer cómo habían podido tener una cara tan dura.

—No es justo, y lo sabes.

—Liah, ya eres mayorcita —murmuró—, ¿no crees que ha llegado el momento de volar del

nido?

—Ese es el problema, que yo ya había volado y no quería volver, pero aquí estoy, ¿y sabes qué? —pregunté sin esperar respuesta alguna—. Ojalá no lo hubiera hecho, pero no tenía más opciones, créeme, si las hubiera tenido no me estarías viendo el pelo.

Salí de allí como alma que lleva el diablo, tan cabreada que ni siquiera era capaz de aguantarme a mí misma. No era justo cómo me estaban tratando, no merecían nada de lo que había hecho por ellos.

Cogí una bocanada de aire, escuchando cómo alguien venía detrás de mí. Podía escuchar el repiqueteo de los zapatos de tacón resonar a lo largo del pasillo. De reojo vi que no era otra que mi hermana mayor, quien me miró apenada; sabía tan bien como yo que no era normal su forma de gestionar toda la situación.

—Pues no pienso quedarme. Para que me echen, me voy yo —aseguré dolida—. Si no me quieren aquí, no querrán que pase aquí la noche.

—Liah..., por favor —me pidió en voz baja—. Ya sabes cuán importante es para Ric y para mí. Está a punto de llegar.

Su semblante pasó de estar algo serio a lleno de preocupación. Ric, o también conocido como Ricardo, era su pareja, el hombre del que llevaba enamorada toda la vida y con quien pretendía casarse. Durante la cena de esa noche, anunciarían ante todos los invitados su inminente compromiso.

Entré en mi habitación de nuevo, invadida por una mezcla de rabia y decepción. Después de todo lo que había hecho por ellos, ni siquiera me entraba en la cabeza que pudieran actuar de aquella forma conmigo.

—¿Sabes? —musité apenada—. En cierto modo envidio lo que tenéis Ric y tú.

—Algún día tendrás lo mismo.

—Pues como siga por este camino, me quedaré para vestir santos. Creo que voy a entrar en una profunda depresión —añadí—. Te lo juro.

Se sentó a mi lado al mismo tiempo que pasaba su mano por mi cabello, pasando algunos mechones tras mi oreja derecha. Sonreí con tristeza, aunque en realidad acabó siendo más como una mueca.

—Venga ya —murmuró—, eres inteligente, preciosa, divertida y de lo más apañada.

—Eso lo dices porque eres mi hermana.

—No. —Sonrió—. Eli jamás lo diría —se refirió a nuestra hermana menor.

Empecé a reírme, no pude evitarlo, y es que tenía razón. Eli no era más que una cría, o al menos así se comportaba. A su edad yo ya trabajaba en el periódico y como locutora en un programa de radio.

—No te preocupes —me pidió—. Sé que en algún momento ocurrirá de verdad.

Me dio un beso en la mejilla. Segundos después, se puso en pie y me dijo adiós con la mano cuando estuvo junto a la puerta.

—¿Nos vemos en un rato? —preguntó, esperando una respuesta afirmativa.

Asentí un par de veces, aceptando, y haciéndolo por ella.

—Ya sabes que es muy importante para nosotros —intentó convencerme, aunque ya había accedido—. Por favor...

—¡Qué sí! Tranquila, iré.

Era incapaz de negarle nada, y mucho menos algo así. Siempre había sido como mi mejor amiga, no podía evitar hacer todo lo que estuviera en mi mano para hacerle feliz, incluido olvidar durante la noche la discusión con mis padres.

Capítulo 2

Y el príncipe no se convirtió en rana, ¿o sí?

Unos minutos más tarde, el salón se llenó hasta los topes con decenas de personas, muchas de las cuales apenas conocía. La gran mayoría, estaba segura de que eran amigos de papá e incluso futuros inversores de su empresa, aunque no comprendía por qué demonios tenían que venir. Descendí por las largas escaleras que llevaban hasta la parte central del salón, donde estaba mi prima Nora.

—Buenas noches —la saludé sin ganas.

—Hola, prima, buenas noches —dijo, poniendo esa voz tan repelente que solo ella tenía—. Qué cena más guay, ¿no crees?

—¡Uy, sí! Todo superdivertido, ¡qué ilusión! —fingí con ironía, poniendo los ojos en blanco—. Estoy superencantada de tener la casa llena de personas que no conozco y que no soporto.

—Vaya, no parece que te haga mucha ilusión.

Le miré al mismo tiempo que negaba con la cabeza, hizo una mueca y se marchó sin decir nada más, mezclándose con todo el mundo mientras empezaba a saludar al resto de la familia.

—Buenas noches, buenas noches. —Vi como mi tía se abría paso entre los invitados—. ¿Has visto qué bien me queda el vestido? —Se quitó el abrigo y se lo ofreció a Albert, o, mejor dicho, se lo lanzó. Se pasó las manos a lo largo del cuerpo mientras hablaba con Pili, la mejor amiga de mi madre—. Es nuevo, me lo ha regalado mi chico. —Se giró hacia él y le dio un beso en los labios—. Es que tengo un hombre que no me lo merezco.

Pobrecillo, parecía un cachorro detrás de ella, resignado, callado como si no fuese capaz escapar de sus garras. Jamás entendí cómo podía aguantarla.

—¡Amalia! ¡Cariño! —exclamó al verme.

Era la persona más escandalosa que jamás había conocido, lo único que le faltaba era coger un megáfono para gritar a los cuatro vientos: «Soy Joanna y ya te gustaría ser como yo». Apartó a todo el mundo que había entre nosotras, empujándolos, ofendiéndose cuando le miraban de mala manera, y con razón.

—Oh, Amalia, ¡qué bien verte! —repitió, vociferando al verme.

—Liah —la corregí entre dientes por milésima vez.

—Ya, eso —Hizo un aspaviento con la mano, sin prestarme la más mínima atención—, lo que tú digas.

—Buenas noches, tía Joanna —la saludé sin moverme.

—¿No vas a darme un beso?

Lo cierto era que no, no quería darle un beso, por lo que ni siquiera le respondí. Nunca había sido demasiado cariñosa, y mucho menos con ella, otra cosa era que mis padres me hubieran obligado durante toda la vida.

—¿Es que ya no quieres a tu tía?

Me cogió del brazo, sujetándolo con fuerza, tanta, que incluso llegó a hacerme algo de daño, por lo que accedí a darle dos besos con tal de zafarme de su agarre.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Sí, tal vez —murmuré—. ¿Sabes qué? —Achiqué los ojos—. Necesito una copa.

Antes de darle opción a que me dijese nada más, me alejé hasta llegar a la barra que había preparado el *catering*. Solo de pensar en todo lo ocurrido me ponía enferma.

Suspiré, agarré con fuerza el bolso, y fijé mi vista en el chico joven que había tras la barra, quien me deslumbró con su radiante sonrisa. Me apoyé en el reluciente metal y miré la plaquita que colgaba del bolsillo de su camisa negra.

—Fernando —leí—, buenas noches.

—Fer, por favor —me pidió.

—No sabes cuánto te entiendo, Fer —dije desganada, al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco.

Odiaba sobremanera que me llamasen por mi nombre completo, y encontrar a alguien a quien le pasase lo mismo era difícil. Fer dejó ir una ligera carcajada que me envolvió el corazoncito, por lo que no pude evitar esbozar una mueca.

—¿Una cara triste en una fiesta? ¡No puede ser! —trató de animarme—. Conseguiré que una sonrisa se dibuje en tus labios —prometió.

Sonrió al mismo tiempo que intentaba animarme con un inocente chascarrillo al que apenas presté atención.

—Lo tienes difícil. —Reí—. Aunque estoy segura de que tenemos más en común de lo que parece.

—Ah, ¿sí? —se sorprendió.

—Apuesto a que ninguno de los dos quiere estar aquí —comenté.

—¿Qué quiere tomar?

—¿Quiere? ¿Disculpa? —pregunté, haciéndome la ofendida. Esta vez fui yo quien intentó animarle la noche—. No me trates de usted, ¡por Dios! ¡Ni que fuera una anciana!

—Si lo fuera, debería admitir que se conserva de maravilla —contestó guasón, guiñándome un ojo.

—Qué gracioso eres.

Dejó ir una sonora carcajada que me arrancó una sonrisa. Por lo menos había alguien capaz de alegrarme ligeramente la noche.

—Estaba pensando que tal vez te gustaría tomar algo cuando todo esto termine —se aventuró a decir.

—Así podemos ver cuántas cosas más tenemos en común, ¿no? —comenté divertida.

—Estoy seguro de que muchas.

—Eso ya lo veremos. —Le guiñé un ojo.

No pude evitar que la mueca siguiese en mis labios. Hablar con Fer estaba siendo de lo mejorcito de aquella noche, lo cual no era demasiado, ya que teniendo en cuenta los antecedentes... Era imposible que aquello fuese a peor. Pero al menos había conseguido hacerme sonreír, y eso escaseaba.

—Cuéntame un poco más de ti —le pedí.

—¿Cómo entré en el maravilloso oficio de servir copas? —preguntó, enaltecendo su trabajo de forma irónica.

Hablamos durante más de media hora. No iba a negar que Fer era un chico interesante, gracioso y, por qué no, guapo. Había estudiado bellas artes, adoraba ir los domingos a visitar distintos museos, y era un auténtico enamorado de la naturaleza. Pero si algo teníamos en común era el amor por la gastronomía asiática.

—¿Qué tal si vamos el sábado a cenar? —propuso.

—¿Ligando en horas de trabajo, Fernando? —puse voz autoritaria.

—Puede llamarlo así si quiere, señorita. —Me guiñó un ojo, y sentí como mi corazón se deshacía un poquito.

—Me lo pensaré —prometí—, pero te advierto, soy dura de roer y ahora mismo no estoy pensando en tener una relación estable.

—Me arriesgaré.

El jefe de equipo obligó a Fer a marcharse a otro sitio, ya que nos había visto hablar y eso no le había gustado un pelo. Durante unos minutos, permanecí pensativa, y además, aburrida. Por lo que observé la sala, hasta que me topé con la profunda e impresionante mirada de un desconocido de radiante sonrisa. Ante mí, se encontraba un hombre apuesto, trajeado y con un buen perfume. Acabó por posarse a mi lado, llamando aún más mi atención. Cuando sus ojos se encontraron con los míos pude ver como brillaban, igual que las estrellas en una oscura noche de verano.

—Buenas noches —me saludó.

Tragué saliva, sintiendo mis piernas cimbraer ante aquella penetrante mirada que consiguió atravesarme por completo. Contuve el aliento, sin atreverme siquiera a respirar el mismo aire que aquel jodido dios griego.

—¿Qué tal? —Quiso saber.

—Bastante aburrida, para serte sincera —admití.

Una mueca se dibujó en sus labios, y por alguna razón pareció haber aceptado un desafío en el cual yo era el mejor de los premios.

—Eso habrá que mejorarlo. —Me guiñó un ojo, pero por primera vez en mucho tiempo no lo sentí como algo solo sexual, sino como un juego divertido al que deseaba apuntarme.

—Póngame un ron cola —le pedí al nuevo barman.

—A mí el mejor *whisky* escocés que tengas.

Tras dirigirse al camarero, volvió a fijar la vista en la mía, provocando que mi corazón latiese con tanta fuerza que creí estar al borde de una maldita taquicardia. La noche empezaba a mejorar, y mucho.

—Creo que no nos hemos presentado —comenté.

Antes de decir nada, me tomó por la cintura, acercándose a él un poco más, lo suficiente como para que pudiese posar sus labios en mi mejilla, provocando que todo el vello de mi cuerpo se erizase. Olía de maravilla, tan varonil y limpio que mi sexo palpitó. ¿Hay algo mejor que un

hombre que huele bien? ¡No!

—David Blanco, para servirte.

Capítulo 3

Cenicienta y su c.r.u.s.h

En aquel instante creí que se me iban a escapar las bragas, ¡madre mía! No sabía ni siquiera cómo era capaz de mantenerme en pie. Por suerte, David aún me mantenía agarrada por la cintura con aquel brazo que parecía haber sido forjado en acero puro, igual que su musculoso pecho, el cual se intuía bajo la camisa blanca que vestía.

Suspiré y me pasé una mano por el cabello, dejando que varios mechones se colocasen tras mi oreja derecha. No quería separarme de él, aunque lo deseé con todas mis ganas. Por alguna razón, me soltó, provocando que el frío me tomase.

—¿Y tú eres...? —Quiso saber.

—Cenicienta —bromeé, por lo que no pudo evitar dejar ir una carcajada.

—¿Vas a desaparecer dejando un zapatito de cristal?

Me encantó que me siguiese el juego, así que tuve que añadir un punto a la lista del súperhombre que tenía frente a mí. David tenía los ojos más azules que había visto jamás, eran como el cielo en un día soleado y sin nubes.

—Tal vez —tontee—, pero si quieres encontrarme, no hace falta que me lo traigas, puedo darte mi número.

Aquellas palabras salieron de mi boca como empujadas por una fuerza sobrenatural que me pilló desprevenida. ¿De verdad acababa de decir aquello?

—Me parece un buen plan —aseguró.

Mis mejillas se enrojecieron tanto, que parecería un tomate *cherry*. No me podía creer que un hombretón como él hubiese accedido a entrar en mi juego, por lo que no pude evitar que una enorme sonrisa se dibujase en mis labios.

—Soy Liah Rodríguez.

—Encantado de conocerte, Cenicienta Liah. —Me guiñó un ojo, provocando que mi sexo palpitase de nuevo.

—Es un placer —aseguré, intentando que mi voz saliese alta y clara.

Me había estado sintiendo fuera de lugar durante toda la noche, pero, gracias al universo o lo

que demonios hubiese, David había aparecido en mi camino para alegrarme la velada y hacerme sentir un poco más en casa.

—Vaya, vaya... —murmuró alguien a mi espalda.

Giré sobre mis talones de inmediato, encontrándome de cara con mi hermana, que tenía los brazos cruzados bajo el pecho.

—Veo que ya os habéis conocido —comentó Ric, quien apareció a su espalda.

Abrí los ojos como platos. En ningún momento habría pensado que aquel pedazo de hombre era amigo del sin sangre de mi cuñado. Ricardo era un buen tipo, agradable, bueno y cuidaba a mi hermana, que era lo más importante, pero todos debíamos admitir que había veces en las que, en vez de tener sangre, parecía que por sus venas corriese horchata.

—Eso parece —apuntó David, con una mueca radiante dibujada en sus labios.

—¿De qué va todo esto? —le pregunté a mi hermana por lo bajini.

Esta me tomó por el brazo y, tras disculparse de nuestros acompañantes, me llevó a una de las esquinas del gran salón, mirándome estupefacta.

—¿Cómo que de qué va esto? —inquirió confusa.

—Pues ya sabes, no me trago que hayáis traído a David así porque sí.

—Queríamos que le conocieses —se sinceró.

—Vaya... ¿Otra cita a ciegas?

Esta asintió un par de veces. Aún podía recordar la vez en la que quisieron emparejarme con Jamie, compañero de editorial de Ric. ¡Ojalá hubiese ido a juego con su nombre! Nada me hubiera gustado más que encontrarme un escocés de dos metros, pelirrojo y con apellido Fraser, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Por qué no te rindes? —Quise saber.

—Porque sé que mereces a alguien mejor.

—¿Alguien como Jamie? —inquirí al mismo tiempo que alzaba una de mis cejas.

—¡Ya te pedí perdón, hermanita! —bramó—. Además, Ric conoce a David desde hace muchísimos años, ha estado en casa muchas veces, y es maravilloso.

Me pasé una mano por el cabello. No estaba buscando pareja, ni siquiera lo había pensado a pesar de que ya habían pasado varios meses desde que Coen se marchase y me dejase tirada.

—Vamos, ¡te encantará!

—Tienes mi último voto de confianza —le advertí.

—¡Me la juego! —exclamó al mismo tiempo que se colocaba tras mi espalda y me iba empujando hacia donde se encontraban nuestros respectivos *crushes*.

Porque sí, David estaba más bueno que el pan, y automáticamente se había convertido en un *crush* con todas sus letras. *Candidato, Real, Utópico, Sensual y Hermoso*. Tal vez esto último me lo hubiese inventado, pero lo cierto es que reunía las condiciones perfectas para convertirse en un auténtico *crush* de Liah.

Volvimos a donde se encontraban. David guardaba con recelo mi copa, sujeta con firmeza, esa con la que minutos antes me tenía cogida a mí. Tragué saliva al recordarme entre sus brazos, ¡me moría de ganas por repetir!

—Entonces, ¿os conocéis desde hace mucho tiempo? —Quise saber.

—Entramos juntos en la carrera, estudiamos juntos, aunque al final Ric decidió cambiar de aires —me explicó—. Al contrario que él, yo acabé magisterio, y aquí estoy.

Me guiño un ojo, y con aquel simple gesto noté que me deshacía como un cubito de hielo bajo el sol de verano. Fijé mi vista en él, cómo no dejaba de hablar, y aunque quería escucharle, mis sentidos estaban centrados en esa aura que irradiaba. No sabía si era de esos hombres capaces de cuidarte o de agarrarte y empotrarte como una jodida bestia. Tal vez fuese eso lo que más me gustaba.

—¿Qué piensas tú? —inquirió.

—*Ehm...* —murmuré—. Disculpad, no estaba demasiado atenta —me sinceré.

En cualquier otro momento de la vida me habría excusado y habría respondido cualquier cosa, pero lo cierto era que no me apetecía tener que hacerlo. De repente y como un huracán, vi como Nora, nuestra querida prima, se acercaba, revoloteando alrededor de mi querido profesor, cual mosca cojonera. Carraspeé, colocándome a su lado.

—T-Tío... ¿Sabess a quién te parecess? —le dijo, balbuceando, borracha como una cuba.

David le miró pasmado, sin entender nada de lo que estaba ocurriendo. Desvié la vista hacia Alex, quien intentaba zafarse de Nora, y a quien, obviamente, no volvería a invitar a un evento como aquel.

—¡A Calvin Harry! —exclamó.

—¿No será a Henry Cavill? —le corregí.

—¡Eso! ¡Harry Calvin!

Puse los ojos en blanco, pero no pude frenar la carcajada que salió de mi boca. Estaba siendo todo un jodido espectáculo, y no negaría que estaba disfrutando al máximo de ver a Nora hacer el ridículo de aquella forma.

—¡Nora! —exclamé cuando su copa voló y casi aterrizó sobre David.

—*Ups*, ¿estás bien? —Quiso saber—. Ven, que te seco.

—No te preocupes —le excusó David, a quien no le estaba haciendo ninguna gracia la situación.

—Discúlpala. —Esta vez fue Alex quien se lo pidió—. Ahora mismo vuelvo.

—¿Te apetece que vayamos a por algo de comer? —me propuso David.

Tuve que frenar a mi instinto, quien me gritaba que le dijese lo mucho que me gustaba, y que si le apetecía me lo comería a él. Cogí aire y sonreí ante el descarado comentario que había logrado evitar.

—Creo que primero voy a enseñarte dónde está el baño para poder arreglar este estropicio —comenté al mismo tiempo que señalaba la mancha que había quedado en su pantalón.

—Puedes enseñarme lo que quieras.

Capítulo 4

Un lío de dos

—Muchísimas gracias por preocuparte —comentó, al mismo tiempo que caminaba a mi lado por el largo pasillo del caserío.

—No hay de qué, ha sido culpa de mi prima así que... ¡Qué menos!

Entramos en el lavabo principal que conectaba con la zona de lavandería e hice que se sentase en la taza del váter. Se deshizo de la corbata que llevaba, dejándola sobre la encimera del lavamanos. Se abrió un par de botones de la camisa, dejando a la vista parte de su fuerte pecho y clavículas. Casi me desmayé al verle de aquella forma, tan sensual, con el cabello revuelto a causa de haberse quitado la corbata sin desabrochar por completo. Me mordí el labio inferior, sintiendo como todo mi ser reaccionaba a aquel Dios que tenía frente a mí. Cuando alzó la mirada y la fijó en la mía, las manos me temblaron y perdieron su fuerza, haciendo que el bote de oxígeno activo que llevaba y el trapo cayesen al suelo.

—¿Estás bien?

—*Ehm...* —murmuré—. Sí, vamos a ver si quitamos esa mancha.

Me acerqué a donde estaba, agachándome para echar un poco del producto. Humedecí el trapo, el agua estaba helada, o tal vez es que mi cuerpo estaba demasiado caliente, y el contraste era notable. Cuando fui a pasar el trapo por encima del pantalón, una de sus manos se colocó sobre la mía, provocando que una descarga recorriese todo mi cuerpo. Me iba a dar algo en aquel instante, el corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que sería capaz hasta de escucharlo.

—Muchas gracias —dijo mediante un susurro.

Tras acabar de limpiarlo, me puse en pie y guardé las cosas. Nada más salir del cuartillo, vi que mi acompañante estaba de pie, listo para que nos marchásemos, pero en vez de eso me agarró con firmeza por la cintura y estampó sus labios en los míos. Aquello me pilló totalmente desprevenida, por lo que un dulce gemido se escapó de mi boca, mientras él lo capturaba.

—Lo siento —susurró al mismo tiempo que se pasaba una mano por el cabello—, no debería haber hecho eso.

—Yo...

—No soy de esos tíos a los que les va el «aquí te pillo y aquí te mato».

Yo tampoco, en cierto modo, pero la verdad era que no le habría hecho ascos a un hombre como él.

—Pero es que... Joder —masculló—. Lo siento.

—No lo sientas.

Las palabras salieron de mi boca como empujadas, y le devolví el beso que acababa de darme, a sabiendas de que de un momento a otro las piernas me fallarían y mi sexo clamaría su atención. Me lancé a sus brazos sin pensarlo, deseando que me besase hasta olvidar todo lo que había pasado aquella noche. Me agarró con fuerza por la cintura, pegándome a él y haciendo que caminase hacia atrás hasta que mi trasero chocó contra el lavamanos. Estampó sus labios contra los míos, y tiró de mi labio inferior, provocando que un gemido se me escapase.

—Debería haberme manchado antes —comentó jocoso, por lo que no me resistí a dejar ir una sonora carcajada que resonó por todo el lugar.

Antes de que pudiese decir nada más, alguien llamó con insistencia a la puerta, provocando que diese un bote entre sus brazos. Me mandó callar en un gesto que consiguió encenderme aún más, ya que colocó uno de sus dedos sobre mis labios, mientras una sonrisa ladina se dibujaba en los suyos.

—¿Hola? —gritaba mi tía Joanna desde fuera.

—Mierda —siseé.

Maldije para mis adentros en todas las lenguas que supe. Me separé de David y re Coloqué el vestido que llevaba para que no pudiese sacar conclusiones, las cuales serían acertadas al cien por cien, y abrí la puerta.

—Oh, Liah, ¿qué haces tú aquí? —preguntó.

Intenté que no abriese más la puerta, pero entonces me apartó de mala manera y entró en el baño. Tragué saliva y sentí como el corazón se me desbocaba a causa de los nervios. Giré sobre mis talones y, para mi sorpresa, allí no había nadie más. Ni rastro de David, ni del jabón ni de su corbata.

—¿Qué iba a hacer? —inquirí.

—Oh, claro, nada... —murmuró—. ¿Puedo entrar?

Asentí un par de veces, y entonces me percaté de que la entrada que conectaba el lavadero al baño estaba cerrada. Suspiré, cogí mi teléfono y salí de allí, rogándole al universo que a mi tía no

se le ocurriese de ninguna de las maneras entrar a la lavandería.

Al salir, me encontré a David apoyado contra la pared, con aquella mirada capaz de penetrarme el alma, y una hermosa sonrisa que consiguió deshacerme de nuevo y prender la llama que creía que mi tía había apagado.

—Por poco... —comentó.

Dejé ir una carcajada. Había estado al borde de la taquicardia y, por suerte, David supo reaccionar rápido cuando yo ni siquiera era capaz de articular palabra. Me cogió de la mano, hizo que girase y depositó un casto beso en mis labios.

—¿Qué tal si me enseñas el jardín? —propuso.

Salimos al jardín, por lo que antes pasé por mi habitación a coger un abrigo, ya que no me apetecía congelarme. Aunque estaba segura de que, si hiciese falta, David me quitaría el frío hasta hacerme prender en llamas.

—La luna está preciosa, ¿verdad?

—Mucho.

—Es muy hermoso pensar que desde cualquier parte del mundo podamos ver la misma luna a pesar de la distancia.

Asentí un par de veces, nostálgica. Por el rabillo del ojo vi cómo se acercaba más a mí, al mismo tiempo que sacaba un paquete de tabaco del bolsillo interior de su americana. Cogió uno de estos y se lo llevó a la boca, encendiéndolo.

—¿Quieres?

—Claro, gracias.

Sin dudar ni un solo segundo, sacó el cigarrillo de entre sus labios y lo posó en los míos en un gesto tan sensual que creí que me desmayaría allí mismo. Tenía la vista fija en mi boca. Podía sentir la lujuria recorrerle y cómo le consumía con lentitud, igual que a mí.

—Háblame de ti —me pidió.

—¿Qué quieres saber? —pregunté seductora.

—Quiero saberlo todo —susurró, acercándose a mi oído.

Mi corazón latió con tanta fuerza que era como si quisiese escapar de mi pecho para

marcharse bien lejos, temiéndose lo que podría llegar a pasar.

—Como ya sabes, mi nombre es Liah Rodríguez —Al presentarme, tomó mi mano y se la llevó a los labios—, soy licenciada en periodismo, amo mi trabajo, pero aún más viajar y conocer lugares. He estado viviendo en lugares muy distintos entre sí, y de los que me he enamorado hasta las trancas.

—¿Dónde has vivido?

—En Londres, Estambul, Cardiff, Viena, El Cairo, Edimburgo, Holanda... Siempre me ha gustado viajar, pero vivir allí ha sido una experiencia maravillosa —comenté.

—¿Te fuiste sola a todos esos sitios? —preguntó, alucinando.

—¡Casi a todos! —respondí orgullosa—. Creo que no hay mejor forma de conocerte que viajando solo.

—¿Y ahora qué haces?

—De momento estoy en Barcelona, pero lo más seguro es que tenga que marcharme de nuevo.

—¿Marcharte? ¿A dónde? —preguntó confuso.

—Estás haciendo muchas preguntas, ¿no? —bromeé—. Me estaba quedando una temporada en casa de mis padres, pero me han pedido que me marche, así que voy a tener que buscarme algo, y de momento no he encontrado nada.

—Tal vez pueda acogerte yo —susurró, pegando su cuerpo al mío, y sonriendo ladino.

—Sería interesante —contesté perdida en su mirada.

—Cuando quieras.

Antes de que pudiese seguir hablando, vi como Ric aparecía por el gran ventanal, sacando un cigarrillo de su cajita. Junto a este iba un chico de pelo claro y ojos oscuros, con unas redondeadas y pequeñas gafas de pasta negra que consiguieron llamar aún más mi atención. No sabía qué era lo que había en él, pero era un tipo curioso y de lo más atractivo. Cogí una bocanada de aire, ¡no me lo podía creer! Era dejar a Coen, llevar meses sin un poquito de cariño, y de repente habían tenido que reunirse en aquella fiesta los chicos más guapos de todo el país.

Carraspeé, intentando aclarar mi voz, o, mejor dicho, forzar a que las palabras saliesen, ya que parecían haber desaparecido. Me fijé en el nuevo integrante de aquel círculo que acabábamos de formar: iba vestido con una camisa blanca, un chaleco azul marino, casi tan oscuro como la noche en la que nos encontrábamos, y unos pantalones de pinza del mismo tono. Cuando fijó la

vista en mí, sonrió de oreja a oreja, como si hubiese sentido lo mismo que yo al verle.

—Buenas noches —nos saludó a ambos.

—Liah, David —nos llamó—, este es Nathan Campillo.

—Encantado.

Di un paso adelante, como empujada por un resorte. Por su parte, y sin dudarlo dos veces, colocó una de sus manos en mi cintura, con firmeza, y besó mis mejillas, dejando una pausa que me supo a gloria. Odiaba sentirme así, teniendo a dos hombres como aquellos cerca de mí y sin saber por cuál decidirme, ¿os había dicho ya que soy Piscis? Será mejor que lo recordéis. Pero lo más importante de todo: ¿quién demonios era Nathan Campillo?

Capítulo 5

Dos hombres y una piscis

—Es todo un placer, Liah —comentó Nathan—. He escuchado hablar de ti un millar de veces.

—¡Exagerado! —saltó Ric mientras Nathan negaba con la cabeza.

—Créeme que no. —Me guiñó un ojo, consiguiendo que mis piernas temblasen.

Dejó ir una sonora carcajada. Solo esperaba que Alex le hubiese hablado maravillas de mí, o la ahogaría nada más verla.

—Solo espero que fuesen todas buenas —admití, riendo.

—Claro que sí, y estoy seguro de que se quedaron cortos —añadió, consiguiendo que mis mejillas se sonrojasen.

—Y, ¿a qué te dedicas? —Quise saber.

Antes de contestarme, le dio un largo sorbo a su bebida y miró a Ric, aguardando a que dijese algo que no pareció llegar.

—Soy diseñador editorial —me informó—, me dedico a llevar todo el tema de diseños de libros y el apartado promocional de la misma editorial.

—Nathan, además de eso, coordina un equipo de siete diseñadores más y tiene un equipo que se ocupa específicamente de buscar tendencias en el sector.

—Impresionante —murmuré pasmada.

Siempre me había interesado el mundo del que hablaba, ya que estaba relacionado con el periodismo y la escritura. Eso sí era mi pasión.

—Gracias —contestó al mismo tiempo que se pasaba una mano por la nuca—. No es para tanto —le restó importancia.

—Claro que no es para tanto —respondió segundos después David, quien había cambiado por completo de postura y semblante—. Tener que lidiar con treinta criaturitas sí que es duro.

—¿Treinta? ¿Tantos? —exclamé sin creérmelo.

¡Madre mía! Yo no era capaz de aguantar ni siquiera a mis sobrinos postizos más de media hora, como para tener que aguantar a treinta durante todo el día, cinco días a la semana.

—Tengo mucha paciencia —comentó risueño—, además, ya son mis coleguitas, y al final, esa

es la clave para que hagan caso.

—¿Y si eso falla?

—Si eso falla, siempre quedarán... —Me agarró la cintura y, sin terminar de hablar, empezó a hacerme cosquillas— ¡las cosquillas!

Sentir su pecho pegado a mi espalda, sus músculos tensos, recorriendo mi cuerpo con sus manos, consiguió prender cada poro de mi piel, haciendo que mi sexo palpitase, ansioso de más.

—Tiene que ser divertido —añadió Ric, al mismo tiempo que me guiñaba un ojo, lleno de una complicidad que no sabía que teníamos.

Me separé de él, notando como mis mejillas ardían de nuevo.

—Oye, Liah —me llamó Nathan—, y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy licenciada en periodismo, llevo un par de meses en paro, pero soy periodista *freelance*.

—Vaya, ¡eso sí que es interesante!

—La verdad que me encanta, y desde hace años que me dedico a ello —aseguré—. Además, he aprovechado para ver mundo, y no hay mucha gente que pueda decir eso.

—Totalmente de acuerdo, yo no he pasado de Andorra —comentó Ric, riendo.

Negué con la cabeza, con una sonrisa burlona en los labios. Ric odiaba los aviones y todo lo que requiriese meterse en un aparato metálico del cual no tenía el control. De pequeño vio una película en el cine, y se quedó traumatizado, provocando que dejase de volar.

—Y ¿te has especializado en algo en concreto? —Quiso saber Nathan.

—Durante muchos años estuve cubriendo eventos deportivos, tanto fútbol, como artes marciales mixtas, básquet y boxeo —comenté—, aunque siempre he admirado a mi tío Johan, quien fue periodista de guerra durante casi toda su vida.

—Eso sí debía ser duro —añadió David.

—Vivíamos con un miedo constante a que le ocurriese algo, hasta que...

—Simplemente pasó —dijo Ric con pesar, quien también le había conocido y admirado.

Aún no me había hecho a la idea. Muchas veces me quedaba mirando a la puerta, deseando que entrase por ella con esa sonrisa radiante que siempre llevaba dibujada en su rostro. Johan nos dejó hacía un par de años; no era más que un treintañero que amaba su trabajo y contar la verdad de todos aquellos que no podían contarla.

Una semana más tarde.

Aquella noche no ocurrió nada más con ninguno de mis dos fichajes, por desgracia, pero tal vez no era el momento. Mi vida estaba patas arriba, no tenía ni siquiera dónde caerme muerta, y gracias al destino y a Instagram, vi que mi amiga Carlota necesitaba compañera de piso, por lo que no dudé en escribirle. Todo fue tan rápido que no me había dado tiempo a asimilar lo ocurrido. Me senté en la cama y miré las cajas amontonadas que aún no había vaciado y las cuales no sabía dónde metería. Resoplé, me anudé los cordones de las zapatillas, me coloqué el cinturón y salí.

—Carlota, salgo a comprar —le avisé—, ¿necesitas algo?

Carlota era una chica risueña, muy boca chancla, pero tal vez aquello era lo que la hacía tan divertida y especial, no tenía pelos en la lengua. Era responsable, trabajadora y un poco culo inquieto.

—Pues... —murmuró—. Sí, ¿podrías comprarme unos preservativos y cera fría? Esta noche tengo una cita con Dani.

Dani y ella se conocieron cuando salimos de la carrera. Siempre hubo una tensión sexual no resuelta, pero Carlo nunca había querido tener nada más con él, hasta aquella tarde.

—Claro, sin problema —comenté—. ¿Al final has decidido dejarte caer en sus redes?

—Yes! —exclamó—. A ver si me alegra el cuerpo un poquito.

—Qué basta eres, chica.

Sonrió al mismo tiempo que me sacaba la lengua y se marchó al baño mientras yo cogía la chaqueta.

—Vuelvo en media hora, no me echés de menos.

—¡Ve con cuidado! —voceó desde el baño.

Apenas me había movido por aquella zona, por lo que estaba tan perdida que era incapaz de orientarme bien, y para colmo... ¡Me había dejado el móvil en casa! Maldije para mis adentros cuando me di cuenta. Decidí acercarme a la boca del metro más cercana, a ver si encontraba algún tipo de mapa, pero nada de nada. Con lo que sí me topé fue con alguien con el pecho tan duro que creí que había chocado con una pared maciza. Alcé la mirada, encontrándome con un chico de cabello castaño claro y ojos marrón chocolate que quitaban el sentido.

—D... Disculpa —balbuceé.

Iba vestido con un jersey azul marino que le quedaba pegado al cuerpo por completo. Por un instante, mi vista bajó hacia el resto de su cuerpo, escaneándole, y fue entonces cuando me percaté, o, mejor dicho, intuí, que formaba parte de algún tipo de cuerpo de seguridad.

—No te preocupes, ¿estás bien? —preguntó preocupado, con una bonita sonrisa dibujada en sus labios.

—Sí, tranquilo, ha sido solo que... —Me pasé una mano por el cabello, sin encontrar las palabras adecuadas—. Bueno, iba distraída, lo siento.

—No ha sido nada —aseguró—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Ehm... —murmuré—. Lo cierto es que sí. Soy nueva en la zona y bueno, necesito comprar algunas cosas, pero no encuentro ningún supermercado.

El chico me escaneó de pies a cabeza, como había hecho yo con él unos segundos antes, sin poder remediarlo. Sentí como mis mejillas se sonrojaban sin control.

—Hay uno no muy lejos de aquí, tan solo a unas calles más allá.

—Muchas gracias. —Sonreí.

Cuando se dio la vuelta, no pude evitar fijarme en su trasero, tan marcado en aquellos pantalones que le quedaban ceñidos a sus fuertes piernas. Me sentí culpable de hacerlo, pero lo cierto fue que lo volvería a hacer. Sacó el *walkie* y dijo algo que no entendí por la radio, a lo que le contestaron al segundo.

—Ven, te acompañaré.

—Pero... No quiero ser una molestia —comenté con pesar, aunque estaba encantada de que aquel hombretón me guiase por las calles de la ciudad.

—No te preocupes, es solo un momento.

Asentí un par de veces, nerviosa, por no saber qué decir para llenar el silencio que se había instaurado entre ambos, dos desconocidos.

—¿Está muy lejos? —Quise saber.

—No, tan solo girando la esquina —respondió con amabilidad—, en nada llegamos.

—Perfecto.

No dejaba de mirarle de reojo, por lo que opté por ponerme las gafas de sol para no parecer tan descarada. El chico se detuvo en seco, y yo hice lo mismo, por si había ocurrido algo.

—Por cierto, soy Edgar —se presentó, tomándose la mano.

—Liah.

—Un placer. —Sonrió de oreja a oreja.

Durante unos segundos, pareció pararse el mundo. Me quedé pasmada y sin habla. Por algún motivo, todo parecía sonar mejor en su boca, por lo que dejé que una mueca divertida se dibujase en mis labios. Me empezaba a gustar aquel muchacho, ¿a quién no?

Tal vez parecía que me habría olvidado de David, pero nada más allá. No habíamos intercambiado teléfonos, así que yo había hecho lo mismo: seguir con mi vida, igual que con Fer y Nathan. El universo quería que entrase un hombre en mi vida, y todos ellos no eran más que intentos fallidos de un plan sin fisuras.

—Es ahí delante. —Me señaló el lugar.

—Muchísimas gracias, Edgar —le dije antes de marcharme, dedicándole la más radiante de mis sonrisas.

Le dije adiós con la mano y me adentré en el supermercado. No le pedí el número, porque supe que, si tenía que encontrarme con él de nuevo, sabía dónde encontrarle. Cogí una cesta y empecé a deambular por cada uno de los pasillos, más perdida que cualquier otra cosa. Añadí a la compra lo que me había pedido Carlota: cuchillas, bandas de cera y preservativos. Rebusqué en el bolso la lista en la que había apuntado todo lo que necesitaba, pero mientras la miraba, cambié de pasillo y choqué, de nuevo, de bruces contra alguien, haciendo que acabase cayendo al suelo.

—Joder... —mascullé—. ¡Ya podrías mirar por dónde vas! —exclamé.

Capítulo 6

Mi gozo en un pozo

—¿Qué haces tú aquí? —indagué al mismo tiempo que me daba cuenta de quién estaba frente a mí.

Edgar me miraba con ojitos de cordero degollado, con aquellos dos pozos de chocolate penetrantes, sin dejar de disculparse. Me tendió la mano, por lo que no dudé en agarrarla con fuerza, y de un salto me puse en pie, con la suerte de que acabé pegada a su pecho, de nuevo.

—Lo siento —aseguró—, me ha apetecido comprar algo para el desayuno —se excusó.

—Pero... Si es la una y media del mediodía —comenté.

¡Le había cazado con las manos en la masa! No era más que una excusa, o eso creí, ya que empezó a ponerse nervioso. Dejé ir una risita que no pude contener. Había entrado en el supermercado para poder hablar conmigo de nuevo, estaba segura de ello. Tal vez fuese pretencioso pensarlo, pero era imposible que esa posibilidad no cruzase mi mente. El universo se había empecinado en que tuviese pareja antes de la boda de Alex, y estaba poniendo todas las cartas sobre la mesa.

Edgar era un nombre más que añadir a la lista junto con Fer, David, y Nathan. No negaría que a cada uno que aparecía, mejor gusto tenía el dichoso universo, ¿sería Edgar parte de mi futuro?

—Bueno, espero que encuentres lo que buscabas —comenté juguetona.

Este dejó ir una risilla que me divirtió más de lo que esperaba, y cogí una tableta de chocolate que metí en la cesta.

—En realidad, ya lo he encontrado —susurró, mirándome, con sus ojos tan fijos en los míos que creí que me desmayaría allí en medio.

Sentí como todo mi cuerpo se veía sacudido por un escalofrío, y mis mejillas se enrojecían como un maldito semáforo prohibiendo el paso. Me coloqué un mechón tras la oreja e intenté que las palabras saliesen de mi boca, ya que ni siquiera podía pensar con claridad.

—Muchas gracias por acompañarme —repetí—, y encantada de conocerte.

Edgar tenía un cuerpazo forjado a golpe de mancuerna, un culo de escándalo y una mirada de infarto.

—Ha sido un placer.

Sonrió con dulzura y no pude evitar querer conocerle un poco más. Me dio un beso en la mejilla y, tras eso, decidí marcharme para seguir con lo mío, buscando todo lo que faltaba en aquella eterna lista de la compra que parecía que jamás acabaría.

—Ya sabes dónde encontrarme —añadió, al mismo tiempo que me guiñaba un ojo y se despedía.

Asentí un par de veces y le dije adiós con la mano, intentando pensar en cómo demonios iba a seguir con mi vida después de conocer al que parecía el futuro padre de mis hijos. Tragué saliva, y no pude evitar fijar mi mirada en su trasero.

Acabé de coger lo que necesitaba y me sentí como en una nube. Estaba siendo un buen día, había conocido a un chico fabuloso, tenía la compra hecha y, para colmo, el sol había salido a hacer acto de presencia. ¿Podía haber algo mejor? Por mi mente cruzó la idea de acercarme a la parada de metro para proponerle a Edgar salir a comer a alguna parte, pero entonces me acordé de que había quedado con Carlota y los planes se me vinieron abajo.

Nada más llegar a casa, el corazón me dio un vuelco. Carlota no estaba por ninguna parte, cosa que me extrañó. Nos conocíamos desde hacía seis años, en la facultad. No éramos mejores amigas, pero sí que disfrutábamos mucho juntas. Estudiamos periodismo, hasta que Carlo decidió que no quería seguir malgastando su tiempo en la universidad, cosa que, en cierto modo, entendía, ya que requería de un sacrificio que no todo el mundo estaba dispuesto a hacer.

—Carlota —la llamé—, ya estoy en casa.

Dejé las llaves en el cuenco de la entrada, aguardando a que alguien contestase, cosa que no ocurrió. Todas mis alarmas se encendieron, y las manos empezaron a sudarme. ¿Y si había entrado alguien a robar y la tenían encerrada en el baño? ¿Y si se la habían llevado? ¡Madre mía! Estaba tan nerviosa que no sabía hacia dónde ir. Caminé por el pasillo, pasándome una mano por la cabeza, intentando pensar con claridad. Entré en la cocina y saqué un cuchillo del primer cajón, el más grande de todos, así al menos intimidaría al ladrón, o eso esperaba. Me deshice de las zapatillas para hacer el menor ruido posible. Cogí una bocanada de aire, estaba muerta de miedo. En las películas todo era más sencillo, aparecía alguien y lo apuñalaban, pero en la realidad todo era muy distinto.

—¿Carlo? —pregunté, sintiendo como me temblaba hasta la voz.

No se escuchaba nada, ni una sola respuesta. Busqué por todas las estancias del piso hasta que oí un ruido en mi habitación, por lo que, de una patada, abrí la puerta, golpeando lo que hubiese

detrás. Un fuerte alarido resonó por todo el piso.

—¡Joder! —exclamó Carlota.

Me asomé, encontrándola tirada en el suelo, hecha un ovillo, en bragas y con una de mis camisetas favoritas en las manos.

—¿Qué demonios haces robándome?

—¿Y tú pegándome con la puerta? —me rebatió.

—He preguntado yo antes —apunté—. Pensaba que habían entrado a robar, te he llamado mil veces.

—No quería que me encontrases cotilleando tu ropa.

—Habérmela pedido, ¡tonta! —dije al mismo tiempo que le daba un ligero golpe en el brazo.

—Bueno, la cuestión es que me la dejas —concluyó mientras sonreía de oreja a oreja, pillá y descarada, como siempre había sido.

—Tienes la compra en la cocina. —Reí al verla brincar por el pasillo, deslizándose por el parqué.

Conectó el móvil al altavoz del salón antes de llegar a la cocina, por lo que empezó a sonar *Blank Space* de Taylor Swift, canción que adorábamos y no dejamos de cantar mientras sacábamos las cosas de las bolsas.

'Cause we're young, and we're reckless

We'll take this way too far

It'll leave you breathless, mm

Or with a nasty scar

Got a long list of ex-lovers

They'll tell you I'm insane

But I've got a blank space, baby

And I'll write your name

Cherry lips, crystal skies

I could show you incredible things

Stolen kisses, pretty lies

You're the King, baby, I'm your Queen

Find out what you want

Be that girl for a month
Wait, the worst is yet to come, oh, no

Sin dejar de moverme, me deshice de las zapatillas, metiéndolas directamente en el zapatero que había en la entrada.

—Oye —murmuró Carlota—, había este papel en la bolsa.

—Será la factura —contesté, restándole importancia.

Lo abrió y se quedó mirándome, extrañada, por lo que no pude evitar acercarme hasta donde se encontraba, muerta de curiosidad.

—Pues como no sea la factura de un tal Edgar y hayas comprado cada uno de los números de su teléfono...

—¿Edgar? —pregunté extrañada.

—¿Quién es?

—El chico que me ha dicho dónde estaba el supermercado. Trabaja en el equipo de seguridad del metro —le expliqué—. No sabía por dónde tirar, y él me ha sabido indicar

—¿Cómo? ¿Cómo? —repitió.

—Bueno, en realidad, me ha llevado hasta allí.

Me senté en el sofá, mirando el papelito que tenía entre mis manos, pensando en qué demonios hacer con Edgar.

—Ya podría habérmelo dado en la mano —comenté desganada.

Dejé el número sobre la mesa, y suspiré, pasándome una mano por el cabello. La lista cada vez era más y más larga: Fer, David, Nathan, y ahora Edgar. Todos y cada uno de ellos tenían algo especial, cosas que llamaban mi atención y los hacía especiales. No negaría que era una enamoradiza de los pies a la cabeza y me encantaba dejarme llevar por mis sentimientos, pero en aquel momento tenía una vorágine de ellos que no me permitían pensar con claridad.

—Oye, ¿y cómo es? —preguntó llena de curiosidad.

—Tiene un culo... —Suspiré.

—¿Solo eso?

—No, mujer, no —contesté con la risilla floja—. Tiene los ojos tan marrones como el mejor de los chocolates, tan penetrantes que son capaces de atravesarte el alma, y el cabello castaño

claro y unos brazos forjados en acero puro.

—¡Uy, por favor! —exclamó—. Tiene pinta de pibón —comentó—, aunque yo creo que lo que quieres es que te penetre otra cosa, no su mirada.

—¡Serás basta!

—Tendrás que escribirle. No vas a dejarle así, ¿no?

—Estás como una cabra, tía —concluí.

—¿Me estás diciendo que no vas a quedar con el pobre chaval? —inquirió—. ¡Me lo pido!

—De eso nada, que esto no es un supermercado ni una colección de cromos —le eché la bronca—. Además, tú ya tienes a Dani.

Hizo un pucherito, intentando darme lástima, pero lo cierto fue que no lo consiguió. Era verdad que ella tenía a Dani, pero yo también contaba con una larga lista de contactos a la que acudir. ¿Debía escribirle?

Capítulo 7

¡Seguridad!

Edgar y yo hablamos durante un par de semanas, aproximadamente. No nos habíamos visto, ya que él había tenido que cubrir largos turnos en el trabajo, lo que hizo casi imposible que saliésemos a ninguna parte.

Yo me había dedicado a seguir echando currículums, incluso en la panadería de debajo de casa, pero ni siquiera de ahí me habían llamado. Los precios no dejaban de subir, incluso el casero quiso hacerlo, pero, por suerte, en el contrato había una cláusula que estipulaba que no podía subirnos el precio del alquiler hasta tres años después.

Edgar:

Me encantaría verte.

Liah:

Lo sé, pero me parece a mí que tu supertrabajo
no quiere que nos volvamos a encontrar.

Edgar:

No sabes cuánto lo siento.

Liah:

Tal vez sea el universo advirtiéndonos de algo.

Sí, creía en el universo y en que todo ocurría por alguna cosa, así que aquello no era más que una reiteración de que no debíamos encontrarnos. Lo habíamos intentado en numerosas ocasiones, incluso hubo una vez que me dejó plantada en la cafetería, un imprevisto de última hora hizo que no apareciese.

Liah:

Esta noche Carlota y yo saldremos.

Estaremos en el Mix.

Edgar:

Intentaré pasarme.

Liah:

Última oportunidad.

Y lo era. Si de verdad el universo no quería que nos conociéramos, era por algo, y esa sería la prueba de fuego. No sería yo la loca que le llevase la contraria. Puede que me estuviese reservando algo mejor, o me diese una oportunidad que no esperaba.

Edgar:

Nos vemos allí.

Aquella respuesta me gustó aún más que la anterior. Me dejé caer en la cama, de espaldas. Iba a ser una espera tortuosa, pero sabía que merecería la pena cuando nos viéramos.

La noche empezó horas después de la conversación. Carlota y yo cenamos en uno de nuestros restaurantes favoritos, ya que éramos de la firme creencia de que, si se cena bien, al día siguiente no te encuentras tan mal tras beberte hasta el agua de los floreros.

—¿Estás bien? —le pregunté extrañada al ver cómo se bebía un gin-tonic como si fuese agua.

—Claro —dijo sin separar la copa de su boca—. Pero tendré que ir preparándome.

La miré preocupada. Habíamos hablado de ello en cientos de ocasiones, y a pesar de que siempre le entraba por un oído y le salía por el otro, no perdía la esperanza de que en algún momento me hiciese caso.

—Carlota, no puedes estar así toda la vida —murmuré.

—Me gusta.

—¿Cómo puede gustarte el acostarte con un tío y a la mañana siguiente no ser capaz de recordar lo que has hecho? —inquirí cabreada, porque siempre conseguía la misma respuesta—. ¿Y si alguno te viola?

Aquel era mi mayor miedo. Odiaba salir de noche, volver a casa sola, vivir con el pánico de no saber si en algún despiste me habrían metido algo en la bebida, o si alguien podría estar siguiéndome de vuelta a casa. Era tal la sensación que tenía que incluso había llegado a comprar

un llavero alarma, por si en algún momento me ocurría. Una chica que seguía en redes sociales había encontrado la forma de volver segura a casa: llevando una barba postiza en el bolso. No negaría que pensé en comprársela a Carlo, pero su caso era muy distinto. Ella se emborrachaba, se enrollaba con tíos y los llevaba a su cama sin pensar en las consecuencias. No pasaba siempre, pero más de las veces que me gustaría admitir. Cerré los ojos, estaba preocupada por ella.

—Ay, Liah, ya soy mayorcita —murmuró desganada—, no seas pesada, me lo has dicho cincuenta veces.

—Y cincuenta veces que te lo has pasado por el forro —comenté malhumorada.

—Si ya sabes qué te voy a decir, ¿para qué preguntas?

—¿Para intentar que entres en razón? —inquirí, imitando la voz que le salía cuando entraba en ese *mood* de estúpida que tenía.

Me miró con el ceño fruncido, molesta. Sabía tan bien como yo que tenía razón. No estaba diciendo que tuviese que hacer lo que decía, pero sí que debía andarse con más cuidado. Era demasiado inocente, creyendo que las violaciones, secuestros y abusos solo sucedían en las películas y en otros países, pero lo cierto era que en España también.

—Vamos, Carlo, no te cabrees.

—Claro que me cabreo. —Cruzó los brazos—. Lo hago porque soy consciente, aunque creas que no, pero no puedo evitarlo. Tal vez, cuando conozca al tío adecuado, deje de hacerlo.

—Eso espero —susurré con pesar.

No sabía cuánto tiempo llevábamos en la discoteca y mucho menos la cantidad de copas y chupitos que había ingerido. Lo único de lo que estaba segura era de que todo me daba vueltas como si estuviese en un tiovivo. Me senté en uno de los taburetes y, acto seguido, apareció el amigo «majo» de Carlos, el cual no era más que un muermo sin sangre.

Cerré los ojos durante unos segundos, pero tuve que volver a abrirlos ya que la sensación de dar vueltas solo se agravaba. Hacía tanto rato que no escuchaba lo que me decía aquel chico, que empezaba a sentir pena por él. De repente, sentí como alguien posaba su mano sobre mi hombro, lo que me pilló por sorpresa, consiguiendo que diese un bote en el asiento. Por un instante le rogué al universo que fuese Carlota, pero al voltearme, la sorpresa fue aún mejor.

—Liah, ¿verdad?

Frente a mí tenía a uno de los chicos más guapos con los que me había topado jamás. Sus ojos marrones como el café consiguieron quitarme toda la pesadez que estaba sintiendo, despertándome por completo. Una media sonrisa se dibujaba en sus carnosos labios, por lo que no pude evitar imitarle.

—¡Edgar! —exclamé, lanzándome a sus brazos.

¡Salvada por la campana! Acababa de salvarme de acabar muriendo de aburrimiento por culpa del amigo «majo», por lo que agradecí a la vida que me hubiese encontrado.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó—. Me parece que te debo algo.

Me giré hacia el amigo de Carlos, quien pareció entender que sobraba, por lo que hizo una mueca y desapareció entre la gente, sin mirar atrás y sin importarle lo más mínimo, cosa que agradecí.

—Un ron cola. —Le guiñé un ojo.

—Vaya, vas fuerte, ¿eh?

Dejé ir una sonora carcajada que se vio opacada por la música que nos bombardeaba a cada segundo que pasábamos allí. Tras pedir la bebida, Edgar posó una de sus grandes manos en mi espalda, llevándome a la zona VIP donde había reservado una mesa.

—¿Te apetece bailar? —propuso.

Asentí un par de veces, sintiendo como me iba a deshacer allí en medio solo de verle moverse de aquella forma tan sensual. El corazón se me desbocó y mi sexo ardió, deseoso de un poquito de atención.

No dejamos de movernos, hablar y desearnos en silencio, porque sí, la tensión sexual era tan grande que sabía que, de un momento a otro, acabaría estampando mi boca en la suya, devorándole como deseaba que hiciese él conmigo.

—No sabes lo mucho que me pones, Liah —gruñó contra mi oído.

—Habrá que ponerle remedio a eso, ¿no crees?

—Cuando quieras —susurró para, segundos después, besarme con un ansia desarmante.

La noche prometía, y eso que no había hecho más que empezar.

Capítulo 8

Recuerdos borrosos

Me pasé una mano por los ojos, apenas podía enfocar y ver con claridad, no era capaz de distinguir algo. Los párpados me pesaban, el cuerpo no me respondía, ¿qué demonios me estaba pasando? Clavé la vista en el suelo, intentando mantenerme despierta. Volteé la cabeza lo suficiente como para poder ver a Edgar hablando con alguien. Moví mi mano, tomando la suya, ansiando llamar su atención.

—Edgar... —conseguí decir.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó con un tono chulesco.

—Yo... —murmuré.

Al ver su reacción, supe que lo que me estaba ocurriendo no era fruto de la casualidad. Mi mayor miedo se estaba haciendo real.

—¿Y...? —murmuré—. ¿Dónde está Carlota?

—Ahora viene, está un poco... Ocupada. —Sonrió.

—Edgar, por favor —le supliqué.

No sabía si no era consciente de lo que estaba ocurriendo, si tenía algo que ver, o si había bebido demasiado como para percatarse de nada. Intenté ponerme en pie, algo no estaba yendo nada bien. Todo me daba vueltas. Era como si el suelo se moviese y lo que me rodeaba se tambalease, ¿o tal vez era yo? Me agarré con fuerza a la mesa.

—¿Estás bien? —Quiso saber.

—¿No ves que no? —bramé—. ¿Quién ha traído la última copa?

Después de aquello, nada parecía claro en mi cabeza. Los recuerdos se esfumaron de mi mente como si no fuesen más que vagas imágenes que había creado mi subconsciente para parchear la noche anterior. Todo me daba vueltas, igual que lo había hecho anoche. Desperté en mi cama, envuelta en las sábanas. No sabía ni cómo demonios había llegado allí, pero me alegraba saber

que estaba sana y salva, o al menos, eso creía. Me moví ligeramente, lo suficiente como para caer de cara contra el suelo.

—Mierda —siseé.

¿Qué demonios hacía tan al borde? Giré, quedando boca arriba, y no pude evitar echar un vistazo bajo la cama, encontrándome a los pies de esta un puñado de ropa y unos zapatos de hombre que no reconocí. De un bote me puse de rodillas, me apoyé al borde del colchón y me asomé lo necesario como para ver como un hombre dormía de espaldas a mí. Maldije para mis adentros, me pasé una mano por el pelo, y negué con la cabeza. No era capaz de recordar nada salvo que Edgar me salvó del muermo del amigo de Carlos.

Parpadeé varias veces y sentí como unas terribles ganas de vomitar me revolvieron todo el cuerpo. Me tapé la boca, cogí aire por la nariz y lo dejé ir por la boca, intentando frenarlas para no acabar estucando la pared.

—Joder, joder, joder —repetí una y otra vez.

Salí de la habitación como alma que lleva el diablo, hecha un manojo de nervios y sin siquiera saber qué hacer. Abrí la ventana del salón, me serví un vaso de agua y me asomé por la puerta del cuarto. Efectivamente, era Edgar quien dormía en mi cama como un bebé despreocupado, y... ¡desnudo! Me miré al espejo. Yo al menos vestía ropa interior, por lo que me acerqué a la cama para recoger el pijama y ponérmelo.

—Mmm... buenos días, preciosa. —Escuché a mi espalda.

No me moví un ápice, deseando que lo que estaba a punto de pasar no llegase a ocurrir. Cerré los ojos, estaba muerta de miedo, ¿y si había sido él quien me había echado algo en la bebida para aprovecharse de mí? ¿Y si me había violado y no me acordaba? El corazón empezó a latirme con tanta fuerza que pensé que perdería el conocimiento de un momento a otro.

—Edgar —dije, conteniendo el aliento, empujando a las palabras a salir—, vete.

—¿Cómo? —preguntó confuso.

—Que te vayas —repetí con firmeza, aparentando una seguridad que no tenía.

Me giré, encarándolo, y pude ver cómo su mirada estaba llena de perplejidad, no era capaz de entender nada.

—¡Carlota! —grité, llamando a mi amiga.

Ni siquiera sabía si estaba en casa o se había quedado en la de Carlos, pero le rogué al universo que estuviese allí, o las cosas acabarían bastante mal.

—Eh, eh. —Alzó las manos, intentando agarrarme por los hombros.

—Ni se te ocurra tocarme —le advertí al mismo tiempo que, mediante un rápido movimiento, abría el cajón de la mesita y sacaba un gas pimienta.

—Liah, tranquila.

Estaba tan nerviosa que apenas podía sujetar el spray sin que me temblasen las manos, pero no solo era por eso, sino por el incipiente cabreo que nacía en mí, prendiendo como el fuego en hierba seca.

—¡Tranquila una mierda! —exclamé—. ¿Cómo quieres que esté tranquila si tengo a un tío en mi cama y no recuerdo nada de la noche anterior? —inquirí rabiosa—. ¿Qué coño le echaste a mi copa?

—¡Yo no te eché nada! —se sobresaltó.

Su gesto cambió, tornándose sombrío, delatándose, o al menos esa fue la corazonada que sentí cuando sus ojos volvieron a fijarse en los míos tras rehuirme. Escuché como Carlota venía corriendo desde su habitación y, tras ella, los pasos de otra persona que supuse que sería Carlos.

—Responde —le amenacé con el spray.

—No sé lo que te echaron en la copa, te la sirvieron como a cualquiera.

—No me sirve esa puta excusa —siseé—. Será mejor que te vayas.

—¿Ya? —preguntó serio.

—Ahora mismo —dije entre dientes.

Tenía la vista fija en la suya. Estaba tan cabreada, que sentía cómo me hervía la sangre bajo la piel. En cuanto se largase, me iría a interponer una denuncia y a urgencias. No sabía qué demonios había ocurrido, pero de lo que estaba cien por cien segura era de que me habían drogado.

—Eh, ¿qué está ocurriendo? —Quiso saber Carlota.

—Carlos —le llamé—, saca a este desgraciado de aquí, por favor —le pedí.

Este asintió un par de veces, mientras Carlota se sentaba en la cama conmigo, abrazándose con mimo. Por suerte, estaba Carlos, quien se encargó de que el mal trago no fuese a más e hizo que Edgar se vistiese en el salón y se marchase de casa lo antes posible. No quería volver a verle. Estaba decepcionada, ¿por qué siempre me encontraba con capullos? Edgar parecía un buen chico, habíamos hablado bastante, pero, aun así, mi príncipe se había convertido en rana.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó mi amiga.

—Lo cierto es que solo tengo un poco de resaca, pero no me fío un pelo —admití—, así que iré a que me examinen y, si puedo, le denunciaré.

Si el universo estaba jugando conmigo, se lo estaría pasando bomba. Primero aparecían cuatro pibones; y después me mandaba a un lobo con piel de cordero. ¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Mandarme a un asesino? Porque puestas a elegir, prefería que me mandase a un dios encarnado en un cuerpo de hombre.

Capítulo 9

Maldita mi suerte

El fin de semana pasó sin pena ni gloria. Acudí a urgencias donde me dijeron que no había ningún rastro ni indicio de que hubiese pasado nada con Edgar. A pesar de ello, decidí interponer una denuncia hacia el establecimiento en el que estábamos, ya que alguien me había drogado. No tenía pruebas de que había sido Edgar, pero tampoco dudas.

Estaba en la cocina tomando un té, cuando escuché como mi móvil empezaba a sonar. Lo busqué con la mirada. No sonaba en el salón, por lo que salí corriendo por el pasillo, derrapando justo al girar para entrar en mi habitación. Miré hacia todos lados, pero no había ni rastro.

—Que no deje de sonar, ¡por favor! —le rogué al universo.

Abrí el bolso, vaciándolo por completo sobre la cama, incluyendo los bolsillos interiores y exteriores. Tampoco estaba allí. Lo removí todo, sin verlo, entrando en el más absoluto pánico, hasta que dejó de sonar. Entonces, me percaté de que estaba sobre la mesilla de noche.

—Joder —maldije.

Me senté en la cama, pasándome las manos por la cara y recolocando alguno de los mechones que caían por mi rostro. Cogí aire y dejé ir un profundo soplido, frustrada. Porque no solo era que la llamada se hubiese cortado, sino que encima, había sido hecha desde un número privado, por lo que no podía devolverla.

—Vaya maldita mala suerte tengo —murmuré.

—¿Hablas sola? —preguntó Carlota desde el pasillo.

—Sí, hablo sola —contesté sin ganas—, suele pasarme.

—Si lo llego a saber, no acepto vivir contigo —me chinchó al mismo tiempo que se sentaba a mi lado en la cama—. Eres la alegría de la huerta.

—Oh, cállate. —Le empujé, al mismo tiempo que me dejaba caer de espaldas.

—¿Qué te pasa? —preguntó al ver mi cara de pocos amigos.

—Me han llamado y creo que era de una entrevista de trabajo.

—Bueno, pues llámales de vuelta.

Le enseñé la pantalla del teléfono con la llamada abierta: Número desconocido. Ojalá hubiese

llegado dos segundos antes, los suficientes como para poder haberles atendido. No iban a volver a llamarme, aquello daba muy mala imagen.

—Llevo cinco meses en paro, sin cobrar nada más que las visitas que recibo de la web, arrasando con los pocos ahorros que me quedan.

—No te preocupes, pronto encontrarás algo —aseguró—, además, si el universo quiere que esa llamada sea de tu futuro trabajo, volverán a contactarte, ¡ya lo verás! —Me guiñó un ojo—. Me marcho, nos vemos luego.

Asentí un par de veces y le dije adiós con la mano. Cuando la puerta de la entrada se cerró, mi teléfono volvió a sonar, por lo que me apresuré a mirar de quién se trataba, y para mi desgracia no era otra que mi querida madre.

—Dime.

—¿No vas ni siquiera a saludarme? —inquirió de mala manera.

Puse los ojos en blanco.

—Hola, mamá, ¿qué quieres? —empecé de nuevo.

No tenía ganas de discutir con nadie, y mucho menos con ella. Intentar que entrase en razón sobre cualquier cosa era una misión imposible, por lo que no perdería mi tiempo en ello.

—¿Has hablado con tu hermana?

—No —respondí, suponiendo que hablaba de Alex—. ¿Algo más?

—No sé nada de ella desde que se marcharon a Austria el martes.

Una sonora carcajada se me escapó, aunque tampoco hice demasiado por retenerla. Mi madre era un desastre, ni siquiera era capaz de saber dónde estaba su propia hija.

—A Australia, mamá, se han ido a Sídney, no a Austria —dije, riendo—. Estamos a jueves, mínimo han pasado veinticuatro horas de viaje entre escalas y el propio trayecto, y que estarán estrenando su nueva vida como casados. No creo que esté por la labor de dar señales de vida, créeme.

—¡Uy! No seas ordinaria.

—¿Es que papá y tú no consumasteis? —inquirí—. Da igual, prefiero no saberlo.

—¡Esas cosas no se preguntan!

—¿Algo más? —Quise saber.

—No.

—Genial, pues pasa una buena tarde.

—Te quiero, hija —se despidió.

Sin responderle, colgué. Sabía que decirle algo solo iba a hacer la bola aún más grande. No entendía cómo era capaz de decirme que me quería cuando había preferido echarme a la calle solo por tener su gimnasio en casa.

Durante unos segundos, me detuve a pensar en cómo había cambiado mi vida en menos de seis meses. Había pasado de tenerlo todo: un hogar, un trabajo que me apasionaba, un novio que parecía perfecto... A que se derrumbara, tuviese que volver a casa de mis padres para que posteriormente acabasen echándome, y terminase alquilando un piso con Carlota, mi amiga de la universidad. Me sentía una fracasada, estaba tan perdida que ni siquiera sabía hacia dónde debía tirar. Cogí una bocanada de aire, tapé mi rostro con las manos, y sentí como las lágrimas se agolpaban en mis ojos. ¿Qué había hecho mal para acabar en aquella situación?

El móvil emitió un leve pitido, y fue entonces cuando me percaté de que una notificación del correo electrónico brillaba en la pantalla y leí: PLAZA VACANTE. Corrí hacia el escritorio, donde encendí el ordenador. Necesitaba ver aquello en una pantalla de las grandes. ¡Carlota tenía razón!

Para: Amalia Rodríguez Leal (liah@rodriguezleal.com)

Fecha: jueves, 25 de marzo. 11:30h

De: Teresa López (rrhaldia@digital.com)

Asunto: Plaza vacante.

Estimada Sra. Rodríguez.

Mi nombre es Teresa López, directora del departamento de Recursos Humanos del periódico *Al día*.

Le escribo porque he intentado ponerme en contacto con usted a través del número de teléfono que hay en su perfil, pero nadie ha atendido a mi llamada. Como le he dicho, ha llegado a nuestras manos uno de sus currículums, y estaríamos interesados en poder entrevistarla y comprobar si cumple el perfil que estamos buscando.

Espero su respuesta.

Gracias por su tiempo.

Un saludo,

Teresa López.

No negaré que releí el correo al menos cuatro veces sin acabar de creermelo lo que ponía. ¡Por fin tenía algo de suerte! Cogí una bocanada de aire y me pasé una mano por el cabello, sabiendo que todo volvía a ponerse en su lugar. Cuando fui a responder al email, sentí como las manos se me helaban, el corazón empezaba a latirme con fuerza y las palabras apenas me salían. Había perdido práctica, o a lo mejor solo era el subidón del momento.

Segundos después de contestar a Teresa, mi móvil empezó a sonar: Número privado, leí. Al cogerlo, se me resbaló, cayendo en el sofá, rebotando para terminar aterrizando sobre la alfombra. Suspiré aliviada, y corrí a atenderlo.

—¿Sí? —pregunté.

—*Pioja* —saludó Alex al otro lado.

Puse los ojos en blanco, sintiendo como toda esa ilusión que tenía dentro se desvanecía de un plumazo. Alex siempre tan oportuna.

—¿Cómo estás? —Quise saber—. ¿Has hablado con tu madre?

—La verdad que muy bien. Estamos cansados y el *jetlag* es horrible, pero estar aquí es un sueño.

Me explicó que Ric tenía algunos problemas con el idioma, ya que nunca había sido un erudito de las lenguas germánicas, pero, aun así, lo intentaba. Alex siempre había deseado viajar a Australia y recorrerla, y aunque no les iba a dar para tanto, estaba segura de que lo disfrutaría como un niño pequeño con un juguete nuevo.

—Oye, llama a mamá —le pedí—, que está como una histérica porque no le has dicho nada.

—Ahora la llamaré.

—Por favor —le rogué.

Durante un rato, continuamos hablando de cosas tan banales como el tiempo. En cierto modo, me ayudaba a no pensar en lo que me esperaba en el correo que acababa de entrar a la bandeja de mi *email*. Echaba de menos a mi hermana como a ninguna otra, habíamos pasado mucho tiempo juntas antes de que se marchase, y saber que íbamos a estar más de dos meses alejadas me partía el corazón.

Teresa me indicó que pasase por las oficinas el lunes a las diez de la mañana. Estaba tan echa

un manojo de nervios que no podía creerlo. El síndrome de la impostora me atrapó de la peor manera, provocándome un pánico absoluto a que llegase el lunes.

—¿Dónde vas? —me preguntó Carlota cuando entró por la puerta.

—A que me dé el aire y echar currículums.

Capítulo 10

Sorpresa, sorpresa

Llevaba fuera de casa más de dos horas y media, andando sin parar, sin rumbo fijo. Había entregado algunos currículums en agencias de comunicación y otros de forma *online*. Tenía los pies hechos papilla, por lo que, sin pensarlo más, me senté en la terraza de un bar cerca del centro. Me coloqué las gafas de sol, mientras esperaba a que alguien viniese a atenderme. Entonces, escuché como mi estómago empezaba a rugir como un enorme león.

—Buenas tardes, señorita, ¿qué desea?

¿Esa voz...? Alcé la mirada y me encontré con aquellos ojos marrón chocolate que tanto me gustaron en la fiesta de enlace de mi hermana.

—¿Fer?

—¡La chica de la fiesta! —exclamó—. Liah, ¿verdad?

—Esa soy yo. —Reí.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, creo que es un poquito obvio, ¿no? —pregunté divertida.

—Cierto. —Rio él—. ¿Qué quieres tomar?

—Una cola light, por favor.

Este asintió, al mismo tiempo que sonreía de forma radiante. Me trajo una bolsa de patatas fritas y una pequeña nota junto con la factura, cosa que me extrañó.

A esta invito yo.

Espero que podamos vernos pronto, ¿tal vez este sábado a las ocho y media? Si te apetece, escíbeme por WhatsApp o dobla la nota. Si no me escribes, entenderé que no te interesa.

Estás preciosa, por cierto.

Parpadeé perpleja, aunque lo cierto era que no dudaba que en algún momento ocurriría algo así. Fer era un encanto, guapo y súper agradable. ¿Por qué no aceptar su invitación para tomar algo?

Le miré desde la distancia, cómo me observaba vergonzoso tras la barra, con esa radiante sonrisa que siempre se dibujaba en sus labios, y no pude evitar sonreírle de vuelta. Aquel jueguito de las notas me parecía de lo más adorable.

—¿Liah? —Oí cómo una voz aterciopelada y varonil me llamaba a mis espaldas.

Cuando me giré, me quedé sin habla. Al levantar la vista me encontré de sopetón con una mueca chulesca que me desarmó, la cual provocó que todo mi cuerpo se revolucionase ante aquel dios griego que tenía frente a mí. El corazón me latía tan rápido que pensé que me daría un ataque allí en medio, pero es que no podía estar más *in love* con aquel hombre.

Antes de responder, me tomé la licencia de mirarle de arriba abajo, fiándome en esa poderosa y recta mandíbula, sus fuertes brazos y ese pelo en forma de tupé en el cual me encantaría perder mis dedos.

—¿Es que ya no te acuerdas de mí? —preguntó.

¡Cómo para no acordarme! Se levantó las gafas de sol, dejándolas sobre su cabeza, y fue entonces cuando sus brillantes ojos azules consiguieron atravesarme hasta el alma, derritiéndome como un cubito de hielo en verano.

—¿Cómo iba a olvidarme de ti? —Aún estaba perdida en su mirada.

Me puse en pie de un salto, a la vez que se acercaba a mí, para tomarme con firmeza por la cintura y plantarme un par de besos que me supieron a gloria.

—David —dije atontada.

Las palabras apenas me salían, y es que estaba extasiada por su sola presencia. David olía tan bien que quedé embriagada por el aroma de su perfume, ¡lo que me faltaba!

—Hace tiempo que no nos vemos —murmuré como una auténtica tonta.

—Sí, desde la fiesta.

Me senté de nuevo donde estaba, aún con la vista fija en él, como si no pudiese apartarla ni un solo instante. Aunque debía admitir que hacerlo sería delito y un desperdicio. David era el hombre más atractivo con el que me había encontrado, y es que esos ojos y ese cuerpo que tenía instaban al más puro y salvaje de los pecados.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Había salido a entregar un par de currículums —admití—, y ahora estoy haciendo una pausa para descansar.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Estoy seguro de que te llamarán pronto, ya lo verás —comentó, añadiendo una sonrisa y estirando el brazo hasta que sus dedos rozaron la carpeta roja donde llevaba todos mis papeles—. ¿Me permites?

—Claro, adelante.

Sacó uno de mis currículums y lo leyó con detenimiento, prestando suma atención en algún que otro punto.

—Suenas muy interesante, Liah —comentó, mirándome por encima de las gafas—. Licenciada en Ciencias Políticas y Periodismo de investigación.

—Gracias. —Le devolví la muela.

Me pasé una mano por el cabello, colocando un mechón rebelde tras mi oreja. No pude evitar sentirme como una patética frente a él, con toda esa seguridad y sensualidad. Parecía una colegiala colada por el repetidor gamberro de la clase.

—Oye, Liah —comentó—, estaba pensando...

—¿Sí? —inquirí, creyendo que hablábamos de trabajo.

—¿Te apetecería ir a cenar mañana? —propuso.

El universo había confabulado de nuevo para que los astros se alineasen y los hombres volbiesen a venir a mí como polillas a la luz.

Una hora después, allí seguíamos. Habíamos comido juntos, sin dejar de hablar. Incluso me había llegado a contar algunas de las mejores historietas que le ocurrían cuando estaba en clase. Entre una cosa y otra se nos había hecho tarde, por lo que decidimos picotear unas cuantas tapas antes de marchar a casa.

—Deja que te invite —me rogó con una mueca divertida en los labios—, por el tostón.

—¡De eso nada! —exclamé—. Ha sido muy interesante escucharte.

—Insisto —me rebatió al mismo tiempo que fijaba de nuevo esos ojos azules como el cielo en los míos.

Se acercó de forma peligrosa a mí, tomándose por la cintura, consiguiendo que mi corazón se desbocase de nuevo. Al sentir su mano pegada a mi cuerpo, recordé nuestro encuentro en el lavabo de casa de mis padres, cómo el fuego crecía entre los dos, devorándolo todo a su paso.

—Me da igual que te enfades y pongas morritos —dijo chulesco, sonriendo de medio lado, y

provocando que mi sexo ardiese—. Enfadada me gustas aún más —me susurró al oído.

¡Madre mía! ¡Madre mía! Me iba a dar un infartillo allí en medio. Solo esperaba que hubiese algún médico cerca que pudiese salvarme, o mejor aún, tal vez David pudiese hacerme el boca a boca para que no muriese en el intento. El corazón me latía con tanta fuerza que creí que podría escucharlo.

Sus manos me soltaron, dejándome allí pasmada, embriagada por su presencia y atontada por la sensualidad que emanaba de todo su ser. ¡Era imposible no caer en la tentación! Cogí aire, por fin podía respirar con normalidad, y es que llevaba conteniendo el aliento demasiado tiempo por miedo a que cualquier burrada pudiese salir de mi boca.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Claro.

David había venido en metro, pero por culpa del caprichoso destino, íbamos en direcciones distintas, a pesar de que pudimos acompañarnos hasta la boca de metro, donde intercambiamos números de teléfono antes de marcharnos.

—Ha sido un placer comer contigo —aseguró.

—Lo mismo digo —susurré, percibiendo como mis mejillas se enrojecían bajo su atenta mirada.

—¿Nos vemos pronto?

Asentí un par de veces, hasta que colocó una mano sobre mi cintura y posó un casto beso sobre mi pómulo, el cual duró más de lo que hubiese esperado. Nos despedimos con un gesto y, cuando estaba a punto de bajar las escaleras, noté como mi móvil vibraba.

David:

No sabes las ganas que tenía de besarte.

Me vuelves loco.

Liah:

¿Y quién te lo impide?

Capítulo 11

Un plantón inesperado y mil vergüenzas en el aire

Sin pensarlo ni un solo instante, vi como David subía las escaleras de dos en dos y caminaba con paso firme, por lo que subí hasta llegar al enlace entre ambas líneas. Antes de que pudiese decir nada más, me agarró con fuerza por la cintura, pegando mi cuerpo al suyo con tanta insistencia que ni siquiera el aire era capaz de pasar entre ambos. Estampó sus labios en los míos, arrollándome, dejando que esa ansia que ambos sentíamos se entremezclase con la lujuria que nos rodeaba.

Deseé que todo aquello fuese a más, que me devorase allí en medio sin importarme dónde estuviésemos. Quería deshacerme en sus manos, igual que la noche que nos conocimos, sin resarcimientos, sin miedos ni límites. David era capaz de provocar en mí esa adrenalina que no había sentido con nadie antes y que empezaba a convertirse en mi maldita adicción.

—Dios, Liah —gruñó contra mi boca.

—Ven a casa —le pedí, aunque sonó más a ruego que a otra cosa.

Nuestros labios continuaron moviéndose, acompasados, devolviéndose cada una de las muestras de cariño que estaban recibiendo. Una de sus manos se colocó en mi cintura, haciendo que quedase pegada a él por completo, lo que provocó que su miembro presionase mi bajo vientre.

—Tengo tantas ganas de ti —admitió con una profunda y rasgada voz que consiguió embriagarme casi tanto como su perfume.

Mi sexo ardió con fuerza, humedeciéndose, preparado para él, impaciente de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Marchémonos —le dije.

Estaba a punto de responder cuando empezó a sonar su teléfono, por lo que maldije para mis adentros hasta en arameo, y eso que no conocía la lengua. David se apartó lo suficiente como para poder sacar el móvil del bolsillo y mirar la pantalla.

—Disculpa.

¡Maldita mi suerte! Para una vez que encontraba un hombre *sexy*, bueno y agradable, se me iba todo al traste, por segunda vez. No entendía qué demonios quería el universo, que ponía en mi camino un *buenorro* para luego hacerlo desaparecer. Al final era como ponerme la miel en los

labios.

—Tengo que marcharme, Liah —me explicó con pesar—, me ha surgido una emergencia en casa, y no puedo tardar demasiado en llegar.

—No te preocupes —suspiré al mismo tiempo que pasaba una mano por mi cabello.

—De todas formas, tenemos pendiente una cena, ¿no? —añadió, dejando que una dulce mueca se dibujase en sus labios.

—Supongo... —murmuré.

—Valdrá la pena, te lo aseguro.

—Tienes mucho de lo que resarcirte, David.

—Lo haré con creces —respondió con chulería al mismo tiempo que me guiñaba un ojo.

Depositó un beso en mis labios que me supo agrisado. David empezaba a gustarme más de lo que jamás habría creído que me gustaría. En cierto modo, pensé que no sería más que un polvo recurrente, un hombre con el que tener una química especial, pero poco más.

Viernes, 19.30h.

Estaba atacada. Llevaba toda la tarde probándome modelitos; quería ir perfecta a mi cita con David, y no encontraba nada que me gustase lo suficiente como para sentirme la diosa que estaba predestinada a ser. Porque sí, en la vida todo era actitud y yo la tenía toda dentro, pero aún tenía que encontrarla.

—Carlota —llamé a mi amiga.

No quedaba más que una hora para que llegase David, y aún tenía que darme una ducha y arreglarme el pelo, por lo que lo único que no me faltaba en aquel momento eran nervios. Cogí una bocanada de aire. Después del plantón de Fer, solo me faltaba que David también la anulase en el último momento. No iba a negar que, en cierto modo, me alegré de que al final no se llevase a cabo. No quería herir a Fer, y mucho menos a mi Calvin Harry, como dijo mi prima, personal.

—¡Carlota! —exclamé, alargando la segunda vocal.

—Joder, Liah —refunfuñó, apareciendo por el pasillo mientras andaba como un pingüino—, vas a gastarme el nombre.

Negué con la cabeza, no tenía remedio. Ella era la persona más insistente sobre la faz de la

Tierra, y para una vez que la necesitaba, no hacía más que renegar. Por suerte o por desgracia, mi indecisión era tan grande que, si no contaba con su ayuda, acabaría volviéndome loca.

—¿Qué quieres? —Quiso saber, al mismo tiempo que se dejaba caer sobre la cama.

—Tengo tres vestidos seleccionados —le informé.

Abrí el armario y saqué los que había creído adecuados para aquella primera cita, porque sí, lo era: nuestra primera cita oficial. El primero que colgué era de satén rosado, el cual se tornaba en un color achampanado cuando le daba la luz, y quedaba ceñido por completo a mi cuerpo. El segundo de ellos era rosa palo, con escote cruzado y anudado a la cintura, lo que me delineaba mejor las curvas. Y, por último, elegí un mono con el pantalón del mismo tono que el segundo vestido, pata de elefante y con la parte superior blanca.

—Sin duda alguna, el primero —contestó rotunda.

—¿Seguro?

Estaba tan inquieta que ya empezaba a dudar de todo, pero decidí darle una oportunidad. Carlota tenía buen gusto, siempre le había apasionado la moda, pero por caprichos del destino había terminado trabajando en un bar de ambiente donde se lo pasaba bien, pero cobraba una miseria. Ojalá hubiese luchado por su pasión.

—Estoy segura de que te quedará genial —aseguró—, y con estas plataformas, mejor que mejor.

Sonreí para mis adentros. Tenía suerte de poder compartir con ella un momento que, para mí, era tan especial.

—Son monísimos, me los tendrás que dejar algún día.

—Cuando quieras —respondí—. ¿Trabajas esta noche? —Quise saber.

—Sí, Sophie tampoco puede venir hoy —murmuró desganada.

Negué con la cabeza. Estaba tan quemada y agobiada con el trabajo que no tenía fuerzas siquiera para hacer otra cosa que no fuese resignarse. Aunque sabía que tarde o temprano conseguiría salir de allí. Hablamos durante un rato, me contó cotilleos sobre toda la gente que pasaba por el local y cómo Sophie siempre intentaba ligar con alguien, cosa que no me extrañaba, ya que tenía fama de ir muy por libre.

Tras eso, entré en el baño, me cepillé el cabello, y cuando estaba dentro de la ducha, escuché como mi teléfono empezaba a sonar. Maldije para mis adentros, lo había dejado en la habitación.

—¡Liah! —me llamó Carlo—. Te llama David —voceó.

—¿David?

Abrí los ojos a más no poder. Con el cabello a medio enjabonar, me enrollé en la toalla y salí de la ducha como pude.

—Sí, David *el gnomo*. —Rio como una condenada.

—Eres tonta. —Suspiré—. ¡Dame el móvil! —bramé al ver como corría hacia el salón.

—No te preocupes, ya lo cojo yo.

—¡Ni se te ocurra! —exclamé.

Cuando quise alcanzarla, ya era demasiado tarde, había descolgado la llamada.

—Hola, David —le saludó—. No, Liah está en la ducha, soy Carlota, su amiga, consejera y compañera de piso. —Rio y continuó hablando como si nada—. Claro, estamos al lado de Sagrada Familia, en el sexto primera —le informó—. Mira, ahí está tu enamorada.

Mis mejillas se enrojecieron al instante, ¡era una bocazas! Me lancé a por ella, empapándola por completo.

—¡Socorro! —exclamó—. Tu futura novia no deja de mojarme, y no en el buen sentido —puntualizó.

—¡Suéltalo ya! —voceé.

—Claro, te esperamos en veinte minutos, ¡un beso!

«Mierda», maldije para mis adentros. ¿Qué demonios le iba a decir cuando llegase? ¿Que compartía piso con una amiga loca que se entrometía en todo? Fulminé a Carlota con la mirada, al mismo tiempo que le arrebatava el teléfono de entre las manos.

—Tienes veinte minutos —recalcó—. ¡Corre como el viento!

Recorrí el pasillo tan rápido como pude, pero justo antes de llegar al baño, me resbalé y caí de culo. ¡Joder! La toalla se me cayó durante el proceso, el teléfono se me resbaló de las manos, acabando en el suelo y desmontándose por completo. Estaba a punto de darme un ataquito. Me arrastré por el suelo como pude, y monté de nuevo el móvil, que, por suerte, llevaba la carcasa, si no, se habría partido la pantalla. Siempre había tenido manos de mantequilla, pero en aquel momento era aún peor. Lo encendí, y por suerte funcionó. El primer mensaje que vi nada más abrir la aplicación de mensajería fue suyo:

David:

En veinte minutos estoy allí.

¡Había llegado el momento de correr!

Capítulo 12

De ángel a demonio

Veinte minutos más tarde, y como bien había dicho, David se plantó en mi casa. Había ido todo lo deprisa que había podido, pero cuando llegó aún estaba terminando de maquillarme. Me miré al espejo antes de salir de la habitación. Llevaba un vestido precioso, unos tacones de infarto y mi labial rojo favorito. Nada podía salir mal.

—Hola, guapita —me saludó, por lo que no dudé en girar sobre mis talones, encontrándome con una radiante sonrisa que me deslumbró.

—Hola —musité, sintiendo como mis mejillas se enrojecían.

—¿Estás lista? —Quiso saber.

—¿No te apetece tomar nada? —le preguntó Carlota, agarrándole por el brazo y deleitándose con lo que veían sus ojos.

La fulminé con la mirada, por lo que no dudó en soltarlo en menos de un segundo. Negó con la cabeza e hizo una mueca de disgusto, aunque, por suerte, David no pareció percatarse de nada.

—No, gracias, Carlota —contestó con amabilidad—, tenemos mesa reservada y no me gustaría llegar tarde.

—Voy a por el bolso y nos marchamos, ¿sí?

—Perfecto.

Al darme la vuelta, no pude evitar mordirme el labio, ¡madre mía! David estaba de infarto, pero en aquel momento aún más. Iba vestido con una camisa blanca que quedaba completamente ceñida a sus fuertes brazos, un par de botones estaban desabrochados, dejando a la vista parte de su pecho. Esto lo acompañaba con unos pantalones chinos azul marino y unos mocasines marrones que completaban el conjunto.

—*Ready!* —le dije.

—Pasadlo bien —nos pidió Carlota, al mismo tiempo que me guiñaba un ojo.

—¿Te marchas ya? —pregunté.

Esta asintió un par de veces y puso cara de mala gana. Llevaba trabajando demasiadas noches seguidas y la pobre acababa arrastrándose por la vida. Me despedí de ella y le pedí que no

trabajase mucho. Según mis cálculos, no llegaría a casa hasta las siete de la mañana, por lo que teníamos vía libre para hacer lo que nos placiese, idea que me encantaba.

Salimos de casa y, al entrar al ascensor, sentí como las manos de David se colocaban en mi cintura y me hacían retroceder, hasta que le vi por el espejo, observándome por encima del hombro con la mirada llena de lujuria. Mi sexo ardió con fuerza, tanta, que creí que mis bragas se marcharían de un momento a otro. Me giró con un rápido movimiento, provocando que mi corazón se acelerase sobremanera, tanto que parecía que estuviese a punto de escucharlo.

—Estás demasiado apetecible, ¿sabes? —susurró contra mi oído, pegándose por completo a mí.

Iba a darme un desmayo allí mismo, las piernas me cimbrecaban, el corazón latía frenético y mi pecho subía y bajaba por mi acelerada respiración. David estampó sus labios en los míos, mientras colaba una de sus manos por la abertura que tenía mi vestido, llegando a colar uno de sus dedos bajo mi ropa interior.

—Dios... —gruñó pegado a mi cuello—. Ya estás húmeda.

Su voz se había vuelto tan ronca que todo el vello de mi cuerpo se erizó, consiguiendo que me humedeciese aún más. Alzó la mano que tenía entre mis piernas y no dudó un segundo en llevarse los dedos a la boca, consiguiendo llevarme al borde del colapso. Fijó su mirada azul penetrante en la mía. Era como si me estuviese desnudando allí en medio para hacerme gemir en aquel diminuto espacio de tres por tres.

—Deliciosa —apuntilló.

Las puertas del ascensor se abrieron, por lo que se apartó de mí lo suficiente como para tomarme de la mano y tirar de mí, ya que ni siquiera mi cuerpo era capaz de responder tras lo que acababa de pasar.

Como si conociese el edificio mejor que yo, me guio hasta la calle, donde tenía aparcado su maravilloso Audi R8 Coupé, el coche deportivo que más me gustaba. Abrió la puerta del copiloto, como el caballero que era, aunque solo a veces, por lo que no dudé en entrar y dejarme caer en el asiento, aún extasiada por lo ocurrido. Cuando entró, fijó de nuevo esa mirada capaz de atravesarme el alma en la mía, y sonrió de medio lado, consiguiendo que todo mi ser ardiese en deseos de tener más de él.

—¿Preparada?

Asentí un par de veces, percatándome de que ni siquiera las palabras me salían. Encendió el motor, dejando que rugiese como una auténtica bestia, y con un solo movimiento se incorporó al carril, dejándome sin aliento.

Durante un rato condujo en silencio, lo que consiguió que no pudiese evitar mirarle mientras lo hacía. David parecía haber sido cincelado por los dioses, era casi perfecto, y digo casi porque me negaba a pensar que no hubiese alguna tara que rompiese ese cien por cien de perfección con el que me había encontrado. No negaría que me volvía loca, no sabía qué tenía, pero era capaz de nublarme el entendimiento hasta límites insospechados.

—¿Todo bien?

—Sí, tú mira al frente —me apresuré a contestar.

—Tranquila, me conozco bien estas calles.

—Estás loco —comenté.

—Creo que eres tú la que consigue que mi cordura desaparezca —contestó.

Volvió a mirar a la carretera, como si no hubiese dicho nada. Tomó mi mano izquierda con delicadeza, la acarició y se la llevó a la boca para besarla. Cuando la soltó, en vez de volver al volante, colocó la suya sobre mi muslo, recorriéndolo de arriba abajo, consiguiendo que mi vello se erizase de nuevo.

Llegamos al restaurante en menos de veinte minutos. Estaba a las afueras de la ciudad y parecía realmente acogedor. No negaría que estaba deseando marcharme de allí, y terminar lo que había empezado David en el ascensor. El lugar estaba ambientado en un jardín, el techo se llenaba de flores y plantas, mientras que las paredes de ladrillo blanco relucían bajo la luminosidad cálida. En una de estas pude ver un enorme neón que brillaba en tono rosado: Gula, leí. David sería mi pecado, el ansia por tenerle, el hambre de devorarlo.

—Adelante —nos instó el chico, al cual había informado David de que teníamos una reserva.

David, quien era asiduo al lugar, pidió por ambos, siempre teniendo en cuenta mis gustos y lo que me apetecía, aunque nada en la carta tuviera su nombre real.

—¿Cómo has acabado viviendo con Carlota?

Le expliqué lo ocurrido unos días antes de la fiesta, y entonces, recordé el momento en el que me ofreció ir a vivir con él. Ojalá lo hubiese hecho, habríamos sido unos compañeros de piso perfectos, demasiado, tal vez.

—No voy a negar que es divertido vivir con ella, es una gran amiga, y lo cierto es que habernos reencontrado después de tanto tiempo ha conseguido que nuestra relación sea casi

como cuando estudiábamos —admití.

—Qué bonito poder rodearse de gente que cuida de ti —comentó.

Asentí un par de veces. Me sentía afortunada y capaz de todo teniendo a mi amiga cerca, y aunque fuese un desastre con patas, yo también lo era. Tal vez por eso fuésemos la combinación perfecta.

—Creo que nuestra relación es muy similar a la que tenéis Ric y tú —apunté.

—Lo cierto es que sí, solo que nosotros no vivimos juntos. —Rio.

—Por suerte, porque aguantar a mi hermana tiene que ser complicado. —Una carcajada se escapó de entre mis labios, igual que de los suyos—. La quiero muchísimo, pero tiene muchas manías.

—Ric se amolda con facilidad —comentó.

Hice una pausa. No podía evitar quedarme embobada mirándole, con aquella radiante sonrisa capaz de derretir al más puro hielo con solo un instante. Tragué saliva, removí mi bebida y le di un sorbo; tenía la boca seca.

—¿Y tú? Cuéntame un poquito más sobre tu trabajo —le pedí.

—Como ya sabes, soy profesor, siempre he estado con niños en la escuela primaria, pero este es mi primer curso como profesor en la escuela secundaria.

—¿Y qué enseñas? —pregunté curiosa.

David era un hombre inteligente, sensual, pícaro, agradable y muy educado, pero no solo eso, sino que físicamente parecía haber sido esculpido centímetro a centímetro, por lo que parecía el hombre perfecto.

—Historia del arte.

—Vaya... —murmuré—, pues siempre he ido floja en historia —comenté seductora, al mismo tiempo que estiraba el brazo hasta que mis dedos llegaron a rozar su mano.

—Puedo enseñarte lo que quieras —propuso, rebosante de lujuria.

—Estoy segura de que hay muchas cosas que desconozco —aclaré—, tal vez unas clases de refuerzo me vendrían bien —añadí, para segundos después llevarme la cañita del refresco a la boca.

Su mirada se fijó, de nuevo, en la mía, provocando que cientos de chispas saltasen entre ambas. Podía ver cómo su mandíbula se tensó cuando una de mis piernas llegó a rozar las suyas, entrelazándose.

—Creo que nos lo vamos a pasar demasiado bien, señorita —concluyó, aún con la vista puesta en mí.

Capítulo 13

Como un dios

Nada más escuchar que las puertas del ascensor se cerraban, David se lanzó a por mí, devorando mi boca como si hubiese contenido toda esa ansia durante la cena. Nuestros besos cada vez se volvían más húmedos, llenos de lujuria y capaces de prender la llama de la hoguera más apagada. Me tomó por la cintura, apretando con fuerza, tanta, que creí que me dejaría marca, pero ni siquiera me importó.

Salimos del ascensor revueltos, con el vestido a medio arremangar, y él con la camisa semiabierta, dejando al descubierto gran parte de su fuerte pecho. Tragué saliva, quería recorrerlo de pies a cabeza, grabando en mi mente cada centímetro de su cuerpo. David no dejaba de besarme, y yo le correspondía con unas ganas que hacía demasiado tiempo que no sentía. Ni siquiera con Coen, quien ya estaba más que enterrado en mi memoria de Dory, porque, por suerte o por desgracia, era olvidadiza y estaba segura de que tarde o temprano olvidaría a aquel malnacido.

Me deshice de su camisa nada más llegar al sofá. Con un rápido movimiento y sin que pudiese esperármelo, me cogió, haciendo que mis piernas rodeasen su cintura. Me sentó sobre la mesa del salón, y por un instante me permití el lujo de observarle con detenimiento. Acaricié su pecho con devoción, la misma con la que empezaba a mirarme él. Entonces, me percaté de que había algo tatuado sobre sus costillas. Pasé mis dedos por encima, curiosa, y cuando alcé la vista me encontré con la suya de nuevo, llena de lujuria y perdición, sentimientos que consiguieron cohibirme.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

Negué con la cabeza, sintiendo como mis mejillas se encendían ante su atenta mirada, la cual reparaba en cada uno de mis gestos. Volví a centrarme en su pecho, en sus fuertes brazos, en cómo la mandíbula se le marcaba cada vez que apretaba los dientes.

—¿Alguna vez te han dicho que eres perfecto? —me aventuré a cuestionar.

Una sonora y melodiosa carcajada se escapó de entre sus labios, embriagándome por completo, dejándome sin habla. Me miró divertido, para segundos después estampar sus labios contra los míos, devorándome, tirando de ellos, provocando que varios gemidos saliesen de mí, sin poder evitarlo. Tiró de mis piernas hasta que llegué tan al borde que pude sentir su duro

miembro pegado a mi entrada, por lo que abrí los ojos como platos.

—Espero que estés tan mojada como antes. —Me guiñó un ojo, consiguiendo que mi corazón se desbocase ante aquel simple gesto.

Colé mis manos entre ambos, desabrochando el pantalón que aún le cubría. Antes de que pudiese decir nada más, me ayudó, bajándolos, y con ellos los *boxers* grises que llevaba. Tragué saliva al ver cómo su pene se erguía, deseoso de adentrarse en mí. Mi sexo ardió y se humedeció hasta límites insospechados, tan solo necesitaba una mirada para conseguirlo, pero aquello estaba siendo demasiado. Intenté acariciarle, pero negó con la cabeza y me miró con picardía, sonriendo de medio lado como un maldito lobo. Mi corazón latía con tanta fuerza que creí que me desmayaría allí en medio, bajo su penetrante mirada. Con un ágil movimiento, subió mi vestido, arremolinándolo en mi cintura, dejando a la vista mis medias y braguitas, las cuales no dudó en destrozar por completo.

—Te compraré unas nuevas —aseguró con aquella voz rasgada que era capaz de deshacerme.

Abrió mis piernas, dejándome expuesta por completo a él. No podía apartar los ojos de él, viendo cómo se relamía como un maldito gato entre estas. Acarició con fervor mis muslos, besando la cara interna de estos, paseando su húmeda lengua por ellos, al mismo tiempo que uno de sus dedos se colaba entre mis pliegues, acariciando el pequeño botón de placer. Cogí una bocanada de aire en el instante en el que este se adentró en mi interior, consiguiendo que un gemido se me escapase. Una mueca llena de sensualidad se dibujó en su rostro, haciendo que mi sexo palpitase por él. Tiró, de nuevo, de mi cintura, dejándome al borde del abismo, para dejar su boca pegada a mi monte de venus, provocándome. La mano que me masturbaba desapareció para colocarse en mi cintura, dejando que fuese su lengua la que ocupase su lugar. David me lamía como si fuese el helado más delicioso de todo el verano, consiguiendo que cientos de descargas me recorriesen de pies a cabeza. Cerré los ojos, enterrando mis dedos en su cabello, cegada por el placer que me consumía.

Dejé ir un profundo gemido que rasgó mi garganta cuando los movimientos se intensificaron alrededor de mi clítoris. Sin poder evitarlo, le di un leve tirón del cabello, lo suficiente como para que se detuviese antes de que un inminente orgasmo me sacudiese por completo.

Me observó inocente, como si no hubiese hecho nada, para segundos después alzarse y devorar mi boca con fervor. Volví a rodear su cintura con mis piernas, percibiendo como su duro miembro se colaba entre ambos, rozándose contra mi sexo.

—Si sigues así, moriré —balbuceé.

—Córrete para mí —me ordenó con la boca pegada a la mía.

Me agarró con fuerza, intensificando cada vez más el movimiento, con tanto ímpetu que podía sentir como el placer retornaba a mí, para sacudirme con una brutalidad que consiguió arrancarme decenas de gemidos que David capturó entre sus labios.

—Joder —susurró—, no sabes lo muchísimo que me pones, Liah.

David unió nuestras bocas con urgencia, como si fuese el aire que necesitaba para vivir, lo que en cierto modo me conmovió. Sin pensarlo más, se adentró en mí de una sola estocada, consiguiendo que David dejase ir profundo gruñido tan salvaje que me erizó todo el vello. Gemí ante cada uno de sus movimientos. Podía sentirle tan dentro de mí, que me excitaba solo de pensarlo.

Eché la cabeza hacia atrás. Mi cuerpo temblaba por el roce, notando cada centímetro de su cuerpo pegado al mío, y toda su envergadura llenándome. Me observaba como un animal hambriento, tan indómito como feroz. Con un rápido movimiento, me agarró en volandas y, sin salir de mí, nos llevó al sofá donde se sentó, dejándome todo el control. Sonreí lobuna, deseosa de ser yo la que mandase.

No dejó de moverse, incluso conmigo encima, hundiendo su rostro en mi cuello, agarrándome con fuerza, clavando sus dedos en mi piel, besándome con esa ansia que solo él me había profesado, arrancándome cientos de quejidos llenos de placer... David era un maldito dios encarnado en un cuerpo de mortal.

Un rato después.

Morimos el uno deshaciéndonos en el otro, deleitándonos con cada mirada, con cada gemido. Estaba apoyada en su pecho, acariciándolo, mientras no dejaba de pensar en lo delicioso que había sido estar con él. Quería repetir todas las noches de mi vida, y si así lo quería, no le alejaría de mi lado nunca más. Sonreí para mí, sintiéndome como una adolescente enamorada, pero lo cierto era que David había conseguido que me sintiese de nuevo como una diosa, y eso me encantaba aún más que el hecho de que me hubiese echado el *polvazo* de mi vida.

—Voy a tener que irme —comentó.

—¿Cómo? —pregunté, mirándole extrañada.

—Mañana tengo una barbacoa —se excusó.

—Bueno... —murmuré—, puedes irte desde aquí si quieres, no hay problema.

Sentí como un nudo se creaba en mi garganta. No quería que se marchase, no quería pensar

que David era como todos los putos tíos con los que me había acostado. Esos que solo querían follarte y desaparecer como si nada hubiese ocurrido. Me negaba a creer que era como los demás, parecía distinto, pero... Tal vez me estuviese equivocando, de nuevo.

Me senté en la cama, alejándome de él, disgustada y con unas terribles ganas de llorar acechando. Tal vez fuese por el subidón del momento, por las hormonas o a saber qué.

—Prefiero irme y darme una ducha —sentenció.

Una parte de mí quiso seguir dándole opciones, pero entonces me percaté de que lo único que conseguiría sería decepcionarme aún más con él. Había decidido marcharse, y no cambiaría de opinión.

—Lo siento, Liah —dijo, probando a tomarme de la mano.

—No me toques —le ordené, dolida.

—No soy de esa clase de tíos que te echan un polvo y luego...

—Pues no lo estás demostrando —le interrumpí molesta—. Será mejor que te marches.

—De verdad... —intentó decir.

—Ni de verdad ni de mentira, David —espeté—. Yo lo único que veo es lo que demuestras —continué, sintiendo como la voz empezaba a fallarme—. Haz lo que quieras, ya sabes dónde está la puerta.

Me tumbé de nuevo en la cama, a sabiendas de que él se estaba vistiendo a los pies de esta, colocándose los pantalones que hacía un rato le había quitado.

—Liah —me llamó, intentando rozar mi piel con la yema de los dedos.

—Déjame, por favor —le pedí, o más bien le rogué.

Estaba tan dolida que ni siquiera era capaz de razonar como una persona adulta, y era consciente de que no me estaba comportando como tal, pero la desilusión era tal, que me dolía el corazón.

—Lo siento.

—Más lo siento yo —espeté desganada.

Cogí aire, cuando me percaté de cómo David se apoyaba en la cama para acariciar mi cabello y, acto seguido, depositó un dulce beso sobre este.

—Buenas noches, preciosa.

Capítulo 14

Con el corazón destemplado

Desperté igual que me había acostado: molesta y tan decepcionada que apenas había podido pegar ojo durante toda la noche. No iba a negar que me carcomía pensar que David pudiese ser como el resto de hombres. Había sido tan sencillo romper mis ilusiones, que no me lo podía creer.

Me hice un moño y salí al comedor, donde estaba Carlota tomándose un café y comiendo unas tostadas con cara de sueño. Eran las ocho y media de la mañana, por lo que estaría a punto de echarse a dormir.

—Uy, ¿y esa cara? —inquirió.

—Mejor no preguntes —musité al mismo tiempo que llegaba a la cocina y empezaba a prepararme el desayuno.

—¿La tiene pequeña?

Puse los ojos en blanco para, acto seguido, tirarle una magdalena.

—¡Deja de decir tonterías! —exclamé.

—Entonces... ¿No os acostasteis?

Suspiré, al mismo tiempo que me pasaba una mano por la cabeza, sin saber si contarle lo sucedido, ya que tal vez solo fuesen tonterías mías. Entonces, la escuché ponerse en pie y venía hacia la cocina.

—¿Va todo bien? —insistió.

—Es solo que...

Cogí aire y lo dejé ir. No quería volver a sentirme mal, pero lo cierto era que lo hacía, y puede que todo aquello no estuviese siendo más que una tontería, pero en aquel instante me pareció demasiado hiriente como para dejarlo pasar.

—Suéltalo —insistió Carlota.

—La cosa es que...

—Follasteis y se largó —me interrumpió.

Asentí un par de veces, y me llevé la mano al entrecejo, intentando pensar con claridad sobre la situación. No quería dejarme influir lo que empezaba a sentir por él, pero me había dolido

sobremanera. En realidad, me sentí abandonada, igual que con Coen.

—Habla con él —propuso.

Le expliqué bien todo, y me reconfortó pensar que ella, en cierto modo, habría actuado de la misma forma e incluso peor. Carlota era temperamental y tenía un genio que pocas personas aguantarían, por lo que su reacción habría sido... Explosiva.

—Parece buen tipo, Li, no creo que sea como esos patanes con los que te has topado a lo largo de tu vida.

—Vaya... Gracias —murmuré sin ganas—, será que tú has encontrado al príncipe azul.

—No, pero...

—Ni pero ni peras —espeté.

—No lo voy a negar —admitió—, pero tampoco me quejo, como tú.

—¡Qué ataque más gratuito! —exclamé.

—A ver, Liah... No siempre has tenido buen ojo con los hombres, y esta vez... David es un maldito dios, todos tenemos lo nuestro y puede que no se sintiese preparado para quedarse a dormir.

—¿Tú crees?

Me dijo que sí con un movimiento de cabeza. Era algo que no había sopesado, y tal vez tenía más razón de lo que creía.

Desayunamos juntas, y charlamos durante un rato más, el suficiente como para que acabase de entrarle el sueño y se marchase a descansar, dejándome sola con mis pensamientos. Recogí el salón y la cocina, y me dejé caer en el sofá con el libro nuevo que había comprado semanas atrás. Estaba a punto de abrirlo para empezar a leer, cuando recibí un mensaje. David, su nombre vino a mi mente como un flash, y... ¡Bingo!

David:

Lamento haberme marchado.

Me he comportado como un egoísta de mierda.

No era mi intención hacerte sentir mal, Liah.

Liah:

Da igual.

Estaba resentida, y aunque por una parte agradecía sus disculpas, era una persona rencorosa y necesitaba mi tiempo para digerirlo todo y poder confiar de nuevo.

David:

Déjame compensarte.

No, no da igual, Liah.

Permíteme arreglarlo, sé que no te da igual.

No te conozco demasiado, pero sí lo suficiente como para saber que, si dejo que esto pase, lo que puede haber nacido entre ambos se irá al traste.

No me perdonaría que eso ocurriese.

Liah:

Ya veremos.

Le respondí haciéndome la dura, pero en cierto modo me hacía ilusión saber que le importaba y que de verdad pensaba que entre nosotros había algo, por lo que una parte de mí daba saltitos de alegría.

David:

¿Qué quieres que veamos?

Liah:

Quería verte a ti en mi cama.

Pero me parece que ya no vas a volver.

David:

Eres directa, ¿eh?

Liah:

Demasiado, por suerte o por desgracia.

No puedo evitarlo.

David:

Tampoco quiero que lo hagas.

Me gusta, y creo que demasiado.

Liah:

Eres un masoquista.

David:

Entonces quiero serlo siempre contigo.

Estoy seguro de que enfadada eres lo más *sexy* sobre la faz de la Tierra.

Liah:

Puedo ser lo peor. Si quieres, te lo demuestro.

David:

¿Cuándo nos vemos?

Una ligera sonrisa se dibujó en mis labios sin que pudiese evitarlo. David me gustaba y lo estaba haciendo con una fuerza que no sabía hasta qué punto llegaría, pero de lo que estaba segura era de que me dejaría llevar por lo que viniera.

Capítulo 15

Un poquito más

Unos días más tarde...

David no dejó de insistir, arrepentido por lo que había ocurrido, por lo que, a pesar de mi cabezonería, accedí a verle de nuevo. Estaba como una colegiala enamorada, y es que desde el día en el que se marchó, no habíamos dejado de hablar a todas horas. Nos empezábamos a conocer, a saber cómo reaccionábamos ante ciertas situaciones, y eso me gustaba.

Cerré la puerta del coche con un movimiento rápido y, cuando quise darme cuenta, vi que David salía de la portería de su edificio. Este vivía a las afueras de la ciudad, aunque lo cierto era que eso no suponía un inconveniente, ya que, en cierto modo, agradecía que ambos tuviésemos nuestro espacio, aunque el mío fuese con Carlota.

—Buenos días —me saludó al mismo tiempo que me agarraba por la cintura y posaba un dulce beso en mi mejilla.

Anhelé un beso en los labios, pero no iba a negar que intentaría hacerme la dura. No quería ponerle las cosas tan fáciles, por lo menos no desde un buen principio.

—Buenos días —respondí como una boba.

Mi plan se desmontaba a medida que pasaban los segundos.

—He reservado en una brasería en un pueblecito de la costa, ¿te apetece?

Lo que más me apetecía era subir a su apartamento y deshacerme el polo blanco con cuello de pico que vestía, y que quedaba pegado por completo a su musculoso cuerpo. Tragué saliva, sintiendo como mi sexo empezaba a arder.

«Mejor no te digo lo que me apetece», pensé.

—Claro. —Sonreí.

Se separó un poco de mí, lo suficiente como para poder observarme con aquellos dos luceros que tenía por ojos. ¡Estaba hecho para el pecado! Si no fuese porque parecería una loca, estaría babeando frente a él de manera descontrolada.

—Me alegra mucho que hayas accedido a vernos —comentó, al mismo tiempo que alzaba una de mis manos para llevársela a los labios.

—Estás a modo de prueba —le advertí—, puedes ser despedido en cualquier momento.

—*Touché!* —exclamó divertido.

Podía ver aquella mueca juguetona en sus labios, por lo que no pude evitar sonreír, contagiada por la maravillosa energía que emanaba por todo su ser. Aún con su mano izquierda sobre la parte baja de mi espalda, me pegó a él, consiguiendo que ni siquiera el aire pudiese pasar entre ambos.

—Estás preciosa —susurró, pegando su boca a mi oído.

—Gracias —murmuré, notando como mis mejillas empezaban a encenderse.

—¿Vamos?

Tras salir de Barcelona y meternos en las caóticas rondas, decidí que era momento de preguntar eso que llevaba guardando tantos días y que me carcomía. ¿Por qué era tan importante la barbacoa como para no quedarse a dormir conmigo? Quería saber el motivo de marcharse, aunque en el momento en el que me pidiese que parase, lo haría.

—Y... ¿Cómo fue la barbacoa?

Durante unos segundos, un silencio incómodo se instauró en el coche, dejando que tan solo la música sonase.

—*Ehm...* —murmuró—. La verdad es que fue muy bonito, porque nos reencontramos con amigos de toda la vida y llevábamos años sin vernos —me explicó.

Quería saber más, pero sabía que yo no era nadie como para estar preguntando quién fue y quién no. No era de mi incumbencia, pero, aun así, las ganas prevalecían.

—¿Y qué preparasteis?

—Hugo se encargó de hacer lubina a la brasa, mientras que Marco y Gio se centraron en la carne —me lo aclaró.

—Me alegro de que lo disfrutaseis —comenté, congratulada por el hecho de que me hubiese dado algo más de información.

—Gracias —respondió con aquella mueca que me quitaba el sentido—. Aunque debo admitir que me arrepentí de no haberme quedado contigo —admitió—. Fui un auténtico gilipollas.

—No te preocupes —contesté sin apartar la mirada de la carretera—. Además, no creo que sea un tema para hablar con el estómago vacío —bromeé.

David dejó ir una sonora carcajada que me iluminó hasta el alma, era tan contagiosa que no pude evitar unirme a él. Acto seguido, tomó una de mis manos para llevársela a los labios, besándola con mimo, tanto, que consiguió que mi corazón se encogiese y latiese con fuerza. David trastocaba todas mis hormonas.

—Tenía muchas ganas de verte —aseguró.

—Yo también —respondí con sinceridad—, echaba de menos charlar contigo.

Una de sus grandes manos se posó en mi muslo izquierdo, acariciándolo de arriba abajo, por lo que le miré de reojo, sintiendo como todo mi cuerpo empezaba a encenderse, reaccionando ante su contacto. Cogí aire, intentando centrarme y no caer en la maldita tentación, sin llegar a pensar todo lo que podría llegar a hacerme David.

—¿Te gusta la música? —Quise saber, al mismo tiempo que subía el volumen.

—Sí, me encanta, aunque no puedo escuchar toda la que me gustaría.

Asentí un par de veces. Su respuesta me agradó sobremanera, ya que yo jamás podría llegar a vivir sin ella, era como el aire que respiraba. Adoraba estar sola en casa, bailando mientras recogía el piso con la música puesta, o simplemente mientras disfrutaba de un momento de tranquilidad.

—¿Y a ti? —se interesó.

—Me encanta. —Sonreí.

Cambié de emisora hasta que la melodía de la canción que empezó a sonar llamó mi atención: *No pide tanto, idiota*, de Maldita Nerea. En mis labios se dibujó una mueca. Podía recordar mis días de adolescente cantando sus canciones con Alex, a grito pelado, saltando en la cama, a riesgo de que nuestra madre nos castigase sin salir todo el fin de semana.

*Tú no lo entiendes,
ella quiere que le escribas su canción,
que la escuches, que le prestes atención,
que la invites a tocar tu corazón.
No pide tanto, idiota.*

—Y tú, Liah, ¿qué pides? —preguntó.

—No pido tanto —respondí, repitiendo la letra de la canción.

—¿Idiota?

—Podía haberlo añadido y te lo merecerías. —Carcajeé contagiada por la risa que emanó de él sin que pudiese reprimirla—. La verdad es que tampoco pido mucho, solo un hombre que me haga reír, me cuide, —hice una pausa—, y no me traicione y me rompa el corazón como hizo el maldito holandés que me abandonó en Ámsterdam —añadí—. ¿Vas a ser tú quien me dé todo eso?

—Voy a intentarlo. —Cogió de nuevo mi mano para llevársela otra vez a los labios.

Su respuesta me conmovió, consiguiendo que lo que ya sentía por él amentase sobremanera. Agradecí al universo que me lo hubiese puesto en el camino, aunque a quien debería de agradecerle era a mi hermana.

Llegamos al restaurante media hora más tarde. Por suerte, habíamos aparcado cerca, pero nos permitimos el lujo de descalzarnos para caminar por la arena de la playa, observando las olas del mar romper contra la orilla.

—Y, cuéntame —inquirió con una sonrisa divertida en los labios—, ¿solo tienes una hermana?

—No, Alex es la mayor, y luego está la pesada de Elisabeth, que es la menor de las tres.

—Ajá —murmuró—, la verdad es que cuando conocí a Alexia pensé que era excepcional, me alegra mucho que Ric haya encontrado una mujer tan maravillosa como ella.

—Alex es un tesoro —aseguré—, aunque no te creas que perfecta.

David rio, sin saber que lo decía en serio. Alex era una hermana sin igual, pero también tenía sus cosas, como todos.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu relación con Ric? —Quise saber—. ¿Tienes algún hermano?

—Pues... —murmuró pensativo— nos conocimos en la universidad, como sabes, y fuimos inseparables, no había lugar al que fuese uno sin el otro —me explicó—, y sí, tengo un hermano menor.

—Ric tiene suerte de tenerte —dije sin poder frenar las palabras que salieron por mi boca.

—Suerte la mía de tenerte a ti, Liah —garantizó—. Eres la mujer más hermosa, locuaz e inteligente que he conocido nunca —comentó al mismo tiempo que me abrazaba por la espalda y apoyaba su barbilla sobre mi cabeza.

No estaba acostumbrada a recibir tantos halagos, y hacerlo por su parte conseguía que mis mejillas se enrojecieran al instante. Posó sus grandes manos sobre mi cintura, por lo que giré sobre mis talones para acabar estampando mis labios en los suyos, los cuales me devoraron como si me necesitasen para sobrevivir.

—Gracias por aceptar —susurró contra mi boca.

—A ti por intentar resarcirte.

Capítulo 16

resiliencia

La comida había sido espectacular, pero no solo por los manjares que disfrutamos, sino por la maravillosa compañía que había tenido. Estábamos dando un paseo por las callejuelas del pueblo, escuchando como mis tacones repiqueteaban contra el suelo empedrado, sin que apenas nadie se percatase de ello. Era como si estuviésemos solos, como si el universo hubiese decidido que aquel iba a ser nuestro día más especial.

No negaría que David me gustaba cada vez más, adoraba pasar tiempo con él, y pensar en que tal vez existiese un futuro juntos conseguía prender un brillo especial en mi corazoncito. Después de lo ocurrido con Coen, pensé que no volvería a sentirme especial con nadie, hasta que la vida decidió enviarme un maldito ejército de *crushes* de los que prendarme.

—¿Te apetece un helado? —propuse.

David tiró de mi mano, provocando que me detuviese, posó una mano en la parte baja de mi espalda, rozando casi el inicio de mis glúteos. Me mordí el labio inferior, viendo como su mirada empezaba a rebosar lujuria y perdición, esa que no me había permitido pensar con claridad durante la comida.

—Me apetecees tú, Liah —respondió, fijando aquellos ojos azulados en los míos—. En realidad, llevo deseándote desde el momento en el que nos hemos encontrado.

Mis mejillas se enrojecieron al instante, por lo que no pude evitar desviar la vista, sintiendo como todo mi cuerpo empezaba a arder con fuerza. Posó su dedo índice bajo mi barbilla, y con un simple movimiento hizo que levantase de nuevo los ojos, encontrándome con los suyos. Las piernas me cimbrecaban y el corazón me latía con tanta fuerza que creí que me desmayaría allí mismo.

—Me muero por quitarte el vestido que llevas, esconderte en una cala y hacerte el amor hasta que no puedas más —susurró contra mi boca.

¡Y ahí estaba la guinda! Me tomó con firmeza, pegándome a su cuerpo, consiguiendo que notase su abultado miembro. Alcé mis manos hasta colocarlas a ambos lados de su rostro, permitiéndome el lujo de admirar su belleza, cómo su mirada cristalina relucía, llena de lascivia. Parecía estar desnudándome con ella, mientras sus manos seguían sujetándome, como si me hubiese leído la mente y supiese que en cualquier instante caería redonda por culpa de la

sensualidad que emanaba de cada poro de su piel.

—¿Y quién te lo impide? —pregunté.

—No me gustaría que te lastimases la piel al rozarte con la arena —apuntó, sonriendo de medio lado.

—Podemos ir a otro lugar.

—Creo que tengo algo perfecto... —murmuró.

Quince minutos después, estábamos en el hotel más bonito y lujoso de toda la costa, en una habitación que daba a un maravilloso faro, y desde donde se podía ver las olas romper contra las rocas, acompañadas por una enorme luna que empezaba a emerger. Me descalcé, al mismo tiempo que pasaba la mano por la cubitera que había junto al pequeño balcón, la cual habían preparado con un cava rosado y una bandeja de fresas.

Todo aquello era demasiado. Tanto, que apenas sabía cómo reaccionar ni a dónde mirar. Estaba sobrepasada, pero al mismo tiempo tan feliz que no podía sino esbozar una sonrisa en mis labios como la boba que era. Giré sobre mis talones, encontrándome con aquella mirada azul que conseguía derretirme y calarme hasta los huesos. Quise besar cada centímetro de su piel, decirle que me encantaba y que quería conocer hasta el más oscuro de sus secretos.

Una casualidad nos había unido, y a pesar de que no estaba cien por cien preparada, me dejé llevar, saltando al vacío. Por suerte, bajo aquel acantilado estaba David para recogerme entre sus fuertes brazos y curar las heridas de mi corazón que aún permanecían abiertas.

Con un ligero movimiento de cabeza me indicó que me acercase a la cama, y fue entonces cuando me percaté de que sobre la mesita de noche había una pequeña nota. La cogí con cuidado, sintiendo como mi corazón latía con tanta fuerza que parecía un tambor resonando en mi pecho. Me tomé unos segundos para abrirla, ¿estaba preparada? Tal vez no, pero me daba igual, quería ir a por todas con él. Cuando estaba a punto de abrirla, vi por el rabillo del ojo como el baño estaba iluminado con decenas de velas rojas, rodeando el jacuzzi que nos esperaba burbujeando.

David se movió en el sitio, impaciente, tanto como lo estaría yo. Me había preparado aquella sorpresa con todo su corazón, y se notaba.

Nada será suficiente para remendar mi error.

Pero haré todo lo que esté en mi mano para colmarto de todo lo que mereces.

Eres un regalo, y pienso cuidarte hasta que decidas quedarte a mi lado.

-D.

Sentí como los ojos se me empezaban a llenar de lágrimas. Apenas podía articular palabra, y es que aquella nota había sido la mayor sorpresa que podría haber esperado. Nunca imaginé un detalle como aquel, pensé que con la comida era suficiente, pero, al parecer, merecía todo aquello. Cerré los ojos, notando como una pequeña lágrima recorría mi mejilla. David se acercó a mí, agarrándome por la espalda con delicadeza, y depositó un beso sobre mi hombro desnudo.

—¿Cómo has conseguido algo así? —Quise saber—. Yo... No me lo esperaba—susurré sin apenas saber qué decir.

—Te mereces esto y más, Liah —juró—, eres una mujer excepcional y quiero que te des cuenta.

Entonces, recordé que Coen jamás había tenido un gesto como aquel conmigo, nadie antes, en realidad. Nunca me había sentido tan valorada como lo hacía con David, tal vez fuese eso lo que más me gustaba. Cerciorarme de que era más de lo que creía, darme un valor que no me había dado en años, y saber que había alguien capaz de apreciarlo y quererme a pesar de todo.

—David, yo... —empecé a decir.

Antes de que pudiese continuar, hizo que girase sobre mí misma, para acabar estampando sus labios contra los míos, devorándome con lentitud, disfrutando con cada uno de sus besos. Sus manos recorrieron mis brazos de arriba abajo, acariciándolos con delicadeza, deleitándose cada segundo que pasaba pegado a mí.

—Liah, sé que no me porté bien contigo —murmuró contra mi boca—, no fui el caballero que merecías —añadió.

—No necesito un caballero de brillante armadura que me salve, David.

—Dime —me ordenó de manera que consiguió que mi sexo ardiese de nuevo—, ¿qué necesitas? —se interesó.

—Un lobo feroz.

Capítulo 17

Caperucita y el lobo

Una sonrisa ladina se dibujó en su rostro, consiguiendo que todo mi cuerpo ardiese en deseos de tenerle pegado a mí. Sin decir nada, estampó sus labios contra los míos, devorándome como si llevase años sin hacerlo, como si se hubiese estado conteniendo para no hacerlo. Mis manos recorrieron sus brazos, se colaron tras su nuca y se fundieron con su cabello, impidiendo que apartase su boca de la mía. Quería deshacerme en él, morir entre gemidos, prendida por la pasión, esa con la que siempre me había tratado.

—Eres maravillosa —susurró aún pegado a mí—, no pienso separarme de ti jamás —juró.

—¿Jamás?

—Jamás de los jamases, Liah —prometió.

Aquel juramento me sirvió de bálsamo, envolvió mi corazoncito e hizo que una pequeña chispa de esperanza se prendiese en mí. Me abracé a él y, con un rápido movimiento, me cogió en volandas, haciendo que mis piernas rodeasen su cintura, mostrándome cómo su miembro estaba preparado para darme el placer que tanto ansiaba.

—He pedido que nos preparen el jacuzzi, ¿te apetece?

Asentí en silencio, sabiendo que ni siquiera las palabras podrían salirme sin que balbucease como una niña pequeña. Sin dejarme en el suelo, agarró el cava y las copas, y se dirigió hacia el baño, el cual me dejó aún más alucinada de lo que lo estaba.

No podía dejar de observar su hermoso rostro, como aquellos dos luceros estaban tan fijos en mí que creí que sería capaz de leerme el pensamiento. Quise acariciar cada una de sus facciones, deseando grabarlas a fuego en mi memoria para no olvidarlas jamás.

—Estás preciosa a la luz de las velas —murmuró para, justo después, dejarme de pie sobre el frío mármol del baño.

—¿Te han dicho alguna vez que eres perfecto?

—Puedo asegurarte que no lo soy —respondió, tras guiñarme un ojo.

Para mí sí que lo era, era un maldito dios en un cuerpo de mortal, cincelado por el mejor de los escultores, creado para ser la mayor de las tentaciones. Una de sus grandes manos se posó sobre mi sexo, y pude sentir cómo este se humedecía a pesar de la tela que lo separaba.

—Necesito follarte hasta desfallecer —admitió, al mismo tiempo que se deshacía de los pantalones que llevaba y volvía a atacar mi boca.

—Hazlo —le insté—, ya.

Sonrió de medio lado, bajando sus manos hasta llegar al filo del vestido, del cual se deshizo con un rápido movimiento, haciendo que saliese por mi cabeza, mientras me observaba como un felino decidido a cazar su siguiente presa.

—Quiero que seas mía, Liah —confesó.

—Siempre seré mía, pero tal vez puedo compartir un poquito. —Le guiñó un ojo, gesto que le divirtió y provocó que una risotada se escapase entre sus labios.

Colé una de mis manos entre ambos y fui deshaciéndome de su ropa poco a poco, hasta que su duro miembro hizo acto de presencia, chocando contra mi sexo, el cual aún seguía cubierto. Mis mejillas se enrojecieron cuando alcé la mirada y me encontré con los penetrantes ojos de David, quien me observaba con una devoción desarmante y una ternura que conseguía encogerme el alma.

—Bonito conjunto —comentó divertido.

—Si puede ser, no me lo rompas —bromeé—, que no he traído de repuesto.

Negó con la cabeza al mismo tiempo que reía. Se lanzó a mi boca de nuevo, devorándome, mientras sus manos volaban hacia mi espalda para deshacerse del sujetador que aún cubría mis pechos. Los acarició con delicadeza, relamiéndose como un gato, hasta que todo eso desapareció en el momento en el que tiró de mis braguitas de encaje, desgarrándolas por completo.

Me observó desafiante, con una ceja alzada y una sonrisa ladina que era capaz de deshacer el mismísimo Polo Norte. Apartó con lentitud el cabello que caía sobre mi hombro derecho, y empezó a besar mi cuello, consiguiendo que todo el vello de mi cuerpo se erizase. Mi sexo ardió con fuerza pegado al suyo, humedeciéndose ante el contacto de su piel contra la mía. El reguero de besos fue bajando hacia mis pechos, donde se recreó besándolos e incluso dándoles algún que otro mordisco, los cuales provocaron que una fuerte descarga me recorriese de pies a cabeza.

David se arrodilló frente a mí, observándome lleno de lujuria, besó la parte interna de mis muslos y, con un leve movimiento de cabeza, me indicó que me sentase sobre el borde del jacuzzi. Necesitaba sentirle, hacerlo de todas las formas posibles.

—Abre las piernas —me ordenó.

Aunque no esperó demasiado, ya que él mismo posó sus grandes manos en ellas, para masajearlas y abrirlas, dejándome expuesta. Mi corazón se desbocó a sabiendas de lo que estaba

por llegar. Coló uno de sus dedos entre mis pliegues, acariciando mi abultado botón, hasta que este se adentró en mi interior, consiguiendo que ahogase un gemido.

—Estás tan húmeda que me muero por estar dentro de ti, Liah —juró.

—Hazlo —le insté, pero pareció hacer caso omiso a mis palabras.

Su dedo no dejó de jugar en mí mientras no dejaba de besar mis muslos con devoción, para segundos después desviarse y así llegar a mi monte de Venus, donde se relamió como un gato antes de iniciar su cruzada hasta conseguir hacerme morir de placer.

Cerré los ojos, sintiendo como mi sexo cada vez reaccionaba más a él, preparándose para las acometidas que estaba deseando recibir. Abrí los ojos cuando coló un segundo dedo en mi interior, y aproveché para enredar los míos en su cabello, manteniéndole en el lugar. Me mordí el labio inferior, muerta de placer, sintiendo como poco a poco iba deshaciéndome en sus manos.

—Eres deliciosa, cielo —aseguró.

—Ven aquí —le ordené.

Se puso en pie, momento que aproveché para posar mi mano en su nuca, acercándole a mí lo suficiente como para devorar su boca, notando mi propio sabor en él.

—Fóllame, ahora —añadí tajante.

No solo hizo eso, sino que David me veneró como si de una diosa se tratase. Mimó mi cuerpo y me llevó al más puro de los éxtasis.

—Gracias, Liah —susurró, al mismo tiempo que pasaba la esponja por mi cuerpo, limpiándolo con tanto cariño que tuve que ahogar un llanto.

—P... ¿P... Por qué? —balbuceé, sin apenas poder hablar por la congoja que sentía.

Durante unos segundos permaneció en silencio, recorriendo cada centímetro de mi piel, cerciorándose de que no dejase nada sin enjabonar. Mi corazón estaba a punto de estallar. No me podía creer el amor que había en cada mirada, en cada caricia y gesto que me profesaba.

—Por permitirme intentarlo de nuevo —susurró en el momento en el que me giré para mirarle.

No supe qué responderle, estaba anonadada por cómo me trataba; jamás me habían cuidado tanto como él y ni siquiera teníamos una relación afianzada como para tener que hacerlo, y eso me encantaba. Nos habíamos acostumbrado a ser el pañuelo de otros, a que nos usasen para un

simple polvo, pero ver que todo era distinto a su lado conseguía sorprenderme y agradarme a partes iguales.

—¿Sabes? —murmuró.

—Dime —conseguí que las palabras saliesen de mi boca.

—Quiero estar contigo —afirmó—, lo supe desde el primer momento en el que te vi deslumbrando en aquella fiesta, con la enorme sonrisa que había dibujada en tus labios, con esa elocuencia que gastabas —continuó—, y ahora, estando aquí, lo tengo más claro aún.

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas sin que pudiese hacer nada por evitarlo, porque yo también quería. En cierto modo, necesitaba alguien que me cuidase tanto como lo estaba haciendo él, que fuese atento, dulce y capaz de hacerme olvidar un mal día. David, sin pretenderlo, se había convertido en esa persona.

—Yo también quiero estar contigo —me sinceré—. Eres...

Antes de que pudiese decir nada más, estampó sus labios contra los míos, consiguiendo dejarme de nuevo sin habla. Me agarró con fuerza por la cintura, haciendo que mis piernas rodeasen la suya, y se sentó en el jacuzzi, provocando que el agua acabase desbordando, por lo que ambos nos miramos. No le dimos más importancia, ya nos preocuparíamos de ello después.

—No digas nada —me rogó.

—Me encantas —le contradije.

Le devolví cada uno de sus besos, los cuales cada vez se volvían más húmedos, igual que lo estaba mi sexo, palpitando de nuevo por su atención. Su miembro se endureció, por lo que, sin pensarlo ni un solo instante, hice que entrase en mí de una sola estocada.

—No quiero separarme de ti jamás, Liah —susurró contra mi boca.

—No lo hagas.

—Juro que no lo haré.

Capítulo 18

Un desconocido encantador

Mi búsqueda de trabajo seguía activa a pesar de que no había forma de encontrar ningún puesto fijo en lo mío. Por suerte, había podido colaborar en algún que otro periódico donde había escrito varios artículos de actualidad, y a base de contactos, había podido trabajar algo más, aunque fuese para sobrevivir durante unas semanas. Los ahorros no dejaban de bajar, y mis nervios conseguían desmoronarlo todo.

David me había propuesto pasar un tiempo en su casa, a gastos pagados, pero lo cierto era que ni quería dejar a Carlota tirada, ni quería que David tuviese que pagarlo todo mientras yo estaba de gorra en su casa. Además, no llevábamos demasiado tiempo conociéndonos como para mudarme a su piso así como así, lo veía demasiado invasivo. Siempre había sido una mujer muy independiente, por lo que no me gustaba tener que dar explicaciones de nada a nadie, y adoraba tener mis ratitos a solas. Aunque David pasase tiempo en la escuela, también había muchas horas que invertía en correcciones y tutorías extra estando en casa, y no quería ser un estorbo.

—¿Dónde vas tan guapa?

Me giré para mirarla, y le hice una mueca divertida. Carlota siempre quería enterarse de todo, sobre todo si tenía que ver con David o con alguna otra conquista, aunque desde que le conocí todo había cambiado. A pesar de que el universo había puesto en mi camino a muchos hombres, solo uno había conseguido robarme el corazón. No negaría que lo pensé desde el principio. Entre ambos nació una conexión que iba más allá, era pura química aderezada con una física increíble y un ansia que deseaba que jamás perdiésemos.

—A buscar a David —le informé.

—¿Al colegio? —Quiso saber.

—Ajá —respondí al mismo tiempo que asentía.

Me había pedido que nos viésemos en el colegio donde trabajaba, el cual no estaba muy alejado de mi casa. En realidad, estaba a medio camino entre la suya y la mía, por lo que me daría un paseo hasta llegar a él.

—¿Vas a intentar que el profesor Blanco te suba las notas, pillina? —añadió, guiñándome un ojo, pícara.

Negué con la cabeza y, acto seguido, dejó ir una sonora carcajada que me contagió, por lo que

no pude evita reírme con ella.

—Ese vestido te queda genial.

El buen tiempo empezaba a notarse, por lo que me había puesto uno de mis vestidos favoritos. Tenía un poco de vuelo y un estampado floral que lo hacía de lo más delicado. Lo había acompañado con unas cuñas rosas, a conjunto con el tono de alguna de las flores, y un bolsito de esparto.

—Gracias. —Sonreí, sintiendo como mis mejillas se enrojecían.

—David se va a volver loco —comentó al mismo tiempo que sonreía de medio lado.

—¡Exagerada!

No me había querido vestir de forma sugerente ni nada que fuese poco apropiado para ir a un colegio. Estaba nerviosa, no sabía por qué me había citado allí; supuse que querría ir a algún lugar cercano.

—Nos vemos luego, ¿vale? —le dije.

—Claro. —Sonrió—. Pásalo bien —añadió para, acto seguido, guiñarme un ojo.

Adoraba pasear por las calles de Barcelona, fijarme en la gente, en sus estilismos y ritmos de vida. Algunos iban con prisa, mientras otros caminaban con calma, pero no solo eso, había quien se sentaba en una terraza a tomar una cerveza con amigos, quien disfrutaba de un café en silencio, leyendo, o los que simplemente se sentaban en un banco a ver la vida pasar. Barcelona siempre había sido mi ciudad favorita, la cantidad de culturas y gentes que convivían en ella eran tan extensas que jamás lograríamos catalogarlas todas. Tenía una oferta de ocio y restauración impecable, parques maravillosos para visitar, museos donde deleitarse con el mejor arte e incluso ciencia. Tal vez por eso siempre había querido volver a mi hogar, porque eso era para mí Barcelona, mi casa.

Había parado a tomar un café en una de las cafeterías que más me gustaba, y paseado por uno de los parques más bonitos de la zona, el cual estaba floreciendo a pasos agigantados, por lo menos eso era lo que me había dicho una mujer. Hice algunas fotografías, me apetecía hacer un reportaje sobre la ciudad, hablar de ella en mi página web y de los distintos lugares verdes que había en ella.

Barcelona era maravillosa, y no dejaba de sorprenderme que en ella hubiera sitios tan especiales como aquel. Cientos de flores lucían resplandecientes, tan brillantes bajo la luz del sol

que parecían joyas creadas para deslumbrar a quien las mirase. Me llamó la atención la preciosa fuente que había en la parte central y cómo de ella no dejaba de salir agua, refrescando el ambiente.

—Es precioso, ¿verdad? —decía alguien a mi espalda.

Giré sobre mis talones y, cuando fijé mi mirada en el hombre que había frente a mí, sentí vértigo. El corazón se me desbocó, consiguiendo que las piernas me flaqueasen y hasta el habla se me viese afectada. No quise parpadear ni apartar la vista de él, ya que se me antojaba como un sueño.

Un chico alto de cabello castaño alborotado me observaba con los ojos más verdes que había visto jamás. No supe por qué, pero me perdí en ellos, en la profundidad que había, en lo mucho que transmitían sin la necesidad de que sus carnosos labios tuviesen que abrirse. Contuve el aliento cuando sus ojos se fijaron en los míos, consiguiendo que una descarga me recorriese de pies a cabeza.

—¿Nos conocemos? —conseguí decir.

—Aún no.

Tragué saliva e intenté dibujar una mueca en mis labios. Desconocía el motivo, pero entre ambos saltaron chispas, tantas, que no era capaz de comprenderlo, ni siquiera sabíamos quiénes éramos.

—Soy Aitor —me informé.

Estiró la mano, por lo que no dudé en agarrarla. Noté como la cobijaba en la suya y la sujetaba con firmeza, pero al mismo tiempo con ternura, una que no supe descifrar.

—Encantada. —Sonreí como una boba—. Yo Liah.

—Un placer, Liah. —Imitó mi gesto, deslumbrándome con su blanca dentadura.

Durante un instante, me tomé la licencia de observarle, cómo sus brazos estaban tatuados por completo, o al menos la parte que veía, ya que una camiseta se ceñía a su musculado cuerpo. Mientras, sus piernas iban embutidas en unos vaqueros *skinny* que le quedaban pegados. El tal Aitor parecía divertirse con la situación, o al menos eso advertí cuando, al volver a fijarme en su rostro, tenía un gesto divertido.

—¿Es la primera vez que venías al parque? —Quiso saber.

Ni siquiera era capaz de vocalizar como una persona normal. Estaba tan embelesada con la belleza de Aitor, que apenas podía juntar dos palabras sin parecer tonta. Parte de mí se sentía tan atraída por él, que se habría pasado horas mirándole y escuchándole hablar de lo que fuese,

incluso de método de apareamiento de los ornitorrincos, cualquier cosa. Pero sabía que aquello no era buena idea, no estaba bien.

—Sí, he quedado con alguien y tenía que pasar por aquí... —empecé a explicarme. Mi voz se deshizo, convirtiéndose en un hilo fino casi imperceptible—. ¿Y tú?

—Me gusta venir de vez en cuando para coger inspiración —comentó.

Asentí un par de veces, intentando encontrar las palabras que se habían desvanecido de mi mente por culpa de una de sus miradas. Entonces, mi mente voló a David. Miré el reloj y me di cuenta de que, si no me encaminaba de nuevo hacia el colegio, llegaría tarde a nuestra cita.

—*Ehm*, discúlpame —le pedí—, voy a tener que marcharme, se me hace tarde.

Quise darle dos besos, acercarme a él para saber si realmente olía como imaginaba: varonil, pero al mismo tiempo fresco. Posó una de sus manos sobre mi espalda para despedirse, haciendo que el contacto de su piel con la mía nos hiciese arder.

—No te preocupes —aseguró—, ha sido un placer, Liah.

—Lo mismo digo. —Sonreí, sintiendo como mis mejillas se encendían.

—Hasta siempre.

Capítulo 19

En Clase del profesor Blanco

Entré en el instituto como si nada, la gente ni siquiera me prestaba atención. Había niños que salían y entraban, otros que ya se marchaban, y fue entonces cuando la ruidosa alarma saltó, haciendo que el sonido chirriante de las sillas siendo arrastradas retumbase por todo el edificio. David me había indicado que esperase fuera de la clase de primero B, donde había un pequeño banquito blanco.

Cuando la puerta se abrió, me puse en pie y me asomé por ella, para mi desgracia, ya que unos veinticinco niños fijaron su mirada en mí y cuchichearon. Una de las niñas que se sentaba en la parte central alzó la mano. David me miró compasivo, a sabiendas de lo que estaba a punto de acontecer.

—Profesor, ¿es su novia? —preguntó la pequeña.

—*Ehm...* —empecé a decir.

De un segundo a otro, mis mejillas se encendieron como si de un semáforo se trataran. ¡Tierra trágame! Aquella pregunta llena de curiosidad no me la esperaba.

—Martina... —le regañó David.

—¡Es muy guapa! —exclamó otra.

Intenté sonreír, pero en vez de eso me salió una mueca que estaba segura de que no sabría cómo catalogar. No me molestaban sus comentarios, pero en cierto modo sí que me sentía violentada, ya que no sabía hasta qué punto quería contar David lo nuestro.

—Sí, chicos, es mi novia —admitió—, y ahora, todos para casa, y pasad un buen fin de semana.

—¡Hasta el lunes, David! —dijeron casi al unísono la gran mayoría de ellos.

Pasaron por delante de mí, despidiéndose con educación y con alguna que otra sonrisa llena de timidez que me ablandó el alma. Nunca había deseado tener hijos, pero lo cierto era que de un tiempo para acá empezaba a tolerarlos un poco más, sobre todo los de mis amigas.

—Lamento mucho lo que ha pasado —se disculpó David, pasándose una mano por el cuello.

—No te preocupes, no son más que críos curiosos, es normal —le resté importancia.

—Son demasiado elocuentes muchas veces —comentó—, deberías escuchar todo lo que me preguntan o cuentan.

Se pasó una mano por el cuello y dejó que una dulce mueca se esbozase en sus labios. Siempre hablaba con mucho cariño de sus alumnos, en él había una pasión y una vocación capaz de mover montañas, tal vez por eso era tan buen profesor. Durante unos minutos me permití el lujo de observar el aula en el que estábamos. En ella había un mural enorme lleno de fotos de los críos, recuerdos que ellos mismos habían creado, y en el centro de este una enorme imagen de David rodeado de todos ellos.

—Prefiero no imaginarlo, teniendo en cuenta lo que ya he visto. —Reí.

—Una vez, una de las niñas de sexto de primaria me preguntó si me gustaría ser ciego —me explicó sin poder aguantar la risa.

Entonces me acordé de Eli, que también era muy curiosa de pequeña; tenía preguntas para todo, y respuestas para muchas de las que le hacíamos. No paraba quieta, siempre necesitaba estar haciendo algo. Adoraba disfrazarse, incluso los fines de semana preparaba un espectáculo, el cual nos obligaba a ver, donde se inventaba canciones que escenificaba. Le encantaba leer cuentos, inventarse historias y sobre todo adoraba su tambor, ese que no dejaba de aporrear de un lado a otro de la casa. Aún podía recordar a mi padre maldiciendo el día en el que se lo regalaron. Sonreí para mí, era una niña preciosa, un torbellino que no tenía fin. Estaba llena de magia, pero con el paso del tiempo toda esa luz que tenía se había desvanecido hasta convertirse en la adolescente repelente que solo tenía malas contestaciones.

—Debe ser un *show* cada vez que empiezan con las preguntitas —comenté.

—Lo cierto es que sí, pero no puedo negar que me encanta escuchar sus ideas más locas.

—Deberías hacer un concurso —comenté, riendo.

—Lo haré, tenlo por seguro.

Los niños ya se habían marchado, por lo que me instó a que me adentrase un poco más en el aula, ya que aún permanecía en la entrada, observando, porque creí que nada más recoger sus cosas nos marcharíamos. Su mirada cambió por completo en el instante en el que crucé por completo el umbral de la puerta, volviéndose tan sensual como salvaje.

—Cierra la puerta —me ordenó.

Mi sexo ardió al escuchar el tono autoritario con el que me había hablado, por lo que no pude evitar morderme el labio inferior, deseando estar en cualquier otro lugar menos en aquel. Caminé con parsimonia por el aula, hasta llegar a una de las mesas que había en la parte principal. David

parecía más imponente aún, tras el escritorio de profesor, frente a la pizarra, con aquella mirada penetrante que conseguía hurgar en tu alma. Contuve el aliento cuando sus ojos se fijaron en los míos. En ese instante, me percaté de que en su mente me estaba desnudando, deshaciéndose de cada una de las prendas que cubrían mi cuerpo.

Se acercó a mí con aquellos aires de grandeza que le proporcionaba aquel lugar, y con una sonrisa ladina que era capaz de hacer que la poca cordura que me quedaba se desvaneciese por completo. Me agarró por la cintura con fuerza, pegándose por completo a su cuerpo, consiguiendo que notase su miembro pegado a mí.

Con un rápido movimiento, estampó sus labios contra los míos, devorándome con un ansia sobrenatural que consiguió prenderme en llamas. Le devolví cada uno de los besos que me daba, los cuales se tornaron más y más húmedos, sintiendo como cada vez necesitaba ir a más.

—No sabes las ganas que tengo de follarte sobre cualquiera de esos pupitres —gruñó contra mi oído, sujetándose con fuerza—, tal vez sobre la mesa del profesor —dijo al mismo tiempo que de un manotazo tiraba al suelo parte de su material y cogiéndome a pulso me colocaba sobre ella, abriendo mis piernas para él—, o en el cuartillo del material —añadió con aquella voz ronca que conseguía desarmarme.

Me lancé a su boca, sin ser consciente de lo que estaba haciendo. La idea de que pudiesen llegar a pillarnos consiguió encenderme aún más, tanto, que deseé que alguien apareciese por la puerta. Le besé con el ansia con el que me había devorado él, mordí su labio inferior, consiguiendo que un quejido se le escapase.

—Hazlo —aquella simple palabra salió de mí como si nada pudiese frenarla.

Sus manos volaron hacia el final de mi vestido, el cual arremolinó a mi cintura, dejando que cayese sobre el escritorio. Me miró lleno de lujuria, tanta, que podría haber prendido hasta el Polo Norte en llamas.

—Dios, no sabes lo mucho que te he echado de menos —susurró contra mi boca, al mismo tiempo que colaba uno de sus dedos entre mis pliegues, acariciando lentamente mi botón—, y no negaré que esto también lo he echado de menos —admitió.

Bajé una de mis manos hacia la cinturilla de su pantalón, pero paré cuando pude notar la dureza de su miembro clamando atención, deseoso de adentrarse en mí. Cuando fui a deshacerme de sus vaqueros, me detuvo. Se apartó de mí, dejando un vacío que consiguió helarme, y se acercó a la puerta, bajando el estor que impedía que nadie nos viese desde el otro lado y echando la llave.

Cuando volvió a donde me encontraba, se sentó frente a mí, en aquella silla de piel negra, y

me observó con devoción. Bajé de la mesa de un salto para, acto seguido, colocarme sobre él, uniéndonos en un beso que fue puro fuego. Nuestros labios no dejaban de moverse, al mismo tiempo que nuestras lenguas jugueteaban, provocándose la una a la otra.

—No eres consciente de lo mucho que me pones, Liah —murmuró, apretando la mandíbula, consiguiendo que esta se le marcara aún más, y haciendo que mi sexo ardiese.

Pasé mis manos por su pecho, acariciándolo con mimo, deleitándome de la fuerza de cada uno de sus marcados músculos. Tragué saliva cuando, al bajar, me encontré de nuevo la dureza que con ansia me esperaba, por lo que bajé sus calzoncillos, dejándola a la vista. Sin pensarlo ni un instante, me coloqué de nuevo sobre él y me dejé caer, permitiéndole que entrara por completo en mí.

—Dios —gruñó contra mi oído, consiguiendo que todos los vellos de mi cuerpo se erizaran ante aquella simple palabra—, llevo deseando esto desde que te he visto entrar por la puerta con ese vestidito vaporoso —comentó ido.

—Pues aquí me tienes —le dije, fijando mis ojos a los suyos—, toda tuya.

—Mía —murmuró con aquella fiereza que le caracterizaba.

Mi sexo se humedeció aún más. David era el hombre más sexy que había conocido jamás, y tenerle entregado a mí de aquella forma conseguía que perdiese toda noción de cordura y tiempo. Me moví sobre él, dejando que me guiara con sus manos, ya que aún me sujetaba por la cintura.

—¿Y si nos pillan? —jadeé.

—Que lo hagan —respondió retador—, por lo menos verán un buen espectáculo, porque pienso hacerte gemir hasta que tenga que venir el guarda de seguridad.

Alguien agarró el pomo de la puerta, tirando de ella y forcejeando, lo que hizo que la sangre se me helara y que David se detuviera en seco. ¡Nos iban a pillar! El corazón se me desbocó en el preciso instante en el que David colocó una de sus grandes manos sobre mi boca, instándome a que no hiciera ni un solo ruido.

—¿David? —Escuchamos como alguien le llamaba.

Capítulo 20

¡Por los pelos!

Me puse de pie como un resorte, tan rápido que pude ver la confusión de David en su rostro, aunque acto seguido, una sonrisa pilla se dibujó en sus labios, consiguiendo que mi corazón se acelerase de nuevo. Con un rápido movimiento, hizo que girase sobre mí misma, para acabar de cara a la mesa. Entró en mí sin haber siquiera respondido al hombre que requería su atención, y empezó a moverse como si nada.

—Estoy reunido con una madre, Sebas —mintió al mismo tiempo que ponía una de sus grandes manos sobre mi boca y no dejaba de embestir una y otra vez.

Un gemido ahogado murió en su mano, podía sentir toda su longitud en mí, consiguiendo que todo mi ser temblase.

—De acuerdo —respondió el hombre, soltando el picaporte—, recuerda darle las llaves a Jorge a la salida.

Miré a David abriendo los ojos como platos, no sabía por qué, pero creí que la gran mayoría de profesores y gente de la escuela ya se habrían marchado. La adrenalina corría por mis venas, consiguiendo que me excitación fuese aún mayor. No supe por qué, pero aquello había hecho que mi orgasmo estuviese aún más cerca.

—No te preocupes —le pidió David, aún sujetándome para que no hablase.

—Hasta mañana —se despidió este.

—Mañana nos vemos —añadió David.

La mano que permanecía en mi boca desapareció para colarse entre mis piernas. Sus dedos se colaron entre mis pliegues, acariciando con intensidad mi pequeño botón, el cual estaba a punto de estallar. Los gemidos no dejaban de salir de mi boca, hasta que volvió a girarme, como si fuese una simple muñeca, y estampó sus labios contra los míos, capturando cada quejido que salía de estos. Devorándome con una sensualidad abrumadora.

—Me vuelves loco —admitió.

—Y tú a mí —aseguré—, más de lo que crees.

Me estaba volviendo adicta a él, a su maldita forma de ser, a su inteligencia, pero aún más a la bondad que emanaba de cada poro de su piel y se entremezclaba con la más pura sensualidad.

Era capaz de hacerme perder la cordura que me quedaba con tanta facilidad, que allí estábamos, en su aula, follándonos como dos adolescentes escondidos de miradas furtivas, solo que lo único que impedía que nadie nos viese era una simple cortinilla.

—Córrete para mí —ordenó en el instante en el que sintió todo mi cuerpo temblar bajo el suyo.

Media hora más tarde.

David recogió todo lo que habíamos alborotado en el aula para que, minutos después, apareciesen las mujeres de la limpieza al fondo del pasillo, quienes ya estaban dejando listas las clases para el día siguiente.

Salimos del aula, al mismo tiempo que notaba como mi corazón empezaba a palpar con una fuerza descomunal, tanta, que creí que la escucharía tarde o temprano. Las manos empezaron a sudarme, ¡me iba a morir de vergüenza si alguien decía algo! Caminamos por el largo pasadizo que ya había recorrido una hora antes, solo que la otra vez estaba lleno de vida y en aquel momento estaba sumido en el silencio, hasta que David sacó del bolsillo de sus vaqueros las llaves de las que había hablado Sebas. Tras dar un par de golpecillos en la ventanilla de la garita, vi como un hombre se asomaba con cara de pocos amigos.

—Oh, vaya, eres tú —comentó para, segundos después, posar su mirada en mí.

Mis mejillas se encendieron al segundo y le rogué al universo que aquel hombre no se hubiese enterado de lo que acababa de ocurrir en una de las aulas, o acabarían por sancionar a David.

—Aquí tienes, Jorge —dijo, despidiéndose del guardia de seguridad.

—Pasa un buen fin de semana, David —le respondió con amabilidad.

—Lo mismo digo —añadió mi acompañante con una radiante sonrisa.

Mi chico me cogió de la mano y tiró de mí en dirección a la salida. Ni siquiera le importó que la excusa que había dado se fuese al garete. Sonreí ante el pensamiento que acababa de tener. David se estaba convirtiendo en algo más importante de lo que jamás creí que sería, y eso me encantaba, pero aún más me había agradado el hecho de que le dijese a sus alumnos que era su novia. Tal vez no era más que una bobería, pero me ilusionaba ver que alguien como él, tan bueno y adorable, alardeaba de tenerme a su lado.

Aún no era capaz de procesar lo que había ocurrido, ni siquiera cómo nos habíamos atrevido a acostarnos allí mismo. Era algo que jamás lograría superar, pero lo cierto era que solo de

pensarlo me provocaba un morbo que conseguía revolucionarme por dentro.

—Han estado a punto de pillarnos —siseé nada más traspasar las puertas, cerciorándome de que no hubiese nadie cerca que pudiese escucharnos.

Tiró de mi mano, haciendo que me detuviese, y me besó de aquella manera tan deliciosa que solo él tenía, desarmándome.

—Y tu tía también en la fiesta de Alex y Ric —me recordó.

Asentí, no recordaba aquel breve encuentro que habíamos tenido. Tal vez nos estábamos convirtiendo en una pareja de exhibicionistas, pero lo cierto era que no me importaba con tal de estar a su lado.

—No sé qué es lo que me haces, pero...

—Te vuelvo loca —terminó por mí la frase para, acto seguido, besarme de nuevo.

—Completamente loca —me sinceré.

Sonrió victorioso, por lo que no pude evitar reír ante aquella mueca que se había dibujado en sus labios. Negué con la cabeza, no tenía remedio, era un canalla empedernido metido dentro del cuerpo de un dios hecho hombre, el cual usaba para vagar por la Tierra enamorando a todo aquel que le mirase.

—Quédate a dormir conmigo —me pidió sin separar sus labios de los míos.

—¿Hoy? —pregunté extrañada, ya que no me había avisado.

Este asintió un par de veces, y dudé. Lo hice porque ni siquiera me había traído una muda limpia para poder cambiarme, necesitaba una ducha urgente y una buena cena que compensase los nervios que había sufrido.

—Necesitaría...

—Sí —respondió, interrumpiéndome.

—¡Si ni siquiera sabes lo que voy a decir! —exclamé entre risas.

—Me da igual, sea lo que sea —hizo una pausa—, la respuesta es sí.

Fijó su mirada en la mía, consiguiendo que mi corazón se desbocase, pero fue entonces cuando mi mente voló a la profundidad de los ojos de Aitor, esos que habían sido capaces de escrutar mi alma con tan solo unos segundos.

—Entonces... —empezó a decir.

—Te iba a decir que necesito darme una ducha y una muda limpia —me apresuré a responder,

intentando disimular.

No quería pensar en él, ni que mis sentimientos por David pudiesen verse afectados por el tsunami de sensaciones que aquel desconocido había provocado en mi cuerpo. Tan solo había cruzado unas cuantas palabras y todo mi ser se revolucionó sin que pudiese hacer nada por impedirlo.

—Te compraré las mudas que quieras —aseguró.

—No tienes remedio, ¿no?

A tozudo no le ganaba nadie, y con tal de que fuese con él, haría cualquier cosa que estuviese en su mano, incluso llevarme a comprar ropa interior.

Dicho y hecho: antes de encaminarnos hacia su casa, pasamos por mi tienda favorita de lencería, donde me había instado a entrar con aquella sonrisa pícara que se le dibujaba en los labios.

—¿Qué te parece este? —pregunté, alzando un conjunto de braguita brasileña de encaje negro, con sujetador y ligero a conjunto.

—¿Y este?

En sus manos sujetaba una percha del que colgaba un *body* rojo pasión de encaje que dejaba todo a la vista. Era realmente bonito, aunque tal vez lo usaría en una ocasión especial y no para lo que de verdad lo necesitaba. Aunque no negaría que no contaba con nada igual en mi colección. Le miré achicando los ojos, y no pude evitar reír en el momento en el que puso carita de chico bueno, como si nunca hubiese roto un plato.

Me acerqué a donde se encontraba, se lo arrebaté de las manos y lo coloqué sobre mi cuerpo, como si lo llevase puesto. Le guiñé un ojo y vi cómo su mandíbula se apretaba con fuerza, estaba conteniéndose todo lo posible. Sin dejar el *body*, me puse de puntillas y nos uní en un beso húmedo y arrollador.

—Tal vez debería probármelo.

—Como entres en esos probadores, no respondo —respondió.

Capítulo 21

Sin olvidarme de ti

Habíamos salido de la tienda de lencería con un conjunto negro de encaje precioso que estaba deseando estrenar, y con un pijama de pantalón corto de la pantera rosa que me pareció de lo más divertido. No sabía cómo, pero cada vez que me besaba conseguía que algo en mí se estremeciera, revolucionando cada uno de mis sentidos.

Esa noche saldríamos a cenar, o al menos eso me había dicho, pero de camino a casa decidimos hacer una pequeña parada en una de las mejores heladerías de toda la ciudad. Tenían helados italianos artesanales, no eran demasiados, pero sí suficiente como para encontrar el perfecto.

—Eres un maldito regalo de la vida, Liah —aseguró, al mismo tiempo que besaba mi coronilla.

—Creo que en eso estamos de acuerdo —respondí, riendo.

—Estoy hablando en serio, Li —juró.

—Y yo también, has sido el mayor descubrimiento que he hecho en años —prometí, al mismo tiempo que entrelazaba mis manos con las suyas.

Me abracé a él y le di un lametón al helado de pistacho que había comprado hacía apenas unos minutos. Era mi helado favorito desde que no era más que una niña, junto con el de mango.

—¿Quieres probar? —pregunté con una amplia sonrisa.

Antes de que pudiese decir nada más, me besó, haciendo que su lengua se entrelazase con la mía, devorándome como si del helado se tratase. Las piernas me temblaron cuando su mirada se fijó en la mía, pero aún más cuando su agarre se volvió más rudo.

—Deliciosa —susurró contra mi boca—. Me vuelves loco, Liah —admitió.

—No sé yo —conseguí decir.

Sonreí al ver cómo su gesto se torcía, fingiendo indignarse. Adoraba su rostro, era tan expresivo que conseguía encogerme el corazón con tan solo una mirada, o divertirme con una mueca.

—Quiero que conozcas a mis padres, Liah —dijo al mismo tiempo que se separaba ligeramente de mí.

—Has perdido la cabeza. —Reí.

—¿Por qué? —inquirió.

—¿No crees que es demasiado pronto? —pregunté algo asustada.

No sabía si de verdad estaba preparada para algo así. Solo llevábamos unos meses saliendo, y me aterraba pensar que pudiese volver a ocurrirme lo mismo que con Coen. David parecía distinto a cualquier hombre, pero la sombra de la sospecha siempre seguiría ahí hasta que pudiese deshacerme de todos esos miedos que no me dejaban avanzar.

—No, claro que no —aseguró—. ¿Qué ocurre?

Me sinceré con él, abriéndole mi corazón, esperando que entendiese el porqué de mis miedos y mis ganas de ir con calma en esta nueva relación. Por suerte, tenía un novio maravilloso, comprensivo y con una inteligencia emocional envidiable, por lo que no hizo falta que diese muchas explicaciones.

—Lo entiendo y respeto tu decisión, Liah —juró—, no negaré que me muero de ganas de gritarle al mundo que he encontrado a la mujer más maravillosa del universo, pero aguardaré paciente hasta que estés preparada para ello.

—Gracias. —Sonreí, agradecida y sintiéndome orgullosa de tener a alguien tan bueno como él a mi lado.

Cuando llegamos a casa de David, vi como un gran ramo de rosas rojas lucía sobre la mesa del salón. Con un ligero movimiento de cabeza, me instó a acercarme, y fue en ese preciso instante en el que me percaté de que sobre la mesita de café había una enorme caja con un lazo rojo.

—¿Te has vuelto loco?

—Creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta. —Me guiñó un ojo.

El corazón se me encogió, y no pude evitar sonreír, sintiéndome plena después de mucho tiempo. Pero no solo eso, sino feliz de poder compartir mi vida con alguien tan especial como lo era él.

Durante unos segundos, me permití agradecerle al universo por todo lo que tenía en mi vida, por haberme permitido seguir avanzando y conocer a gente preciosa, tanto por dentro como por fuera. Me sentía terriblemente afortunada, lo único que me faltaba era un trabajo que me removiese por dentro, ¡y lo tendría todo!

Me acerqué al ramo de rosas y cogí la pequeña nota. Cuando la desdoblé, me encontré una foto que nos habíamos hecho David y yo en nuestra visita a Montjuic. Sonreí y nos observé,

hacía tiempo que no me veía brillar tanto, y al lado de David lo hacía todo el tiempo. Tal vez por eso me gustaba tanto, porque no solo se había convertido en mi pareja, sino también en un amigo de esos capaces de iluminarte incluso cuando estás en la más profunda oscuridad. Me emocioné pensando en la pobre Liah que tuvo que abandonar Holanda después de haberlo arriesgado todo por el que creía el amor de su vida. Aunque, en cierto modo, agradecía que todo aquello hubiese ocurrido, si no, no habría conocido al maravilloso hombre que tenía a mi lado.

Te quiero en todas mis vidas, Liah Rodríguez.

Permíteme estar en todas las tuyas.

Eternamente.

Giré sobre mis talones, sintiendo como mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas, y sin pensarlo dos veces corrí hacia él, para estampar mis labios contra los suyos, notando como las pequeñas gotas empezaban a empapar mis ojos.

—Te quiero, David —lloriqueé.

—Y yo a ti, más de lo que más me hubiese podido imaginar.

Me aparté un poco de él, lo suficiente como para poder observarle, fijándome en su precioso rostro. Acaricié su mejilla, sus ojos brillaban tanto como los míos, llenos de lágrimas de emoción, pero al mismo tiempo pude percibir como sonreían para mí.

—Eres demasiado —añadí sin apenas vocalizar.

—Soy lo que mereces —me corrigió.

No supe por qué, pero aquella simple frase me encogió el corazón e hizo que un fuerte hipido se escapase de entre mis labios. Sí, era lo que merecía: un hombre que me respetaba, quería y cuidaba como si fuese una hermosa flor, que me valoraba no solo como mujer, sino como profesional, y que, a pesar de todo, siempre me daba alas para volar.

—Gracias —susurré, acongojada.

—Hay algo que te falta, ¿no? —preguntó, sonriendo, orgulloso.

Asentí un par de veces, al mismo tiempo que me separaba de él, sintiendo el frío tomar mi cuerpo. Por suerte, cuando me encaminé hacia el sofá, vino conmigo, sentándose a mi lado y aguardando ansioso a que abriese el paquete.

—Te has pasado... —murmuré al darme cuenta de cómo pesaba aquella enorme caja.

Su mueca cada vez era mayor, llegando a llegar de oreja a oreja. Podía ver la felicidad en su mirada, pero también atisbé una milésima parte de nervios que consiguió llamar mi atención.

—Vamos —insistió, haciendo aún más visible mis sospechas.

Con mucho cuidado, deshice el enorme lazo que adornaba la cajita, dejando que la cinta cayese a un lado de la mesa y, posteriormente, al suelo. Cogí una bocanada de aire, sintiendo como mi corazón empezaba a latir con una fuerza sobrenatural. Estaba ansiosa, pero al mismo tiempo hecha un manojo de nervios, igual que él. Tragué saliva y me armé de valor, dejando a un lado la inquietud que me asolaba.

Saqué la tapa superior, y me encontré con una tarjetita que ponía: Kit de supervivencia. Me giré para mirar a David, extrañada, y me instó a que prosiguiese. Removí lo que había en el interior de aquel enorme paquete, y me encontré con un neceser con cepillo de dientes, crema dental, gel facial, desodorante y un frasco de mi colonia favorita. Le observé con los ojos superabiertos, tanto, que parecía que en cualquier momento se me saldrían de las órbitas. Continué en mi búsqueda, topándome con un pijama, unas zapatillas de ir por casa, tres conjuntos de ropa interior y deportivas y una pequeña cajita de terciopelo azul marino.

Estaba tan exaltada que las manos me temblaban al sujetarla.

—Venga —me apremió—, ábrela.

La sujeté con la poca firmeza que podía y, al levantar la tapa, me encontré un juego de llaves de su casa, con un llavero con una L de resina en tonos rojo y dorado.

—¿Estás seguro? —Quise saber.

—No solo echaba de menos hacer el amor contigo, Liah.

—Ah, ¿no? —pregunté, haciéndome la sorprendida.

—¡Claro que no! —exclamó, indignándose, aunque sabía que era fingido.

Sonreí como una boba, porque así era como me sentía a su lado. Tenía la sensación de estar subida en una nube, pero no en una normal, sino en una de sabor a fresa, de las que venden en las ferias. Me lancé a sus brazos y le besé como si me fuese la vida en ello, agradeciendo a la vida que le hubiese puesto en mi camino.

—Quiero que vivas conmigo. Sé que es difícil de asimilar ahora, que puede que me digas que no, pero es por eso que te he preparado este kit, para que puedas pasar todo el tiempo que quieras aquí sin miedo a necesitar nada...

David era un hombre fascinante, cuanto más le conocía, más me gustaba.

—Oh, cállate —le interrumpí—, y hazme el amor.

Capítulo 22

La entrevista

La mañana había empezado de la mejor de las maneras: despertando apoyada en el pecho de David mientras no dejaba de abrazarme. Encontrarme con aquella mirada azul como el cielo conseguía hacer que me evadiese de cualquiera de mis problemas. No negaría que me encantaría poder despertarme de aquella forma todos los días de mi vida, y sería la mujer más feliz sobre la faz de la Tierra.

Durante un rato, permanecí en la cama, remoloneando, mirando el teléfono, mientras David empezaba su rutina. Todo iba bien, hasta que los nervios me paralizaron, haciendo que un nudo se crease en mi estómago, impidiéndome respirar con normalidad. Me senté en la cama. La cabeza me iba tan rápido que no lograba ordenar mis pensamientos para poder pensar con claridad.

Me pasé una mano por el cabello y lo recogí en un moño alto. Necesitaba centrarme y procesar lo que había leído. Salí de la habitación, me lavé la cara en el baño y volví para focalizarme de nuevo en lo que aguardaba en mi *email*. Uno de los medios digitales y físicos más grandes del país se había interesado en una de las últimas publicaciones de mi página web, en realidad, les había fascinado, por ende, en el correo electrónico me hablaban de una posible oferta de trabajo.

Estaba de los nervios, no lo negaría, siempre había soñado con formar parte de un proyecto tan grande como aquel, y que se hubiesen fijado en mí conseguía hincharme el pecho, llenándolo de orgullo. Aún no era capaz de asimilar lo ocurrido, cuando salí de la habitación, y al dirigirme al salón me encontré con la mesa preparada con un enorme desayuno de tortitas humeantes, café recién servido, zumo de naranja y un par de rebanadas de pan con embutido, acompañadas del hombre que era capaz de robarme cada uno de los suspiros.

—¿Va todo bien? —me preguntó David nada más aparecer por la puerta.

—*Ehm* —murmuré—, ¡sí, claro! —exclamé.

—Genial, espero que tengas hambre —comentó al mismo tiempo que dejaba en la mesa un plato con un par de huevos.

—Te has pasado, ¿no crees?

—Todo lo que pueda apetecerte está en esta mesa —aseguró.

Me acerqué a él y estampé mis labios contra los suyos, besándole con ansia. Me tomó por la cintura, pegándome a él por completo, y fue entonces cuando sentí mis piernas temblar.

—Tú me apetece —admití.

—Yo no estoy en la mesa —bromeó.

Le di un leve empujón, haciendo que retrocediese hasta el punto en el que acabó medio sentado sobre esta.

—Ahora sí. —Sonreí contra su boca.

—Chica lista.

Me devolvió todos los besos que le había dado, consiguiendo que mi cuerpo se revolucionase hasta límites insospechados, como solo él conseguía hacerlo. Subí mis manos hasta enredar mis dedos en su cabello, deseando perderme en él.

—Si sigues así, no desayunaremos —comentó.

—Desayunemos en la cama —le propuse.

—Lo tiraríamos todo —respondió jocoso.

—Lo limpiaremos —rebatí.

Antes de que pudiese decir nada más, escuché como mi móvil volvía a sonar, por lo que no pude evitar apartarme de él.

—No te me escapes, ¿eh? —le advertí, divertida.

—Jamás se me ocurriría —respondió, sonriendo de medio lado.

Dibujé una mueca en mis labios y fui a por este, para ver quién nos estaba interrumpiendo de aquella forma.

Carlota:

¿Vienes a comer hoy?

No sabía ni en qué día estábamos, pero entonces caí en que era viernes y no fin de semana, y como todas las semanas, Carlota y yo comíamos juntas, ya que había veces en las que apenas coincidíamos en casa a causa de la agenda de Carlo.

Liah:

¡Casi lo olvidaba!

Carlota:

Si tienes planes mejores con don Perfecto, no te preocupes.

Liah:

No, tonta.

¿Nos vamos en el Happy place?

Carlota:

Yes!

Nuestro restaurante favorito de sushi se llama Happy place, y es que no podía tener mejor nombre que aquel. ¿Había algo mejor que comer? ¡No!

Liah:

Perfecto.

A las dos y cuarto te espero allí, ¿vale?

Carlota:

Si quieres, puedes decirle a David que se venga.

Aquella propuesta me tomó por sorpresa, pero lo cierto es que no me pareció ni tan mal, por lo que durante unos minutos medité si invitarle a venir o no. Sabía que Carlota lo sometería a cientos de preguntas, de nuevo, y es que siempre se las ingeniaba para tener un nuevo repertorio de estas.

Liah:

Me lo pensaré, pero no prometo nada.

Carlota:

¡No seas cagón!

¡No muerdo!

A él no.

Añadió un emoticono de una carita guiñando un ojo, por lo que no pude evitar reír, ¡vaya

amiga tenía!

—¿Va todo bien? —Escuché como me preguntaba David a mis espaldas.

—Sí, solo era Carlota —le informé.

Entonces, caí en la cuenta de que no le había comentado nada de la entrevista de trabajo que iba a tener en apenas dos horas. Los nervios volvieron a coger mi estómago, pero cuando mi chico se acercó a mí y me tomó por la cintura, consiguió deshacerse de toda la angustia que me corroía.

—Hay algo que no me cuentas —comentó—, te noto rara.

—Bueno... Es solo que...

Nos unió en un dulce beso, chantajeándome para que le explicase lo que pasaba. Iba a hacerlo, pero después de desayunar, aunque estaba segura de que no me dejaría esperar tanto tiempo, por lo que acabé confesando.

—¡Mi amor! —exclamó.

Estaba tan emocionada que sentía como todo mi cuerpo se revolucionaba solo de pensar en estar dentro de la empresa. Aquel era un gran paso para seguir llegando a más gente, y estaba tan orgullosa que la emoción no me cabía en el pecho.

—¡Es una noticia maravillosa! —aseguró.

—La verdad es que sí —respondí.

Sabía que había trabajado para ello durante mucho tiempo, pero por un instante el síndrome del impostor me atrapó, consiguiendo que todos los miedos que no había tenido hasta entonces, me paralizaran por completo.

—¿Es que no te hace ilusión?

—¡Sí, claro que sí! Pero...

—No hay peros, Liah —me interrumpió—, eres una gran profesional y mereces que gente importante ponga su foco en ti.

Bajé la mirada, por lo que posó uno de sus grandes dedos bajo mi barbilla para que la alzase de nuevo, y me besó de aquella forma tan especial que solo él tenía, esa que conseguía encogerme el corazón.

—Estoy orgulloso de ti.

Capítulo 23

Una mala idea

David estaba tan feliz como yo, o incluso más de la gran oportunidad que se me presentaba, tanto, que propuso ir a comer para celebrarlo. Obviamente, le dije que no podía, ya que había quedado con Carlota, por lo que le invité a que se uniese a nosotras. Aceptó sin dudarlo, cosa que me asustó, ya que no sabía qué podrían acabar tramando.

Estaba sentada en el escritorio de David, en aquel luminoso despacho tan aséptico y blanco que costaba pensar que allí pudiese haber un ápice de desorden. Cerré la pantalla del portátil que me había dejado para poder llevar a cabo la entrevista. Tenía el corazón en un puño, y un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar con normalidad. No entendía por qué, pero cada vez que me hacían una entrevista de trabajo me ponía tan nerviosa que no era capaz de pensar con la claridad suficiente como para no balbucear como una cría en la presentación de su Powerpoint delante de toda la clase.

Cogí una bocanada de aire y le di un sorbo al agua con hielo que me había traído David antes de empezar. La entrevistadora había sido una tal Marga, quien parecía bastante agradable, pero al mismo tiempo imponía hasta tal punto de que apenas había podido expresarme como quería. Por suerte, la impresión que había causado en ella era muy buena, o al menos eso era lo que me había transmitido, por lo que estaba contenta.

No le había dicho nada a Alex, ni a Carlota. Sentía que iba a gafar aquella maravillosa oportunidad, y tal vez fuese cosa mía, pero el no haberlo contado me había dado una tranquilidad absoluta.

Cuando salí del despacho me encontré con la atenta mirada de David, quien aguardaba expectante sentado en el sofá mientras veía algo en la televisión.

—¿Cómo ha ido? —Quiso saber.

—Pues... Parece que bien —respondí, sintiendo como los nervios empezaban a corroerme por completo.

Me senté a su lado, dejando que me abrazase. Tenía una sensación agri dulce en mí, esa que conseguía que dudase de las capacidades que tan válida me hacían para aquel puesto. Tal vez fuese el miedo de volver al ruedo después de estar meses sin trabajar, aunque la web no la había abandonado. El no crearme capaz de ser tan buena como antes... Cuando Coen me dejó, me

despidieron del trabajo, de ese donde el director y accionista principal era el mejor amigo de mi ex. No merecía aquel despido, ni siquiera que me dejaran en la calle, ya que se encargaban de financiar también el piso en el que ambos vivíamos en el centro de Ámsterdam. Desde bien pequeña supe que quería ser periodista, buscar la verdad donde todo parecía mentira, encontrar testimonios, dar voz a esa gente que era invisible para la sociedad, pero con el paso del tiempo me sentí estancada, perdida e incluso desmotivada al hacer aquello que durante años amé.

—Ya verás como el puesto será tuyo —aseguró.

—Confías demasiado en mí —comenté, sintiéndome fuera de lugar.

—Confío en ti porque sé que eres una profesional de los pies a la cabeza, como me has demostrado cientos de veces.

Sonreí al ver cómo me observaba con aquel gesto que solo él tenía, ese que conseguía darme la fuerza que parecía deshacerse en mis manos. Me sentí afortunada y orgullosa de tener a alguien tan bueno como él a mi lado, que desde que le conocí había estado ahí para apoyarme.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó confuso, al mismo tiempo que me abrazaba con mimo.

—Por ser y estar —respondí, besando su pecho.

Quería romper a llorar por lo feliz que estaba en aquel momento, pero no solo por eso, sino por no creermme merecedora de tener tanta suerte.

—Será mejor que vayamos preparándonos —comentó David.

Miré el reloj y fue entonces cuando me percaté de que no quedaba más de una hora para que tuviésemos que reunirnos con Carlota para comer. Así que me aparté de él y fui directa al baño; necesitaba una ducha después de haber sudado como una gorrina por culpa de los nervios de la entrevista.

Veinte minutos más tarde.

—Vaya... —dijo en voz baja al verme aparecer.

—¿Me he manchado? —pregunté extrañada al mismo tiempo que miraba el vestido blanco que llevaba.

Tenía un don para las manchas, sobre todo en prendas delicadas como aquella, o en las que fuesen más visibles. Fui corriendo a la habitación, donde había un gran espejo de cuerpo entero, donde me miré bien, inspeccionando mi look. Cuando me quise dar cuenta, David estaba a mi

espalda, observándome con una devoción desarmante, de esa que conseguía que quisiese entregarle mi corazón para que hiciese lo que se le antojara.

—Eres la mujer más hermosa que he visto jamás —aseguró al mismo tiempo que colocaba sus manos a ambos lados de mi cintura y pegaba su pecho a mi espalda.

Me pegó a él tanto, que ni siquiera el aire podía pasar entre ambos. Sus labios se posaron sobre mi hombro desnudo para besarlos con ternura, lentamente, hasta que se encaminó hacia mi cuello.

—Jamás me cansaré de decirlo, Liah —juró—, eres un maldito regalo.

Giré sobre mis talones y le besé con ansia, deseosa de devorarlo allí en medio, sin prisas, sin pausas, dejando que el tiempo pasase mientras nosotros nos enredábamos con las sábanas, henchidos de pasión y lujuria.

—Te quiero, David —prometí contra su boca.

David conseguía hacerme olvidar cualquier remoto pasado, ese que en el que no conocía lo que de verdad era sentirse amada de aquella forma: sin límites ni reproches.

—No te alejes nunca de mí —dijo con ternura, aunque aquellas seis palabras sonaron más a una súplica.

—Nunca.

Media hora más tarde estábamos de camino a nuestra cita. Apenas nos quedaban cinco minutos para llegar, y lo cierto era que me ponía de los nervios pensar en el interrogatorio que Carlota podía llegar a hacerle. Le miré de soslayo, enamorándome una vez más de su atractivo y varonil rostro. David era un hombre sociable, dulce, divertido, y de esa gente que se apunta a un bombardeo, por eso temía que estuviese demasiado tiempo con Carlota, ya que ella era de esas personas que creaban el maldito bombardeo con tal de pasarlo bien. Estaba como una cabra, era divertido pasar tiempo con ella, pero sabía de qué era capaz cuando algo se le metía entre ceja y ceja.

—Prométeme que no dejarás que Carlota te lée —le pedí.

—Va a ser genial, ya lo verás —dijo, ignorando por completo mi comentario.

—No vas a hacerme ni caso, ¿verdad?

Me miró sonriente y puso ese gesto de pillo que era capaz de robarme el sentido, por lo que

no pude evitar esbozar una mueca en mis labios.

—No te preocupes.

—No sabes de lo que es capaz —comenté.

—Ni tú de lo que soy yo capaz —rebatí.

Capítulo 24

la impostora

Unos días más tarde.

Después de la comida con Carlota vinieron días maravillosos. Pudimos disfrutar de un fin de semana tan especial que creí que jamás podría llegar a superarlo. Cada vez estaba más enamorada de David, y saber que era recíproco me hacía la mujer más feliz sobre la faz de la tierra. Era muy afortunada, y estaba segura de que nada podría arruinar la maravillosa relación que se estaba forjando entre ambos. Me había mostrado partes de él que ni siquiera llegué a imaginar que tendría, me había hecho el amor con mimo y follado como una bestia, cuidado como si de una linda flor se tratase, arrancado carcajadas con un humor ácido que no esperaba, y sorprendido con sus artes culinarias.

Pero no solo eso, me había demostrado que de verdad iba a por todas, el compromiso estaba ahí, y no solo de boquilla. No negaría que empezaba a quererlo todo con él, y eso me hacía darme cuenta de lo mucho que significaba, sobre todo después de la experiencia con Coen.

—¿A qué hora te marchas? —preguntó Carlota.

—A las doce —le informé.

—Tienes que tener loquito a David si ya va a presentarte a sus amigos —comentó al mismo tiempo que me daba con el codo.

Me aparté de ella, negando con la cabeza, y no pude evitar sonreír cuando una mueca divertida se dibujó en sus labios.

—Bueno, ya sabes... —murmuré.

—Es broma, Liah, vas a encantarles —aseguró—, mereces estar con un hombre bueno y que te cuida como él.

¡Tenía razón! Claro que la tenía, pero en ciertas ocasiones una vocecita en mi interior me decía lo contrario, plagándome de dudas y miedos que jamás había tenido. Me sentía como una impostora a su lado, alguien que no merecía ser querido como lo estaba siendo, y eso me corroía. Pero David había demostrado con creces cuáles eran sus sentimientos, y, gracias al universo, eran los mismos que los míos, por lo que solo podía sentirme feliz.

—Borra esos pensamientos de mierda que tienes —inquirió—, y no seas tonta.

—Lo sé, tienes razón.

—Además, vas a pasarlo genial en la comida.

—Tengo miedo de arruinarlo —murmuré sin apenas ser consciente.

Carlota se sentó a mi lado y me abrazó con tanta fuerza que no pude evitar dejar ir un quejido que acabó siendo una carcajada al ver la cara que ponía.

—Siendo tú misma lo único que conseguirás es enamorarlos a todos —aseguró.

—No sé yo... —comenté—, hasta tú misma te has quejado.

—Pero lo mío es por vicio puro. —Rio.

Negué con la cabeza, sonriendo. Tenía suerte de poder contar con su apoyo siempre, y tenerla como confesora oficial. Deseaba que llegase el momento de conocer a los amigos de David, aunque no negaría que un nudo se había instaurado en la boca de mi estómago nada más despertarme aquella mañana.

Estaba recogiendo el desayuno cuando escuché como mi teléfono emitía un leve pitido, por lo que fui directa hacia él, creyendo que tal vez podría ser David para informarme sobre nuestra cita.

Alex:

Me ha dicho mamá que no respondes a sus mensajes.

Puse los ojos en blanco, llevaba un par de días que ni siquiera abría su chat para no tener que contestarle, o al menos, para que no viese que los había visto. Pero lo cierto era que tenía un truquillo, y era tener el *gadget* de WhatsApp en una de las pantallas del móvil, por lo que podía leerlos sin tener siquiera que abrir la aplicación.

Liah:

Me da una pereza extrema
tener que darle explicaciones de nada.

Alex:

Es tu madre, *pioji*.

Liah:

Lo sé, y la tuya.

Y eso no le da derecho a juzgar sobre mi vida,
como lleva haciendo desde hace años.

Sabía que tenía razón, siempre lo había hecho, nada de lo que conseguía le parecía bien y a todo le encontraba un pero, así que había optado por darle la menor información posible sobre mi vida.

Alex:

Lo sé, pero no se lo tomes en cuenta.

Solo se preocupa por ti.

Liah:

Llevo escuchando eso toda mi vida, Alex.

Estoy cansada de tener que darle explicaciones de nada.

Alex:

Hablaré yo con ella para que te deje en paz.

Liah:

No deberías de ser tú quien hablase, sino que debería ser ella quien se diese cuenta.

Alex:

Lo sé, pero quiero hacerlo.

¿Cómo va con David?

Suspiré, me cabreaba ver lo cabezota que era Alex, y aunque sabía que solo lo hacía porque se preocupaba, conseguía ponerme de los nervios. Durante un buen rato, estuvimos hablando sobre cómo llevaba la relación con David, la cual no dejaba de mejorar con el paso de los días. Agradecí mil veces al universo haber estado en la fiesta de pedida de Alex y Ric, ya que, si no hubiese sido así, ni siquiera nos hubiésemos conocido.

Alex:

Me alegra muchísimo que hayas conocido a un buen tío.

¡Y quién mejor que David!

Liah:

Pues sí, no lo hay mejor.

Cuando acabé de escribir aquella respuesta, me percaté de que una sonrisa boba estaba dibujada en mis labios, porque sí, David me tenía en aquel estado las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

No le había hablado a mi familia de él, salvo a Alex, quien ya lo sabía todo gracias a Ric. No necesitaban esa información, ya que lo más seguro era que quisiesen que lo llevase a casa para someterle a un tercer grado, y era algo que no me apetecía nada en absoluto.

David:

Estoy deseando besarte, amor.

Me muero de ganas de que llegue el momento de verte.

Liah:

Nos vemos en una hora, ¿podrás esperar?

David:

No sé si lograré sobrevivir.

Respondió añadiendo un *gif* [\[1\]](#) en el que se desmayaba, por lo que no pude evitar sonreír, con aquel gesto de tonta enamorada que se me dibujaba en el rostro cada vez que David soltaba una bobada.

Liah:

Estás loco.

David:

Loco por ti, desde el momento en el que te conocí.

Liah:

Eres un bobo.

David:

No puedo dejar de serlo si estás tú de por medio.

En nada te recojo.

Capítulo 25

¿es él?

—¿Estás preparada? —me preguntó David.

Asentí un par de veces, aunque lo cierto era que no lo estaba. Me sentía inquieta, tan nerviosa que se me había creado un nudo en la garganta que apenas me dejaba tragar. Estaba preparada, pero para salir corriendo y ganar un maratón, a pesar de llevar unos tacones más altos que el Empire State.

—Pero, David —empecé a decir, intentando hacerle entrar en razón—, ¿tú estás seguro de esto?

—Claro que sí —contestó entusiasmado—, ¿por qué no iba a estarlo?

—Pues no sé... —Suspiré—. Yo lo veo un poco precipitado, aún estamos conociéndonos y bueno...

—Liah, cielo —contestó al mismo tiempo que se acercaba a mí, para tomarme las manos con delicadeza—, no necesito saber nada más de ti —aseguró—, sé lo que necesitaba, y es que no quiero separarme de tu lado jamás.

Mi corazón se encogió, y por un instante sentí como unas incipientes ganas de llorar me invadían. Me acerqué un poco más a él, alcé mi mano, acariciando su rostro, y nos uní en un dulce beso que necesitaba como el aire que respiraba.

—Eres maravillosa, y todos se van a quedar embobados al verte, pero aún más cuando te escuchan hablar —confirmó.

—Eso espero —respondí, bajando la mirada.

—Claro que sí —añadió—, ¿vamos?

—Vamos.

Le miré de soslayo, viendo una enorme sonrisa dibujada en sus labios. Le hacía tanta ilusión que parecía un niño pequeño con un juguete nuevo. Le quería, estaba enamorada de él más de lo que creí que estaría jamás, y tenía claro que haría cualquier cosa por apoyarle y verle de aquella forma, feliz.

—Ya verás que son muy buena gente —comentó.

Asentí un par de veces al mismo tiempo que noté como me agarraba de la mano con firmeza y tiraba de mí en dirección a la salida.

—Todo irá bien —juró—, y si no es así, no te preocupes, ¿vale? —me pidió—, solo tienes que decírmelo y nos marcharemos.

Agradecí su gesto y la responsabilidad emocional con la que me trataba. A otro le hubiese importado una mierda, pero él... David era único en su especie. Cuando entramos en el ascensor, me miró con una ternura especial, alzó una de sus manos y acarició mi mejilla, para segundos después unirnos en un dulce beso que sentí como un bálsamo para mis dudas.

Media hora más tarde, llegamos cerca de la casa de Miguel, amigo de la infancia y prácticamente hermano de David. Estábamos a las afueras del área metropolitana de Barcelona, cerca de Sant Cugat, una zona preciosa llena de casitas.

Siempre había soñado con tener una casa como las que allí había, con un enorme jardín frontal, repleto de flores y un caminito de piedras que indicaran la entrada de la casa, con un porche en la parte posterior donde leer por las tardes, tomando una buena taza de té y viendo corretear algún que otro perrito rescatado.

—Vaya... —murmuré embelesada.

—Preciosas, ¿eh?

—Demasiado —añadí sin dejar de mirarlas.

—Algún día tendremos la nuestra propia —aseguró.

Sentí un cosquilleo instaurarse en mi estómago, eran los nervios y la impaciencia de seguir compartiendo una vida a su lado. Tomé su mano, y no pude evitar que una amplia mueca de felicidad se dibujase en mis labios.

—Me encantaría —respondí, sintiendo como todo mi ser me gritaba que le besase allí en medio, bajo la atenta mirada de los transeúntes que pasaban a nuestro alrededor.

—Entonces, no se hable más —contestó para, acto seguido, besarme.

Continuamos caminando hacia nuestro destino cuando sentí como los nervios volvían a aflorar. Por suerte, David me mantenía agarrada de la mano, dándome una paz distinta, y capaz de acallar las voces que no dejaban de susurrarme al oído.

—Eh, tíos —decía un pelirrojo a la distancia—, mirad.

—¡David! —le llamó otro.

Continuamos y, nada más llegar, todos se levantaron de las sillas para mirarnos fijamente.

—Esta es Liah —me presentó.

—Vaya con Liah —comentó uno de los morenos que estaban en frente nuestro.

—José... —le regañó el pelirrojo mientras uno reía.

—Os presento, chicos —dijo David, como si no hubiese escuchado nada de lo anterior—. Ese de ahí es Isaac —señaló al pelirrojo—, José —prosiguió con uno de los morenos—, y ella es Cristina —añadió cuando la chica apareció.

—Encantada —respondí con una enorme sonrisa.

Nos saludamos entre nosotros, y no pude evitar fijarme en Cristina, quien era algo más mayor que yo, con unas piernas larguísimas, cabello castaño y unos enormes labios pintados de rosa chicle. No supe por qué, pero no me inspiraba demasiada confianza, había algo en ella que no me gustó.

—¡Qué bien que hayáis llegado!

Me estrujó entre sus brazos, por lo que en cuanto pude, me zafé de ella, intentando esbozar una falsa mueca. Aquel abrazo había empezado a ser demasiado contacto para alguien a quien acababa de conocer.

—Y aquel que viene por allí es...

En aquel preciso instante mis oídos dejaron de escucharle para centrar toda mi atención en el hombre que salía de la casa. Por un momento, dejé de respirar, sentí como mis piernas se tambaleaban y el corazón empezó a latirme con tanta fuerza que creí que iba a desfallecer allí en medio. Nuestros ojos se encontraron, provocando que aquellas chispas que un día saltaron, volvieran a hacerlo.

Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios, y pude ver cómo sus vibrantes ojos me analizaban, divertido.

—Aitor —dijo David.

—*Ehm...* —murmuré.

—¿Os conocéis? —preguntó David, confuso por mi reacción.

La voz apenas me salía, solo podía centrarme en intentar no desmayarme allí en medio, con el corazón desbocado y el alma confusa. Tragué saliva y carraspeé, empujando a las palabras a salir.

—No, no tenemos el gusto —respondió Aitor antes de que pudiese siquiera articular palabra.

Me tendió la mano, por lo que no dudé en agarrarla, dejando que una suave descarga me recorriese de pies a cabeza. Sin poder decir nada más, tiró de mí lo suficiente como para que mi cuerpo quedase pegado al suyo, y depositó un beso en cada una de mis mejillas.

—No, claro que no —conseguí decir.

—No sabes cuánto me alegro de verte —le comentó Aitor a David como si nada.

Cogí una bocanada de aire cuando sus ojos volvieron a fijarse en los míos, sintiendo como un nudo me oprimía el pecho.

—Con las evaluaciones apenas he podido pasar por casa —le explicó mi chico—, además, hemos estado para allá y para acá el poco tiempo libre que teníamos, ¿verdad?

Asentí un par de veces. Mi cerebro iba tan deprisa que apenas era capaz de pensar con la claridad suficiente como para hilar dos palabras seguidas. Estaba tan confusa... Jamás creí que volvería a ver a Aitor, ni que sería capaz de removerme por dentro como lo estaba haciendo. No era más que un desconocido, alguien de quien no sabía nada. Y por otro lado estaba David, a quien ya quería con todo mi corazón. Jamás me permitiría herirle, y mucho menos con uno de sus mejores amigos.

Me sentí mal, pero sobre todo culpable. Había pensado en Aitor desde que le conocí, incluso había llegado a soñar con él, aquel extraño que había conseguido revolucionarme con tan solo una mirada.

—No te preocupes —comentó el de ojos café.

Continué caminando en dirección a la casa de Miguel, igual que lo hacían los demás, solo que yo permanecía en silencio y a media distancia, escuchando lo que sucedía a mi alrededor, pero intentando no acercarme demasiado a Cristina.

—Por cierto, Liah —llamó mi atención David.

Giré sobre mis talones y fijé la mirada en mi chico, intentando no distraerme con su acompañante. Debía alejarme de él, mantener la distancia y eliminar por completo el contacto visual.

—¿Sí? —pregunté.

—Mi hermano —añadió segundos más tarde.

Capítulo 26

Aitor Blanco

¿Su hermano? Abrí los ojos como platos, y fue entonces cuando creí que de verdad acabaría cayendo redonda la suelo. ¿Cómo iban a ser hermanos? Me pasé una mano por la cabeza e intenté disimular lo que cruzaba mi mente, ya que siempre había sido muy expresiva, tal vez demasiado. Negué con la cabeza y acabé riendo, nerviosa, sin saber muy bien qué decir.

—Ah, ¿sí? —conseguí decir.

—Así es, el mayor, para ser exactos —concretó.

¿Mayor? Le miré de arriba abajo y por un instante creí que me estaban gastando una broma, pero entonces me percaté de la tranquilidad de su rostro, y es que estaban hablando totalmente en serio. ¡No podía ser! Aitor parecía haber salido de un anuncio al más puro estilo André Hamann, con aquel rostro angelical, ojos oscuros y cuerpo lleno de tatuajes que serían capaces de hacer desfallecer a cualquiera.

—Vaya... —murmuré—. Pues no os parecéis ni en el blanco de los ojos.

David dejó ir una sonora carcajada que me encandiló, al mismo tiempo que asentía. Aitor se me antojaba más juvenil, sencillo, sin reglas ni complicaciones, desestresado; mientras que David parecía más cuadriculado, aunque también tenía su parte divertida y muy sexy, pero desde fuera daba la sensación de ser mucho más recto.

—Nos lo suelen decir bastante —comentó David.

—Pues no sé por qué, ¡si somos iguales! —añadió Aitor, riendo.

Al final, llegamos al restaurante donde habían reservado mesa, aunque por alguna razón creí que comeríamos en casa de Miguel. Cuando el camarero salió a la terraza para hacernos entrar, David se adelantó, dejándome sola, momento que aprovechó Cristina para agarrarme del brazo y tirar de mí.

—Oye, Liah —dijo con altivez—, era Liah, ¿verdad? —inquirió.

Cerré los ojos, conteniéndome. No tenía un nombre tan complicado como para que se le hubiese olvidado en menos de diez minutos que llevábamos caminando.

—Así es —contesté, intentando ser lo más cordial posible.

—Ajá —añadió—, ¿qué te traes con David? —preguntó, metiéndose donde no la llamaban.

—¿Cómo? —pregunté perpleja.

No comprendía si es que se estaba haciendo la tonta, o simplemente no les había informado de que nuestra relación era un hecho y estaba más que afianzada.

—Somos pareja desde hace ya unos meses —apuntillé.

Su gesto cambió por completo, y fue entonces cuando entendí que a Cristina le gustaba David más de lo que le gustaría aparentar. Podía ver los celos en su mirada, cómo la sangre le hervía y la rabia le corroía lentamente.

—Ya decía yo... —murmuró—. No suele traer a muchas chicas, y mucho menos mirarnos como te mira a ti —me explicó—. Me alegro mucho de que haya encontrado una chica tan... —Hizo una pausa—. Mona.

Sonrió de la manera más fugaz y falsa que había visto jamás. Sin darme opción a replica, entró en el restaurante, dejándome sola. Cogí aire. Entonces, me percaté de que José pasaba por mi lado, quien se giró para mirarme de pies a cabeza en varias ocasiones, escaneándome.

La sangre empezó a hervirme. Aquello me cabreaba sobremanera, tanto, que si no hubiese sido un amigo de David le habría cruzado la cara de un manotazo por cerdo.

—¿Qué coño miras? —inquirí de mala gana.

Odiaba que me mirasen así, como si no fuese más que un trozo de carne con patas. Un ser hecho para el disfrute de otros. No quería ni imaginar lo que haría aquel maldito baboso nada más llegar a su casa. Suspiré, pasé por su lado y le di un golpe en el hombro.

—Das asco —agregué cabreada.

—Deberías lavarte la boca, guapita. —Me cogió con fuerza del brazo.

Me zafé de su agarre, fulminándole con la mirada. Apreté la mandíbula, callándome todas las posibles respuestas que se me ocurrían, y maldije para mí misma a aquel desgraciado. No habíamos empezado con buen pie, y lo más seguro es que jamás entablaríamos una conversación más allá de unir cuatro monosílabos.

No quería liarla allí en medio, delante de todos, y mucho menos quería joder la comida que con tanto cariño había preparado David para presentarme a su grupo de amigos de la infancia. Pero en cuanto llegásemos a casa, se lo explicaría todo.

—¿Qué haces que no estás dentro? —Escuché como alguien decía a mi espalda.

Giré sobre mis talones y me encontré con Aitor. Era terriblemente atractivo, casi tanto como su hermano. Apenas se parecían. Mientras que David tenía los ojos más azules que había visto

jamás, Aitor los tenía tan marrones como el café. Pero no negaría que ambos parecían haber sido cincelados en mármol blanco por los mismísimos dioses.

—Cristina me ha entretenido —expliqué brevemente—, bueno, y José.

—¿Ya estaba haciendo de las suyas? —Quiso saber.

Asentí un par de veces, y por el comentario de Aitor, intuí que no era la primera vez que actuaba de aquella forma. Tampoco me extrañó.

—Vaya... —dijo en voz baja—. David no debería de haberte dejado sola —añadió con dulzura.

—Bueno...

Durante unos segundos permanecemos en silencio. Podía notar cómo cada vez se iba haciendo más y más incómodo. No sabía qué más decir, y es que Aitor era capaz de conseguir que cualquier idea se esfumase de mi cerebro como por arte de magia. Aquella mirada penetrante, su sonrisa perenne y el mimo con el que hablaba me mantenían en un estado que ni siquiera reconocía.

—Me alegra ver que ha encontrado a alguien como tú, Liah.

Mi nombre en su boca sonó tan bonito que consiguió erizar cada vello de mi cuerpo sin que pudiese hacer nada por remediarlo. El corazón empezó a latirme con fuerza cuando agarró una de mis manos y la acarició con ternura.

Estaba confusa, demasiado. Quería muchísimo a David, estaba enamorada de él, pero cada vez que estaba cerca de Aitor, conseguía que me cuestionase todo. No sabía qué era lo que había en él, tal vez su sola energía bastase para deshacerse de cualquier pensamiento racional que cruzase mi mente, pero no conseguía deshacerme de aquella sensación que llevaba persiguiéndome desde que le conocí.

—¿Por qué le has mentado? —conseguí preguntar.

Aitor se acercó más a mí, aún sujetándome por la mano. Estaba tan cerca que podía oler su perfume, extasiándome y consiguiendo que aún estuviese más perdida. Así me sentía, como en una barca en medio del océano, pudiendo hacer cualquier cosa, pero sin un rumbo que seguir.

—¿Y tú? —inquirió al mismo tiempo que alzaba una ceja.

Capítulo 27

Una arpía y un salvador tatuado

La comida transcurrió con normalidad, todo estaba delicioso y David no podía estar más contento. No había dejado de sonreír durante todo el rato, charlando con unos y otros, orgulloso de tenerme allí. Por un momento pude olvidarme de que Aitor existía, ese en el que David me agarró de la mano y la besó con la mayor ternura que hubiese visto jamás.

—¿Lo estás pasando bien, mi amor? —Quiso saber.

—Mucho —aseguré—, son todos maravillosos —mentí.

Lo hice porque no quería tener que contarle allí mismo el percance con José, ni las malas formas de Cristina. Verle feliz conseguía encogerme el corazón para que latiese aún más fuerte, por lo que no sería yo la causante de que su dicha se esfumase.

—No sabes cuánto me alegro —juró con una enorme mueca de alegría—, de verdad.

Una de sus manos se alzó y se posó sobre mi mejilla, acariciándola para, acto seguido, unirnos en un dulce beso.

—Te quiero —susurré para que solo él me escuchase.

—Y yo a ti —respondió sin apartarse de mí—, más de lo que podrías imaginar.

Sonreí como la boba que era, y es que, a pesar de lo ocurrido con Aitor, no podía estar más enamorada de David. Era el hombre perfecto, dulce, sensual, arriesgado, amable y no solo eso, además era un maldito dios en la cama.

—Ahora vengo —me dijo con dulzura.

Asentí un par de veces, y cuando se marchó, las preguntas de Isaac y José empezaron a llegar, bombardeándome como si de un objetivo de guerra se tratara. Cogí una bocanada de aire, armándome de paciencia.

—¿Cómo es que una mujer como tú está con un hombre como David? —inquirió el primero.

—Eso —apuntilló el baboso—, ¿qué le ves?

—¿Es bueno en la cama? —añadió.

—¿Esto va en serio? —esta vez fue José, quien consiguió hilar dos *unga unga*, como el orangután que era, para formar una frase.

—No creo que eso sea de vuestra incumbencia.

—Oh, claro que sí —respondió Isaac, ofendido.

—Todo lo que concierne a alguien del grupo es nuestra incumbencia —apuntilló José—. ¿Qué es lo que ves en él?

Puse los ojos en blanco, ¿qué le veía? Negué con la cabeza, me negaba a tener que responder a una pregunta como aquella, ya que acabaría dejándoles la autoestima por los suelos. No querrían demasiado a David, si se atrevían a hacerla.

—Eh, chicos, ya está bien —les interrumpió Miguel—. Dejad a Liah en paz, y abortad este tercer grado.

Se lo agradecí con la mirada, por lo que este dibujó una mueca en sus labios. Se sentía culpable de haber dejado que aquellos dos zánganos se sentasen cerca de nosotros, a sabiendas de lo que ocurriría.

—¿Vas a quedarte? —me preguntaba Aitor a mi espalda.

Cuando quise girarme, me encontré con su hermoso rostro apareciendo sobre mi hombro derecho, por lo que no pude evitar quedarme fascinada ante aquella aparición.

—¿A qu... quedarme? —balbuceé, nerviosa.

Una de sus manos se apoyó en la mía, haciendo que todo mi cuerpo se revolucionara y mi mirada se fijase en esta, intentando no centrarme en la suya.

—Sí, quédate —me pidió—. Iremos a tomar algo en un rato —me informó—, a Cristina le apetece ir a un club que solemos frecuentar, y lo más seguro es que acabemos cenando algo juntos —me explicó, tomando el lugar de David y acercándose de forma peligrosa—. Quédate.

Estaba segura de que él también era capaz de sentir las chispas que saltaban cuando estábamos cerca, cómo nuestros cuerpos se reclamaban, o al menos eso quería pensar. Aunque, por otra parte, agradecería que tan solo fuese una maldita ilusión que jamás de los jamases llegaría a ocurrir.

—Bueno... Yo... —empecé a decir, hasta que vi como David salía del baño, y tras este lo hacía Cristina.

Parpadeé perpleja, ¿cómo? Apreté la mandíbula e intenté que mi cabeza no elucubrara una idea que no era cierta. Cristina no dejaba de reír como una auténtica tonta, toqueteando el brazo de David, quien tan solo intentaba ser cordial con ella.

—¿Va todo bien? —preguntó Aitor.

—*Ehm...* —murmuré.

Desvió la vista, encontrándose con lo mismo que estaba viendo yo, e hizo una mueca para, segundos después, reírse. No sabía qué mosca me había picado, pero un enorme nudo se creó en mi garganta, haciendo que apenas pudiese respirar. A Cristina le fascinaba David, eso estaba claro, pero a él no le importaba ver como ella iba pavoneándose de un lado a otro.

—No se lo tengas en cuenta —me pidió Aitor.

—Lo intentaré. —Suspiré.

—Entonces, ¿te quedas?

—No depende de mí —me excusé, intentando zanjar el tema para alejarme al máximo de él.

—Bueno, si David no quiere quedarse, y tú sí, puedo acercarte yo a casa.

Tragué saliva y le rogué al universo que quitase a Aitor de mi camino. No podía soportar aquella arrebatadora mirada, esa ternura con la que me hablaba y esa enorme sonrisa que había conseguido quitarme el sueño.

—Eh, David —llamó a su hermano.

Se acercó de inmediato, con Cristina aún pisándole los talones, quien no dejaba de perseguirle como un perrito faldero, cosa que no acababa de comprender.

—Dime —respondió él, al mismo tiempo que colocaba sus manos sobre mis hombros desnudos.

—Estaba hablando con Liah, y bueno... No sabe muy bien qué vais a hacer —le informó, tergiversando la conversación—, ¿os quedaréis después de los cafés?

—¡Claro que sí! —exclamó Cristina—, ¿no, David?

La fulminé con la mirada, haciendo que diese un paso atrás y se callase la boca. Nadie le había dado vela en aquel entierro, y mucho menos después de cómo me había tratado cuando estábamos solas.

—Si a Liah le apetece, ningún problema —aseguró.

—Bueno, deja que lo piense —respondí al mismo tiempo que sentí como David depositaba un dulce beso sobre mi mejilla. Sonreí y me puse en pie—. Si me disculpáis...

Entré en el baño, y nada más hacerlo, escuché como alguien venía y permanecía en la zona del lavamanos. Cogí aire y me armé de paciencia, estaba segura de que era la arpía de Cristina quien estaba al otro lado.

Al salir no vi a nadie, cosa que me extrañó ya que había escuchado a la perfección como

entraba alguien detrás de mí. Dejé sobre el mármol del lavamanos mi bolso y aproveché para refrescarme un poco y limpiarme las manos. Fue entonces cuando el pestillo giró, y del segundo baño salió Cristina. Me agarró con fuerza del brazo, haciendo que me voltease hacia ella.

—Mira, Liah —dijo de malas maneras—, este no es tu sitio, esos de ahí fuera no son tus amigos, ni David es tu tipo —añadió—. No pegáis ni con cola, él merece a alguien mucho mejor que una simplona como tú.

—¿Alguien como tú? —inquirí, descubriéndola.

—Será mejor que dejes de meter las narices donde no te llaman, guapita —me advirtió—, o habrá consecuencias.

—¿Me estás amenazando? —pregunté cabreada—. Porque a mí no me amenaza ni Dios —añadí.

—No, cielo, solo te estoy aconsejando.

Se toqueteó el pelo y me miró con un desprecio con el que nunca me habían mirado antes, ni siquiera el malnacido de Coen. De lo que estaba muy segura era de que no iba a permitir que aquella imbécil se metiese en mi relación con David.

—Pues mira, guapa, ahora voy a ser yo la que te aconseje —dije, acercándome a ella—: No sabes de lo que soy capaz, tengo muy mala hostia cuando me tocan los ovarios —proseguí—, puede que a otras las hayas amedrentado, y como tontas hayan callado y agachado la cabeza, pero hoy te has topado con quien no debías.

—Yo...

—Tú te callas —la interrumpí—. David es mi novio, y me quiere como no ha querido a nadie nunca y como jamás te querrá a ti —añadí con inquina—, y más te vale dejar de ir rondando como una mosca cojonera, revoloteando a su alrededor, porque entonces sí que habrá consecuencias —le advertí con toda la rabia que había contenido desde nuestro encontronazo en la calle—, y no quieras saber cuáles son, porque acabarás muy mal, querida.

Capítulo 28

clandestino

Llegamos al bar pasadas las siete de la tarde. Habíamos tardado más de lo que me esperaba, aunque lo cierto era que me había venido bien para despejarme, dejando de pensar en Aitor, quien se había marchado en moto, y sobre todo de Cristina. Solo de pensar en ella me ponía de mala leche.

—¿Estás bien? —preguntó David, al mismo tiempo que agarraba mi mano con cariño.

Asentí un par de veces y no le di mayor importancia a su pregunta, pero él sí lo hizo por lo que no dudó en seguir indagando.

—Te noto pensativa y seria.

—Es solo que no estoy segura de que este sea mi lugar —me sinceré.

—¿Te han hecho sentir mal? —Quiso saber, preocupado.

—No... —murmuré, a lo que él respondió con una mirada seria—. Bueno, Cristina ha intentado que me aleje de ti —resumí—, no sabes lo enamorada que está de ti.

—Claro que lo sé —comentó con pesar—, pero no puedo hacer nada...

—¡Sí que puedes! —exclamé—. Estoy segura que a todas tus ex las ha espantado ella.

—Bueno, algo malo también tendré que tener —respondió con guasa.

Le di un manotazo en el pecho, no quería pensar en algo que no fuese que David era casi perfecto en todos sus aspectos, y es que a mí siempre me había demostrado serlo.

—No te preocupes más por Cristina, y si te vuelve a decir algo, avísame —me pidió.

—Puedo pararle los pies solita. —Me hice la ofendida.

Antes de responderme, tiró de mi mano, haciendo que me detuviera, y con un rápido movimiento pegó su cuerpo al mío.

—Ya sé que eres toda una guerrera, mi amor —susurró contra mi boca—, pero no quiero que la dejes calva.

—Calva sería poco... —murmuré.

—No merece tu atención, leona. —Me besó.

Sonreí contra sus labios. Solo él era capaz de hacer que mi humor cambiase con tan solo dos frases. Le quería como nunca, y sentirle siempre tan cerca conseguía que mi corazón anduviese todo el día contento e incluso desbocado.

Nada más entrar en el bar musical, pude sentir un fuerte olor a cerveza añeja, mezclado con humedad y un ambientador a canela que no pegaba nada. Tenía un salón con dos alturas, en la parte baja había una pista con algunas mesas altas, y en la lejanía un billar que daba al fondo. Mientras que en la parte superior estaba todo lleno de mesas para comer. Las paredes estaban decoradas con ambientación americana.

David me tomó de la cintura y depositó un casto beso sobre mis labios, que me supo a gloria, pero aún más cuando vi cómo al fondo del local estaba Cristina, mirándonos con un odio acérrimo. Una fuerte carcajada se me escapó, y no pude evitar echarme a reír, sin poder controlarme. Mi chico me miró divertido, a sabiendas de lo que estaba haciendo, y aunque no era algo a propósito, me sentó de lujo ver la cara de pocos amigos que tenía.

La risa no cesaba, estaba en pleno ataque, por lo que, tras disculparme, busqué el baño. Pasé junto a Aitor, quien me miró perplejo, sin entender nada, igual que el resto. Entré al lavabo corriendo, cerré uno de estos con pestillo y me senté en el váter, intentando coger aire para calmar el ataque. Era una mete patas de manual, pero lo cierto es que no me importó demasiado, Cristina estaba que rabiaba y David no me dejaba decirle cuatro cosas, así que aquella era la forma ideal para molestarla. Salí del baño y me miré en el espejo, lavándome las manos.

—¿Liah? —Escuché a mi espalda una varonil voz.

—¿Aitor? —pregunté confusa, y cuando alcé la vista me encontré con la suya, consiguiendo que todo mi ser se revolucionase—. ¿Qué demonios haces aquí?

Giré sobre mis talones, encontrándomelo de bruces, con aquel gesto tan especial que provocaba que el vello de todo mi cuerpo se erizase. Posó sus manos a ambos lados de mi cintura, y no pude evitar bajar mi mirada hacia ellas.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Yo... —susurré.

Se acercó a mí, con sus ojos fijos en los míos. Esos dos pozos oscuros que tenía eran capaces de arrastrarme al más profundo vacío en el que él tenía el control de todo. Me absorbía, dejándome absorta, sin poder pensar con claridad.

—Eres... —dijo en voz baja, al mismo tiempo que alzaba una de las manos hacia mi rostro y lo acariciaba.

—Aitor...

—Joder —gruñó entre dientes.

Apretó la mandíbula, haciendo que se marcara, dándole un aspecto aún más varonil. Permanecí quieta, sin que las palabras me salieran por mucho que lo intentase. Mi sexo ardió, no lo negaría, mis bragas estaban a punto de salir corriendo hasta volver a casa y guardarse solas. No era inmune a un dios como el que tenía delante. Podía verle, sentirle tan cerca que incluso podía notar su respiración chocando con la mía. Me mordí el labio inferior, reprimiendo cualquier instinto, recordándome a mí misma que fuera estaba David, su hermano y el que creía amor de mi vida.

—Por favor —alcancé a decir en voz baja.

—¿Qué, Liah? —preguntó ronco, sin apartarse un ápice de mí.

—Márchate —le supliqué.

Se acercó peligrosamente a mi boca, tanto que cerré los ojos, y no supe si desear que me besase o que se largase de allí, dejándome tan confusa como caliente.

—Nos vemos fuera —zanjó.

Giré sobre mis talones, y no abrí los ojos hasta que no escuché como la puerta se cerraba a mi espalda. Entonces, volví a respirar tranquila.

—Mierda... —me dije a mí misma, mirándome al espejo.

No quería ni pensar en la noche que me esperaba. Solo de recordar en lo que había estado a punto de ocurrir, me moría por volver a casa. Aitor no era el cuñado que deseaba, al menos no de la forma que debería.

Fijé la mirada de nuevo en la Liah del espejo. Me pasé una mano por el cabello y cogí una bocanada de aire. No podía permitir que algo así pasase de nuevo, debía ponerle los puntos sobre las íes y lo haría antes de que fuese demasiado tarde.

Cuando salí del baño, todos estaban ya sentados en una de las mesas que había al fondo de la sala, por lo que tuve que pasar entre toda la gente para poder llegar hasta ellos. Contuve el aliento cuando sentí la mirada de Aitor fija en mí. Por suerte, David me agarró de la mano y tiró de esta, haciendo que me sentase a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, es solo que no podía dejar de reír y bueno... No quería crear mal ambiente con Cristina.

—El problema lo tiene ella, amor —aseguró.

—Ya, pero no es justo para los demás —argumenté—. Estoy segura de que cuando se le cruza el cable es capaz de arruinarle la fiesta a todo el mundo con tal de ser el centro de atención.

David hizo una mueca, sin negarme lo que acababa de decir, y es que conocía bien al tipo de gente que era como Cristina. Durante mucho tiempo, tuve una amiga así, siempre tenían que estar pendiente de ella o acababa liándola hasta serlo.

Cristina me observaba con rabia, por lo que no pude evitar sonreírle, devolviéndole su maldad en forma de una bonita mueca. Alzó una ceja. Si pensaba que podía amedrentarme, lo llevaba claro.

—¿Habéis pedido? —le pregunté a David, cambiando de tema.

—Sí, pero si quieres, te acompaño a la barra a ver qué te apetece.

—Sería genial —aseguré al mismo tiempo que me acercaba a él para darle un dulce beso en los labios.

Tomé una de sus manos entre las mías y tiré de él, encaminándonos hacia la barra, sin dejar de contonearme al ritmo de la música. David posó sus grandes manos a ambos lados de mi cintura, pegándose a él, haciendo que mi trasero no dejase de rozarse con su abultado miembro. Me giré para mirarle de soslayo, encontrándome con una sonrisa ladina que consiguió que mi sexo ardiese.

—Creo que no tardaremos en irnos a casa —comenté.

—¿Tú crees?

—Hay algo que requiere mi atención de manera inmediata.

Al llegar a la barra, vi como el amigo de David, Martín, se acercaba a la zona donde estábamos para tomar nota.

—¿Qué quiere tomar, señorita?

—Creo que un ron cola —murmuré—, ¿qué opinas?

—Que sean dos —respondió David.

El chico asintió al mismo tiempo que noté como mi novio besaba con mimo mi hombro desnudo, sin apartar su cuerpo lo más mínimo del mío. Di media vuelta, quedando de frente a él, y le besé con esa ansia que siempre nos consumía.

—No me cansaré de darte las gracias —susurró contra mi boca.

—No me las des, he venido encantada —aseguré—, salvo por Cristina.

—David —nos interrumpió el chico—, a esta invita la casa.

—Muchísimas gracias. —Sonreí al chico, quien me miraba con cariño.

—Los amigos de David siempre son nuestros amigos —comentó.

—Bueno, ella es más que una amiga —se excusó David—, es mi novia.

Aquella simple palabra conseguía alegrarme el alma: novia.

—¿Tu novia? ¡Si es un *pibonazo*! —exclamó—. Es broma, mereces a alguien así, además, estoy seguro de que es un primor.

—¡Ni te lo imaginas!

—Cuando queráis comer, avisadme, ¿vale? —cambió de tema.

—Genial —respondí. Tras eso, cogí mi vaso.

Le di un largo sorbo, calmando mi sed, y acto seguido estampé mis labios en los de David, quien me devolvió cada uno de los besos con una lujuria capaz de incendiar incluso el mismísimo Polo Norte.

Capítulo 29

Un beso en la oscuridad

Unas cuantas copas después, una hamburguesa y algunos aperitivos, ya me daba todo igual: Aitor con sus miradas, Cristina con su mala baba o los comentarios lascivos de José. Solo quería disfrutar, pasar una buena noche con amigos y volverme a casa con David para hacerle el amor hasta olvidarme del día de hoy.

En un arrebato, tiré de la mano de David, llevándolo a la zona donde todo el mundo estaba bailando, ya que pasada medianoche apartaban las mesas altas para dejar una zona enorme para bailar. Este se pegó a mi cuerpo y no pude evitar contonearme a su alrededor, rodeándole como una gata, acariciando todo su cuerpo. Sus amigos se unieron a nosotros, incluido Isaac con su novia, quien acababa de llegar.

Mis labios buscaron los de David, ansiosos, y es que cuando bebía, todo mi cuerpo se revolucionaba, y tener a mi chico cerca no ponía las cosas fáciles. Cuando desvié la mirada me encontré con la de Aitor, quien no dejaba de bailar con Cristina, riéndole las gracias. Cogí aire, no comprendía su comportamiento, aunque tampoco pondría más empeño en hacerlo, al menos ese día.

—No sabes las ganas que tengo de ti, mi amor —gruñó David contra mi oído.

Devoré su boca mientras una de sus manos descendía por mi columna vertebral hasta llegar a mi trasero, el cual agarró con firmeza.

—Necesito follarte —admitió rudo—, podría hacerlo incluso en el baño y me daría absolutamente igual saber que están todos fuera, esperándonos.

—Hazlo —le reté.

—No me tientes, leona —me pidió, aunque pude ver cómo sus ojos brillaban a causa de la más pura de las lujurias.

Le mordí el labio inferior, haciendo que un quejido se le escapase. Le deseaba casi tanto como él a mí y no negaría que me moría de ganas de gemir entre sus brazos, sintiéndole por todo mi cuerpo.

—Te necesito —susurré.

—Liah. —Escuché como me llamaba José desde la mesa, al mismo tiempo que alzaba mi

teléfono.

—No te me escapes —le pedí.

—Jamás —susurró contra mi oído.

Fui a por el teléfono y le agradecí al pesado de José que me hubiese avisado. Pasé entre toda la gente que había en el local, y cuando estaba a punto de llegar a la salida, la llamada se cortó. Era Alex, cosa que me extrañó ya que habíamos hablado aquella misma mañana.

—Buenas noches, belleza —la saludé nada más descolgar la llamada.

—¿Estás bien? —preguntó—. Te estaba llamando.

—Lo sé. —Reí, era obvio que me había llamado, si no, no estaríamos hablando—. Tomar algo —me apresuré a responder al darme cuenta como mi cabeza empezaba a dar vueltas, indicándome que el alcohol ya estaba haciendo efecto en mí—, ¿quierres algo?

—¿Has bebido?

Maldije para mis adentros, y es que ese don de hermana y la última pregunta me acababan de delatar. Además, Alex y yo habíamos salido tanto juntas que sabría incluso reconocerlo sin tener que tenerme en frente.

—Bueno... —murmuré al mismo tiempo que me pasaba una mano por el rostro, intentando formular una frase lo más coherente posible—. Estoy co-con David y unos amigos —le informé a pesar de que ya lo sabía—, hemos comido algo y ahora estamos tomando algo, ¿cómo no voy a beber?

—Vale, entiendo que bebas, pero no te pases, ¿vale?

—Uf... Qué pereza das, hermana —comenté—, desde que empezaste a salir con Ric te has convertido en un muermo —añadí—, ¡tú antes molabas!

—Liah, no empieces con el mismo tema de siempre —me pidió.

Me apoyé en la pared lateral del local, sintiendo como ni siquiera mis piernas conseguían mantenerse en pie con la firmeza suficiente como para no caer de bruces. Puse los ojos en blanco, aquella excusita de que todas cambiábamos me la había puesto tantas veces que ni siquiera era capaz de recordar cuántas habían sido.

De reojo vi como de la entrada del bar aparecía un rostro familiar, Aitor acababa de salir. Mi corazón se aceleró sobremanera, consiguiendo que todo mi ser se revolucionase ante su sola presencia. La boca se me secó, sin permitirme siquiera tragar.

—Aitor... —musité.

—¿Quién es Aitor? —me preguntó Alex al otro lado, pero ni siquiera la escuché con claridad, ya que mi atención estaba fija en él.

—Eh... —murmuré—, luego hablamos, Alex —me apresuré a excusarme.

—*Pioja*, me estás asust...

Antes de que pudiese decir nada más, colgué. Llegaba el segundo asalto, o al menos eso me gritaba mi intuición. No negaría que Aitor era capaz hasta de revolucionarme los *chackras* con una sola mirada. Suspiré, era un maldito dios encarnado en un cuerpo de hombre, uno que estaba más bueno que el pan.

Cogí aire, sin dejar de observar cada uno de sus gestos. Había bebido, me atrevería a decir que incluso más que yo, o al menos eso advertí por cómo se movía, sin preocupación alguna. No apartó los ojos de los míos en ningún momento, aunque yo tampoco lo intenté. Podía sentir una profunda conexión, era como si dos imanes se atrajesen de una forma sobrenatural. Sin mediar palabra alguna, tomó una de mis manos y tiró de mí, haciendo que nos adentrásemos en el callejón contiguo al restaurante, desapareciendo de la vista de la gente.

Sus manos volaron hacia mi cintura, consiguiendo que mi espalda quedase pegada por completo a la fría pared que había tras de mí. El corazón se me aceleró de tal forma que parecía un animal desbocado apresado en una jaula. Una de sus manos se colocó en la pared que había a mi espalda, consiguiendo que su rostro quedase peligrosamente cerca del mío.

—¿Por qué, Liah? —preguntó con seriedad.

—Yo...

Su cuerpo se pegó al mío. Sentía la química entre ambos, como las chispas saltaban de un lado a otro. La tensión podía palparse en el ambiente, y aunque mi cerebro y mi corazón se negasen a ello, Aitor conseguía volverme loca. Mi respiración se cortó en el preciso instante en el que sus labios rozaron la piel de mis mejillas, cuando inspiró, llevándose mi perfume consigo y dejó ir un gruñido que encendió mi sexo.

—¿Por qué demonios tienes que gustarme tanto? —susurró contra mi oído.

Me mordí el labio inferior, hipnotizada por la ronquez de su voz. Estaba tan perdida en él, que no era capaz de encontrar la poca cordura que me hiciera apartarlo de mí.

—Aitor... —susurré—, has bebido demasiado y...

—¡Claro que he bebido! —bramó—. Me encantas demasiado, y saber que eres de mi hermano está volviéndome loco.

Mis piernas temblaron cuando sus labios y los míos se unieron en un húmedo beso que

consiguió encenderme por completo. Cogí una bocanada de aire y la dejé ir a modo de suspiro. Mi cabeza me rogó que no siguiera, que le parase los pies, que lo hiciese por David, pero mi sexo ardió en deseos de saber más de aquel desconocido que tenía frente a mí.

Escapé de su agarre, quería volver dentro, dejar de pensar en él de la forma en la que lo hacía, olvidarme de que era mi cuñado y de lo que acababa de hacer. David no merecía algo así y mucho menos por parte de su hermano. Me negaba a ser yo quien rompiese su corazón de nuevo.

Antes de que pudiese girar hacia la calle principal, sentí como me tomaba de la mano, tirando de mí, y volvió a besarme, sujetándome contra su pecho. Durante unos segundos sentí como el mundo se detenía, sintiendo solo lo que Aitor podía crear en mí.

—Aitor, por favor —rogué al mismo tiempo que alzaba las manos, colocándolas sobre su pecho.

Capítulo 30

Una noche de lo más confusa

—Estáis aquí. —Escuché como decía David a mi espalda.

Se acercó a mí y me abrazó con fuerza, para segundos después besarme en la frente. Podía sentir cómo su corazón latía frenético, cómo el repiqueteo no dejaba de resonar contra el mío.

—Había salido a hablar con Alex y... —me justifiqué.

Las manos me temblaban, odiaba mentir y mucho más si era a él a quién mentía. No supe por qué lo hice, debería contarle la verdad, cómo su hermano me había asaltado en el callejón para besarme.

—Suerte que estabas con ella —comentó al mismo tiempo que miraba a su hermano, asustado—. Al no veros pensé que había ocurrido algo grave —admitió con pesar—, estaba aterrorizado.

—No hay nada de lo que tengas que preocuparte —comentó Aitor.

«¡De ti!», pensé. Tenía al enemigo en casa y no se estaba dando ni cuenta.

—Además, necesitaba tomar un poco de aire.

—Nunca dejaría que le ocurriese nada —juró el hermano tatuado.

—Lo sé, hermano.

Se abrazó a él, y sentí como mi interior se derrumbaba mientras la pena lo asolaba todo. En aquel instante era la peor persona sobre la faz de la Tierra. Estaba enamorada de él, le quería y deseaba un futuro a su lado, pero por otra parte había permitido que Aitor me besase sin consecuencias. Me abracé a él, autocompadeciéndome con mi propia miseria y con la culpa reconcomiéndome.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado.

—Sí... Solo estoy cansada —me excusé.

—¿Quieres que nos marchemos a casa?

—Me gustaría irme a mi casa —admití entristecida.

—Claro, no hay problema —comentó—, iremos a tu casa.

—No, David —intenté ser lo más delicada posible—, quiero estar un rato sola, necesito descansar y bueno... Mi limitador de sociabilidad ha terminado por hoy —me excusé.

Hizo una mueca de pena, supe que aquella decisión no le agradaba, pero la aceptó sin rechistar.

—Iré dentro a por las cosas y me despediré de los demás por ti. —Sonrió como pudo.

Agradecí que me ahorrara el mal trago de tener que enfrentarme a una despedida individual de todos y cada uno de sus amigos, a sabiendas de que dos de ellos no me agradaban sobremanera.

—Aitor —llamé a mi cuñado cuando vi cómo se encaminaba hacia el interior—, ¿puedes quedarte conmigo hasta que vuelva?

—Claro, no hay problema.

David asintió un par de veces. Las manos empezaron a sudarme cuando mi chico entró de nuevo en el local. Giré sobre mis talones y encaré a Aitor, quien no dejaba de observarme con esa picardía tan suya.

—Olvida lo ocurrido en el callejón —le advertí—, si no quieres perder a tu hermano.

—Dios, creo que me pones aún más así de cabreada —susurró contra mi oído.

Apreté las manos en puños, armándome de valor. Por muy cachonda que me pusiese Aitor, el hecho de que no me tomase en serio conseguía enervarme hasta el punto en el que empezaba a cogerle cierta inquina.

—Te estoy hablando en serio. Vuelve a besarme y le contaré toda la verdad a David.

Aitor hizo una mueca, puso carita de cachorrito triste y asintió un par de veces.

Cuando David volvió, su semblante era tan serio que consiguió que algo en mí se rompiera. No sabía si era por mí, porque alguien se hubiese chivado o simplemente porque no quería marcharse solo a casa. Suspiré, amaba a David y no permitiría que Aitor se interpusiera en nuestros planes, o al menos eso intentaría.

Al llegar a casa me desabroché los zapatos de tacón y me los quité en la entrada para no despertar a Carlota, quien ya debía de estar durmiendo desde hacía horas. Avancé despacio hasta llegar a mi habitación, donde me deshice de la ropa y me puse el pijama, ¡por fin algo de comodidad!

Mi estómago rugió con tanta fuerza que por un momento creí que despertaría a Carlota, por lo que me dirigí hacia la cocina y cogí un poco de embutido y una tostadita de pan. Estaba tan

hambrienta que no tenía paciencia como para poder preparar algo más elaborado que aquello. Apoyé los brazos sobre la encimera, iba a caerme de sueño de un momento a otro. Si no hubiese tenido hambre, me habría dormido allí encima

Cerré los ojos y fue entonces cuando sentí unas manos posándose sobre mi cintura, cómo lentamente iban depositándose un reguero de besos desde mi espalda hasta los hombros y el cuello. Deseé que fuese Aitor, ese fue mi primer pensamiento, pero entonces, recordé que ninguno de los hermanos estaba allí conmigo, por lo que dejé ir un profundo chillido que retumbó en el salón y la cocina.

—¡Joder! —exclamé sin ver nada.

Cogí una espátula de madera y empecé a golpear al energúmeno que había estado besándome, sin darle opción a hacer o decir nada. Pequeños quejidos se escapaban de él, hasta que unos segundos después, apareció Carlota, encendiendo todas las luces y armada con un enorme bote de laca, además de gritando como una auténtica loca.

—Pero ¿qué coj...? —chilló al verme golpear a Carlos.

¡Carlos! Ni siquiera sabía que iba a estar en casa, y mucho menos esperaba que fuese a sobetearme en la cocina como si nada.

—¿Qué demonios hacías? —pregunté confusa.

—Joder, Liah —se quejó.

—¿¡Estás mal de la cabeza o qué!? —inquirí, apuntándole con la espátula—. ¿Qué hacías besándome?

—Joder, pensaba que eras Carlota —se excusó—. No te he escuchado entrar y Carlota no estaba en la cama.

Mi amiga dejó ir una sonora carcajada al mismo tiempo que negaba una y otra vez.

—¡Estaba en el baño, zopenco!

—¡Y yo qué sé!

—La próxima vez, te corto los huevos —le amenacé.

—¡Seguro que no ha sido para tanto! —exclamó Carlota sin dejar de reír.

No sabía dónde demonios le veía la gracia, porque lo cierto era que yo no la encontraba por ninguna parte.

Terminé de prepararme algo para comer antes de ir a dormir, y me dejé caer en la cama con las piernas entrecruzadas. No sabía cómo demonios procesar lo que acababa de ocurrir. Darme

cuenta de que había deseado que fuese Aitor y no David me estaba matando. Debía contarle la verdad, ¿o tal vez me tacharía de loca por intentar hacerle entrar en razón? No quería perderle, y mucho menos alejarlo de mí. Ponerme en contra de su hermano era tener una papeleta ganadora, pero ¿qué debía hacer? ¿Obviar lo ocurrido en el callejón?

Unas terribles ganas de llorar me asolaron. No quería herirle, pero todo aquello empezaba a sobrepasarme, y no estaba dispuesta a que me costase mi salud mental.

Capítulo 31

Perdida

Sin pensarlo dos veces, me puse en pie y fui hacia la habitación de Carlota. No iba a poder dormir pensando en aquello, necesitaba confesárselo a mi amiga, ver qué opinaba del tema y que me aconsejase sobre cómo gestionar la situación.

—Tía, necesito hablar contigo —le dije a Carlota, asomándome por el marco de su puerta.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó.

Asentí un par de veces y le insistí con la mirada. Era de vida o muerte. Entonces, caí en la cuenta de que eran las tres de la madrugada.

—Porfi —respondí.

—Está bien —accedió—, ahora vengo.

—No creo que esté despierto —admitió Carlos.

Mi amiga negó con la cabeza, aunque tampoco podía culparle por el hecho de quedarse dormido teniendo en cuenta la hora que era. Nos metimos en mi habitación, cerrando la puerta para no molestar al pobre Carlos. Ya había tenido suficiente después del incidente de la cocina.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó preocupada.

—No... —murmuré—. Bueno, sí.

—Cuéntame, va.

Cogí una bocanada de aire. Estaba a punto de sacar mis sentimientos más profundos a flote, esos que no me había atrevido ni siquiera a decir en voz alta hasta aquel preciso instante. Le conté a Carlota todo lo que había pasado, cómo conocí a Aitor en el parque, la sensación que provocó en mí desde el primer instante y nuestro encuentro en el baño.

—Bueno, pero, la cosa ha quedado solo ahí, n...

Antes de que pudiese terminar la frase, empecé a negar con la cabeza. ¡Ojalá hubiese quedado solo en eso! Me estaría ahorrando muchas preocupaciones que ahora me quitaban el sueño.

Continué relatándole nuestro encuentro, cómo me marché a hablar con Alex y apareció él, cada una de sus respuestas, o al menos aquello que era capaz de recordar con la poca claridad que me permitía mi mente.

—¿Se lo vas a contar a David?

—Ese es el problema principal que tengo —admití con pesar.

Me reconcomía el hecho de tener que estar cerca de él sin ser sincera al cien por cien de lo que cruzaba mi mente. Podía esconderle que odiaba el pimiento verde, pero no que su hermano mayor me había besado en repetidas ocasiones en el callejón en el que nos había pillado minutos después.

Pero al mismo tiempo me mataba pensar que pudiese llegar a cabrearse conmigo por el hecho de inculpar a su hermano de algo tan fuerte como era haberme besado. Si hubiese querido, podríamos haber llegado a más, y estaba segura de que Aitor no lo negaría. O tal vez sí. Me estaba convirtiendo en un cúmulo de dudas y miedos. Empezaba a aterrarme darme cuenta de que aquello podría romper nuestra relación.

—Son hermanos, seguro que no es la primera vez —le excusó Carlota.

—¡Carlo! —exclamé.

—Sé que no está bien lo que ha hecho Aitor, pero piensa que tan solo han sido un par de besos —comentó.

—Los suficientes como para que sea catalogado como infidelidad —aseguré, sintiendo como el corazón empezaba a latirme con tanta fuerza que ni siquiera podía respirar con normalidad.

—Cálmate —me pidió mi amiga, tomándome por las manos—, respira conmigo.

Cerré los ojos. Iba a darme un ataque de ansiedad o algo peor. Cogí aire por la boca y lo dejé ir. Estaba sintiéndolo todo con demasiada fuerza, tal vez solo fuese culpa del estado de embriaguez en el que me encontraba, pero estaba aterrada.

—Yo... —empecé a decir.

—Tú nada, relájate —me pidió.

—¿Cómo voy a calmarme, Carlota? —inquirí.

Coen me había dejado tirada después de engañarme con otra mujer con la que mantenía una segunda vida, ¿cómo demonios iba a hacer yo algo así? No era la misma escoria que él, me negaba a herir de aquella forma a David, y mucho menos tras haber pasado por algo similar.

—Tengo que contárselo —lloriqueé.

Las lágrimas empezaron a empapar mis ojos y recorrer mis mejillas sin permiso. Estaba dolida, pero estaba aún más decepcionada. Jamás creí que haría algo así.

—Está bien —murmuró—, hagamos una cosa.

—¿Qué?

—Vamos a ir a dormir y mañana cuando nos levantemos, hablamos de nuevo —propuso—. Piénsalo, y si de verdad crees que lo mejor es contárselo, ahí estaré para apoyarte pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Asentí un par de veces y me sorbí los mocos, perdida en mi propia miseria. Consultaría con la almohada mis planes, aunque dudaba que fuesen a cambiar demasiado de los que ya tenía en aquel momento.

—Venga a dormir, pequeña —me dijo Carlota, al mismo tiempo que se acercaba para depositar un dulce beso en mi mejilla.

—¿Crees que me dejará?

—¡He dicho a dormir! —exclamó—. No es momento de darle más vueltas, Liah —me regañó—, pero estoy segura de que si está tan enamorado de ti como parece, no creo que rompa vuestra relación por culpa del capullo de su hermano.

—Eso espero —dije con pesar.

—Buenas noches, nena —se despidió.

Después de eso, desapareció tras la puerta como si jamás hubiese estado ahí, dejándome sola en la penumbra de mi habitación, únicamente iluminada por la velita falsa que había sobre el escritorio. Intentaría dormir todo lo posible, olvidarme de lo ocurrido, aunque fuese durante unas horas para que así, a la mañana siguiente, todo estuviese más nítido en mi cabeza.

Estaba a punto de meterme en la cama, cuando escuché como un pitido resonaba, captando toda mi atención. Deseé que no fuese David, pero obviamente el universo tenía sus planes, y entre ellos no estaba el permitirme dormir sin resquemores.

David:

Ojalá haber podido dormir abrazado a ti.

No sabes cuánto bien me haces, Liah.

Gracias por hacerme tan feliz y compartir conmigo un día tan especial.

Liah:

Siento haberte dejado solo.

Necesitaba pensar con claridad.

David:

¿Va todo bien?

Aquella pregunta me volvió a romper. ¿Qué debía hacer? Mentirle y decirle que sí, ¿o apresurarme a contarle toda la verdad a pesar de que eso pudiese suponer el fin de nuestra relación?

Liah:

Me he visto un poco abrumada por la situación.

Esa era la excusa fácil, aunque en cierto modo tampoco le estaba mintiendo. No especificaba qué situación me había abrumado ni el porqué de ese sentimiento. Pero si de algo me había servido vivir aquel día era para percatarme de lo mucho que quería a David, y de que realmente quería luchar por nuestra relación a pesar de todo.

Iba a olvidarme de Aitor, de cómo le conocí siendo un absoluto extraño, de las chispas que saltaron entre ambos.

David:

Espero que no haya sido por mis amigos.

Liah:

No te preocupes.

Mañana nos vemos y hablamos, ¿vale?

David:

Descansa, mi amor.

Te quiero.

Liah:

Y yo a ti, más de lo que crees.

Capítulo 32

Un beso inesperado

Lo había decidido, no había vuelta atrás. La noche anterior me había tenido que tomar varias pastillas para dormir, y aun así apenas había conseguido conciliar el sueño más allá de un par o tres de horas. Aunque, por otra parte, me había servido para darle vueltas al coco para así poder pensar en qué demonios hacer con aquella situación.

Tenía un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar con normalidad, por lo que ni siquiera tragar podía. No había comido nada, aunque la ansiedad me lo pedía a voces. Cogí una bocanada de aire y me dirigí hacia la habitación donde tenía el teléfono.

—¿Ya has pensado qué hacer? —decía Carlota a mi espalda.

—Contarle la verdad —respondí con una calma que no parecía mía.

Por dentro me sentía tan exaltada que me era imposible controlar el tic en la pierna que llevaba arrastrando desde la noche anterior. Malditos nervios y maldita conciencia. Si no hubiese estado enamorada de él, todo habría sido tan distinto... Lo de Aitor no habría sido más que una anécdota, pero, sin embargo, todo aquello se me estaba haciendo un mundo.

Liah:

Buenos días.

¿Podemos vernos?

Me gustaría hablar contigo de algo que me ronda.

No había hablado con mi chico en toda la mañana, a pesar de que llevaba muchas horas despierta. Supuse que él también, pero había decidido darme el tiempo que necesitaba para acabar de digerir todas las emociones del día anterior. Esas que él creía buenas, pero que en realidad no eran más que una maldita desgracia.

David:

Claro, ¿va todo bien?

Liah:

Lo irá en cuanto hablemos.

Aquella respuesta sonó tan fría que pude sentir como todo el vello de mi cuerpo se erizaba. No quería parecer distante, pero lo cierto era que no podía fingir estar bien sin estarlo de verdad.

Liah:

No te preocupes.

Sabía que no serviría de nada. David era un hombre pasional y al mismo tiempo muy racional, por lo que le daba vueltas a todo lo que cruzaba su mente. En cierto modo, ambos éramos así, solo que, en aquel entonces, el problema lo tenía yo.

David:

¿De verdad estás bien?

Claro que me preocupo, Liah.

No puedes pretender decirme algo así y que no lo haga.

No quería inquietarle, y mucho menos que pensase que nuestra relación estaba en problemas, aunque realmente así era. Cerré los ojos, sintiendo como mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

Liah:

Estoy bien, es solo que hay algo que me preocupa y necesito hablar contigo.

David:

Está bien.

Esta tarde nos vemos y me cuentas qué te ocurre.

Liah:

Lo siento.

David:

Quedamos en casa de mis padres a las seis.

No respondí, estaba de los jodidos nervios, y solo de pensar en tener que enfrentarme a él y contarle la verdad me mataba por dentro.

—Tranquila, nena, todo irá bien. —Oí como me decía Carlota desde la puerta de la habitación cuando vio cómo me limpiaba las lágrimas.

Se sentó a mi lado y me abracé con fuerza a ella, rompiendo a llorar desconsolada, sintiendo como fuertes hipidos empezaban a salir de mí.

—No quiero hacerle daño —lloriqueé.

—Tú no le harás daño, Liah —aseguró—, quien se lo ha hecho es su propio hermano, que, en vez de preocuparse por él, ha pensado más con la polla que con la cabeza.

—Le quiero, Carlota —susurré—, más de lo que jamás creí que lo haría.

—Pues entonces no hay nada de qué preocuparte, pequeña. —Acaricié mi rostro con mimo, y no pude evitar pensar en David—. Tienes un corazón que no te cabe en el pecho, y él es totalmente consciente de ello.

Hice pucheros, sintiendo como mi corazón seguía resquebrajado. Las tiritas que David había ido colocando con ternura, paciencia y todo el amor del mundo empezaban a despegarse poco a poco a causa de la culpabilidad.

Me tumbé en la cama hecha un ovillo, autocompadeciéndome, avanzándome a cualquier posible escenario. Amaba a David más de lo que lograría expresar jamás, y perderle sería, incluso, más doloroso de lo que fue perderlo todo.

Cuatro horas más tarde.

Iba en el coche cuando mi teléfono empezó a sonar. No le hice caso, deseé que no fuese David para cancelar la cita, que no fuese él para insistir en el propósito de nuestra quedada. Le había avisado de que llegaría en menos de cinco minutos, incluso le había compartido mi ubicación exacta.

Detuve el coche a unas calles del lugar en el que habíamos quedado, ya que frente a su casa no había sitio donde aparcar. Estaba tan nerviosa que podía escuchar el repiqueteo de mi acelerado corazón, rogándome acabar con todo aquello que me corroía paulatinamente. Cogí una bocanada de aire, armándome del valor que no tenía para salir del vehículo y caminar con paso firme hasta llegar a la casa.

—Acabo de aparcar, nos vemos ahora —le dije mediante un mensaje de voz, intentando parecer lo menos nerviosa posible, aunque estaba al borde del infarto.

Las manos me sudaban. Solo de pensar en lo que estaba a punto de ocurrir, un gran nudo se creaba en mi garganta, impidiéndome respirar con normalidad, y las piernas me flojeaban hasta tal punto que creí que me desmayaría allí mismo.

Dios, estaba tan nerviosa... Quería pensar que aquello valdría la pena, que nos ayudaría a fortalecer nuestra relación, pero una vocecilla no dejaba de susurrarme al oído cuán equivocada estaba.

Cuando giré la esquina reseguí los números de cada uno de los adosados: quince, diecisiete, diecinueve, veintiuno... Veintitrés. El alma se me cayó al suelo. Volví a sentir esas palpitaciones, pero esta vez no fueron de nervios, sino de enfado. Un fuerte calor empezó a nacer en mí, subiendo por todo mi cuerpo, como si las llamas me devorasen desde el interior.

Todo pasó rápido, demasiado, tal vez. Cuando vi a lo que me enfrentaba, me quedé paralizada por completo, hasta que vi como la mujer que estaba frente a David pavoneándose, se acercaba a él para besarle. Mis ojos se llenaron de pequeñas gotas repletas de amargura, pero por alguna extraña razón mi vista se fijó en cómo la agarraba por la cintura, igual que había hecho conmigo en cientos de ocasiones.

—¿David? —dije para mí misma.

Epílogo

Lo siento

No había pegado ojo en toda la noche, reconcomida por mi culpabilidad. Sin ser capaz de digerir el dolor que mi corazón se anticipaba a sentir por la posible ruptura, porque sí, era piscis, me enamoraba al segundo, pero también lo vivía todo con una intensidad sin igual. Le habría querido para toda la vida, para formar una familia a su lado, tener un futuro que compartir.

Había sido una maldita ilusa creyendo que de verdad un hombre podía quererme como pensé que él lo hacía, con aquella bondad tan especial y esa dulzura. Pero no habían sido más que patrañas. Un maldito cuento con el que engañarme, llenándome de ilusión para mantenerme cerca las noches frías.

Por un instante no me creí capaz, pero entonces, mis pies caminaron en dirección a la entrada de la casa. La chica ya se había marchado, y David volvía a estar dentro, por lo que contuve las lágrimas todo lo que pude. Sacando la fuerza de donde no la tenía, y con toda la sangre fría que pude, llamé al timbre.

Dos minutos más tarde se abrió la puerta, y tras esta estaba David, con aquellos dos luceros azules que me observaban y una enorme sonrisa dibujada en sus labios. Sin que pudiese esperárselo, alcé la mano y le crucé el rostro, haciendo que el golpe resonase. La mano me ardía, pero no me importó. Apreté la mandíbula y me supliqué no llorar en aquel preciso instante, a pesar de que sabía que no lograría contenerme.

—Eres un cabrón, David —siseé—. Ahora ya entiendo que esto de serlo os viene de familia —bufé, advirtiendo que las pequeñas lágrimas empezaban a hacer acto de presencia.

—Liah, yo... —empezó a decir.

—Tú nada.

—No sé qué...

—No he dormido en toda la noche sintiendo como la culpa me reconcomía por algo que no había sido mi intención —le interrumpí—. Tenía tanto miedo de que me dejaras que ni siquiera he podido comer algo en todo el día... Pero aquí estabas tú. No hemos hablado, pensando que tal vez solo me estabas dando mi espacio. Pero lo que estabas haciendo era comerte la boca con otra —espeté, notando como las amargas gotas empezaban a resbalar por mis mejillas, empapándolo todo a su paso—. Y yo, como una gilipollas, venía a confesarte que tu hermano me había besado.

—Un hipido se escapó de mi interior, y lo cierto es que no hice nada por detenerlo. Me dolía el alma más de lo que nunca creí que lo haría—. Pero, en vez de esperarme, te encuentro besándote con una cualquiera —bramé entre lágrimas, sintiendo como mi corazón se partía en mil pedazos.

Le golpeé con fuerza en el pecho al mismo tiempo que veía cómo su mirada parecía perderse, volviéndose fría como el hielo. Su gesto era de pura confusión, ni siquiera las palabras le salían, no sé si por haberle pillado o por la confesión que acababa de hacerle.

—¿Ni siquiera vas a poner una puta excusa? —vociferé.

Permaneció en silencio, soportando cada una de mis acometidas, mientras yo solo podía llorar, llena de rabia, sintiéndome la persona más ridícula sobre la faz de la Tierra.

—Mejor, porque no tengo ganas de volver a creerme ninguna de tus mentiras para que me arranques el corazón y lo pisotees delante de mis narices.

No supe qué fue lo que me dolió más, si el hecho de que me dejase ir como si no le importase nada, o saber que durante los meses que estuvimos juntos todo fue una burda mentira. ¿Tan fácil había sido de engañar?

Me metí en el coche y, sin poder aguantar más el llanto, me dejé llevar, rompiéndome por completo, notando como ni siquiera mi pecho era capaz de llenarse de aire para respirar. Podía sentir como cada quejido que se escapaba de mí rasgaba mi garganta, haciéndola arder al instante.

Unos días más tarde.

David estuvo llamándome con insistencia, pero lo cierto era que no estaba dispuesta a dejarme perturbar de nuevo. No había parado de llorar desde que salí de allí. Tal vez hubiese sido una ingenua, pero le había amado con todo mi corazón.

—¿Cuándo sale el AVE? —me preguntó Carlota.

—En una hora —le informé.

La entrevista había salido tan bien que la llamada que recibí cuando iba hacia casa de David era de la responsable de Recursos Humanos de la empresa. Me querían allí, en la sede de Madrid, y aunque al principio pensé en no marcharme, ya no había nada que me retuviese en Barcelona. Ni siquiera David.

—El taxi está a punto de llegar.

—¿Le has dicho algo? —preguntó, refiriéndose a mi ya exnovio.

—No, claro que no —contesté indignada—, no se lo merece.

—No ha dejado de llamarte...

Obviamente, sabía que no había dejado de hacerlo, pero no iba a poder soportar vivir de nuevo el dolor que llevaba sintiendo los últimos días. Era como tener una herida abierta en la que no dejar de echar alcohol.

Me despedí de Carlota con un largo abrazo, y fue como dejar algo de mí en aquel piso que llevábamos compartiendo desde hacía casi un año. Ella fue mi mejor redescubrimiento desde que había vuelto de Holanda, y siempre le estaría agradecida por todo el cariño y el apoyo que me había brindado.

David:

Lo siento.

No es lo que crees, Liah.

He intentado darte la explicación que mereces.

No te marches, te lo suplico.

Dame una última oportunidad.

Quise no responderle, bloquearle y olvidarme de todo lo que vivimos, pero mi corazón no me lo permitía. Le había querido con todas las letras, con esa intensidad que siempre nos había caracterizado, con esa ansia. Pero tal vez solo fuese eso, una necesidad que cubrir, una en la que no había cabida para el amor.

Liah:

No hay vuelta atrás, David.

Lo siento.

Continuará...

¡ Gracias por leerme!

Y, si has disfrutado de la historia de Liah y David, no te olvides de dejar un comentario en amazon o goodreads para compartir tu opinión.

¡Ayúdame a que esta bonita historia llegue a más lector@s!

¡ Mil gracias!

Agradecimientos

Creo que los agradecimientos, junto con la sinopsis es la parte más complicada de escribir de una novela, porque en tan solo unas líneas hay que condensar cientos de sentimientos. No negaré que ahora mismo tengo miedo, después de casi diez años en esto sigo temiendo el momento de sacar una novela, Liah y David me han robado el corazón casi tanto como lo hicieron Hugo y Leire, y eso que a estos de ahora los conocía de antes.

Esta historia se fraguó hace siete años, en 2016, cuando apenas llevaba dos años escribiendo. No sabéis el proceso de cambio y evolución que he hecho y que estos personajes han hecho conmigo. He amado cada página, y cada palabra que he escrito, por eso me permito estar orgullosa de esta novela.

Voy a dar las gracias lo primero de todo a mis chicas, mis lectoras cero que siempre están ahí para apoyarme y animarme cuando ni yo misma puedo. Gracias Sarita, mi miss Volkov, mi pitufina preciosa por esa alegría que siempre tienes. Gracias Jess, mi Sassenach, mi madrileña fav, por la pasión que le pones a todo. Gracias por vuestro amor incondicional, sois un regalo que el mundo editorial me tenía preparado y me entregó cuando menos esperaba. ¡Os quiero!

Gracias a mi medio limón, mi limonchelo, por creer siempre en mí, levantarme y hacerme ver que todo esto vale la pena, que yo valgo la pena y no soy una simple impostora detrás de una máscara. Gracias, hermanita, gracias, Irene.

Y cómo no, sin ellas tampoco podría ser lo mismo, gracias a mi chica del látigo Patri, mi dulce *curly* y correctora Anna Bisette, la mejor del mundo mundial. A mi churry, Angy Skay, quien leyó esta novela hace mil años, en su primera versión. A mi hater, Inés, por ser tan maravillosa siempre y vecina espía desde la distancia.

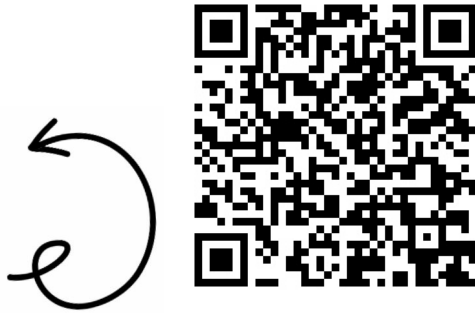
Agradecer también a todas mis chicas del grupo de Telegram: Las Cherritas Power, el amor que me dais. Tenéis el link al final del libro por si os apetece conocer la maravillosa familia que hay allí.

No podían ser agradecimientos sin mencionar a mis chicas de Instagram, en especial a: Belenuchi06, Nerea de entrepaginasdehistorias, a mi chica imagine readmethcity_, yeranele83, Noelia Silva, Worldsbooks_, rosa.gonzalezmoncayo, mis_lecturas_y_otras_cositas, lectorashastaaltashoras, edurne.87, racoperllegir, manme_pr, dorysamanta_hope, lives.reading, josefi84, ninapettigrewcanary_mgm, libros_escritura2, Ester Coca, Ana Andrés, Silvia_sanz_78, lives.reading, Lauramendolazaro, adelamaria_1975, Núria Barroso, almu040670, Angélica Blanco Gil, Tanybooks, Mi Anitadevoradoradelibros, marta.landrau, IzaberuSan, Esther Nvarro,

Deli Peña, Cinthia, Lucía, mi Hiddleston Maria Dream, Montse... ¡Y muchas más que seguro que alguna me dejó!

Playlist

Escucha ya la música que me ha acompañado mientras escribía la historia de Liah y David, que han inspirado algunas escenas y que definen al 1.000% a esta pareja.



¡ Escanéame!

Espero que os enamoréis tanto como yo de ellos, de su música y de todo lo que les rodea.

[\[1\]](#) Video corto, de alrededor de cinco segundos